

Precio del ejemplar para los señores Socios de «Eusko-Ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos», que lo soliciten de las Oficinas de la misma en el Palacio de la Diputación de Guipúzcoa 1 peseta
Precio de venta en las librerías. 3 pesetas

EUSKO - IKASKUNTZA

SOCIEDAD DE ESTUDIOS VASCOS

CURSOS DE METODOLOGÍA Y ALTA CULTURA

CURSO DE LINGÜÍSTICA

INTRODUCCIÓN AL ESTUDIO DE LA LINGÜÍSTICA VASCA

POR DON RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

METODOLOGÍA DE LA FONÉTICA

POR DON TOMÁS NAVARRO TOMÁS

EL ELEMENTO EXTRAÑO EN EL LENGUAJE

POR DON AMÉRICO CASTRO

LEXICOGRAFÍA Y GEOGRAFÍA LINGÜÍSTICA

POR MOSÉN ANTONI GRIERA



DRPS
FA
969

UNIVERSITAT D'ALACANT
Biblioteca Universitaria
0500770531

Precio del ejemplar para los señores Socios
de «Eusko-Ikaskuntza, Sociedad de Estudios
Vascos», que lo soliciten de las Oficinas de la
misma en el Palacio de la Diputación de
Guipúzcoa 1 peseta
Precio de venta en las librerías. 3 pesetas

TIPOGRAFÍA «LA ACADÉMICA», de Serra y Russell
Calle Universidad, 112 : Teléfono G-104 : BARCELONA

C.C. Mendon
90
EUSKO - IKASKUNTZA
SOCIEDAD DE ESTUDIOS VASCOS

CURSOS DE METODOLOGÍA Y ALTA CULTURA

CURSO DE LINGÜÍSTICA

INTRODUCCIÓN AL ESTUDIO DE LA LINGÜÍSTICA VASCA

POR DON RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

METODOLOGÍA DE LA FONÉTICA

POR DON TOMÁS NAVARRO TOMÁS

EL ELEMENTO EXTRAÑO EN EL LENGUAJE

POR DON AMÉRICO CASTRO

LEXICOGRAFÍA Y GEOGRAFÍA LINGÜÍSTICA

POR MOSÉN ANTONI GRIERA



PUBLICACIÓN DE LA SOCIEDAD
1921

BERTRAND SMITH'S
"ACRES OF BOOKS"
633 MAIN ST.
CINCINNATI

Def 18

EUSKO - IKASKUNTZA

SOCIEDAD DE ESTUDIOS VASCOS

CURSOS DE METODOLOGÍA Y ALTA CULTURA

CURSO DE LINGÜÍSTICA

INTRODUCCIÓN AL ESTUDIO DE LA LINGÜÍSTICA VASCA

POR DON RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

METODOLOGÍA DE LA FONÉTICA

POR DON TOMÁS NAVARRO TOMÁS

EL ELEMENTO EXTRAÑO EN EL LENGUAJE

POR DON AMÉRICO CASTRO

LEXICOGRAFÍA Y GEOGRAFÍA LINGÜÍSTICA

POR MOSÉN ANTONI GRIERA



PUBLICACIÓN DE LA SOCIEDAD

1921

FL DRPS FA/0967

0500770532

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Palabras de presentación y programa pronunciadas por el Secretario General de la Sociedad, don Angel de Apraiz, en la inauguración de este Curso.....	5
Introducción al estudio de la Lingüística Vasca. Conferencia por don Ramón Menéndez Pidal, en el Salón de la Filarmónica de Bilbao, el 27 de diciembre de 1920.....	7
Metodología de la Fonética. Conferencias por don Tomás Navarro Tomás, en la Escuela de Artes y Oficios de Bilbao, los días 28 y 29 de diciembre de 1920	35
El elemento extraño en el lenguaje. Conferencia por don Américo Castro, en el Salón de la Escuela de Artes y Oficios de Bilbao, el 29 de diciembre de 1920	41
Lexicografía y Geografía lingüística. Conferencias por Mosén Antoni Griera, en el Salón de la Escuela de Artes y Oficios de Bilbao, los días 3, 4 y 5 de enero de 1911 :	
Organización de los estudios lexicográficos.....	61
Los estudios de Geografía lingüística.....	72
Los nombres propios y los nombres de lugar.	92
Palabras y cosas.	101

Palabras de presentación y programa

pronunciadas por el Secretario General de la Sociedad

D. Angel de Apraiz

en la inauguración de este Curso

La Sociedad de Estudios Vascos, y podemos pensar que todo nuestro País, se honran de modo extraordinario con la visita de las ilustres personalidades encargadas del Curso de Lingüística que hoy se inaugura. Presentación más elocuente que la que pudiera hacer yo, con mi falta de autoridad en estos asuntos, es la que hacen de tales nombres, universalmente reputados, sus conocidas obras; y por otra parte, basta como motivo que obliga la acogida que les debemos, la atención que hace tiempo vienen dedicando a los asuntos vascos, para manifestarse en esta oportunidad con el provecho que de ella hay que esperar para lo que tanto amamos.

Sólo he de haceros, pues, aquí, una especie de programa recordatorio, indicando cómo don Ramón Menéndez Pidal, el más insigne de los filólogos españoles, organizador de la labor del Centro de Estudios Históricos de Madrid, en cuya *Revista de Filología* hallaron siempre eco especial los trabajos euskéricos, ha mantenido con nuestra Sociedad de Estudios Vascos, desde su fundación, la relación más cordial; y con su prestigio, que acataron en ocasiones solemnes países remotos, de sabio nimbado por la más serena aureola, de profesor universitario, de académico, de Presidente del Ateneo de Madrid en el que por su intervención acaba de conseguir la Sociedad la creación de una cátedra de Lengua Vasca, viene a hacerse más acreedor a nuestro reconocimiento y a nuestro aplauso, mostrando en la conferencia que hace tiempo gestionábamos de él y que va a celebrarse esta tarde, de «Introducción al estudio de la Lingüística Vasca», el verdadero interés de estos estudios, a algunas de cuyas derivaciones acaba de dedicar importantes trabajos.

Don Tomás Navarro Tomás, creador de las investigaciones fonéticas en España, que han dado ya en él el fruto de un libro fundamental en la materia, expondrá la metodología de ésta en una conferencia general, con proyecciones, que se celebrará mañana en la Escuela de Artes y Oficios, dando lugar a que a continuación comience en el mismo local la solemne sesión de la Academia de Lengua Vasca; continuando el señor Navarro al día siguiente, en otro local de la Escuela y para un reducido número de personas que deseen iniciarse en estos estudios, sus lecciones de experiencias de laboratorio, en que mostrará el uso de los aparatos fonéticos y la técnica de esta ciencia que tan maravillosamente domina.

Dicho día 29 y en el salón de la misma Escuela, don Américo Castro, compañero de los señores Menéndez Pidal y Navarro en los trabajos del Centro de Estudios Históricos, maestro de la investigación literaria, que profesa en su cátedra de la Universidad de Madrid y que le debe la resurrección de tantos textos, explicará una doctrina general acerca de «El elemento extraño en el lenguaje», con el fundamento que, refiriéndose a la traducción hecha por el señor Castro de la obra del romanista y vasquista Meyer-Lübke, indicaba ya don Julio de Urquijo que se halla en el estudio de las lenguas más desarrolladas para aplicarlo al de otra cualquiera.

Después de las fiestas de principio de año, Mosén Antonio Griera, formado en París en la enseñanza de Gilliéron y en Zurich con los profesores Gauchat y Jud, mostrará, con la organización que ha implantado en las Oficinas Lexicográficas del Instituto de Estudios Catalanes a que pertenece, cómo se han realizado en otras lenguas los trabajos de lexicografía, onomasiología, estudio de dialectos, toponimia y Atlas lingüísticos, aplicables, sin duda, en gran parte a la lengua vasca, por la que Mosén Griera siente también especial cariño, demostrado antes de ahora.

La Sociedad de Estudios Vascos agradece profundamente el gesto de interés con que hombres ilustres, procedentes de diversos campos del estudio, acuden al llamamiento que les ha hecho hacia las realidades de nuestro pueblo. Y éste, ante ejemplo tan expresivo, pesando las opiniones muy considerables que con entera libertad de cada conferenciante han de exponerse y deduciendo las enseñanzas particulares que encierran estas cuestiones de carácter general y que han de ser tratadas en un elevado tono universitario, se mostrará cada vez más acreedor y más digno de las Instituciones y de las glorias de la cultura humana.

Introducción al estudio de la Lingüística Vasca

Conferencia

por D. Ramón Menéndez Pidal

en el Salón de la Filarmónica de Bilbao
el 27 de Diciembre de 1920

SEÑORAS Y SEÑORES :

Mucho me atraía a visitaros el deseo de acercarme por un momento al país vasco, cuya hidalguía se extiende hoy a dos hemisferios del mundo; me atraía el deseo de sentir hondamente la realidad de aquellos versos de vuestro poeta, que tantas veces os han acariciado el oído :

Mira al poniente a España y la aspereza
de la antigua Vizcaya, de do es cierto
que procede y se extiende la nobleza
por todo lo que vemos descubierto

Mas sólo con grandes dudas acepté la invitación de la «Sociedad de Estudios Vascos» para hablar aquí entre vosotros de metodología lingüística. En primer lugar, yo sólo por circunstancias accidentales para mi vida científica, me he ocupado en cuestiones relativas al idioma vasco; a esto se me dice que mi larga y trabajosa experiencia en los estudios lingüísticos daría, en todo caso, utilidad a mi conversación con vosotros. Después, a última hora, me enteró de que esa conversación hemos de tenerla ante un público extenso, y la atención de éste, que con seguridad podía ser satisfecha dentro de un asunto histórico o literario de carácter general, se sujetará difícilmente a cuestiones lingüísticas. Pero, en fin, la «Sociedad de Estudios Vascos» me pide

esto y gustoso me resigno a lo que para mí es un sacrificio ; sacrificio en venir a hablar de algunas cuestiones que muchos de vosotros conocéis bastante mejor que yo ; sacrificio en pasar de largo por otras cuestiones más nuevas y en detenerme siempre demasiado, a pesar de todo, en un tema que puede ser fastidioso y pesado para este lugar y para esta ocasión. Sólo me anima el pensar que nos reúne aquí a todos una viva curiosidad, un muy vario interés por la lengua vasca ; cuento, pues, con vuestra atención ; a ella y a vuestra bondad me entrego, prometiéndoo un único mérito, el de la brevedad.

Me decidí, sobre todo, a visitaros un gran deseo por conocer de cerca el resurgimiento literario que desde hace bastantes años se advierte claramente entre vosotros.

Tal resurgimiento es en filología bien manifiesto. El vascuence ha compartido con la lengua santa un triste privilegio : todo el que quería decir los mayores disparates lingüísticos se encaramaba en el vasco o en el hebreo, para gritar su desatino desde más alto. Los vascos llevaban por derecho propio la palma en considerar su idioma como la lengua primitiva, revelada por Dios al primer hombre, y en servirse de ella para romper el misterio siete veces sellado en los proféticos enigmas del Apocalipsis. Julio de Urquijo nos ha contado graciosos episodios de este megalómano disparatar. Hoy todavía, doloroso es decirlo, no pertenecen al mundo de las sombras extinguidas los eruditos capaces de alimentar su cabeza con logogrifos etimológicos, en que el vasco resulta la lengua primitiva de la cual todos los demás idiomas no son sino una corrupción ; alguno de esos arcaicos eruditos vive ahora, y le podemos ver y oír a nuestro lado con la misma curiosidad que veríamos y escucharíamos al erudito medieval autor de un libro de alquimia o de un lucidario. Pero con gran sorpresa observamos que los que repiten y documentan el viejo disparate no salen ya de Vasconia, sino que son ajenos a ella ; y en tanto, los eruditos vascos, riéndose de semejante modo de discurrir, se aplican a estudiar seria y elevadamente su propia gramática, su léxico, su literatura y su historia, hallando en ellas un interés capital, sin necesidad de querer hacer servir el vascuence para sorprender las conversaciones de Adán y Eva en el Paraíso, ni tampoco para anunciar el juicio final. El buen sentido vasco ha renunciado para siempre a la erudición quimérica y anárquica de los períodos precientíficos, y entra de lleno en el terreno del método, en el que vive y se mueve la parte superior de la humanidad que ha elevado su pensamiento a la disciplina organizada de las ciencias.

Este renacimiento en los estudios vengo a admirar entre vosotros. Estáis esforzándoos por ensanchar y afirmar el exacto conocimiento de vuestra historia, y en esta preocupación os quisiera acompañar, no sólo en estos momentos, sino en cualquier otro en que pudiera seros útil para una determinada tarea, y no tanto yo, que poco valgo, sino el « Centro de Estudios Históricos ».

Por mi parte quisiera en este instante encomendar a vuestra atención un pensamiento, el de una *Historia de la lengua vasca* en la que se siguiera paso a paso la vida de la lengua, puesta siempre en estrecha relación con la vida general del pueblo vasco. Obra es en que por su complejidad debieran intervenir varios trabajadores y diversos especialistas para ilustrar y tratar las diversas secciones que habrían de integrarla. Tenéis ya empezados o proyectados trabajos de importancia capital para esa historia, y creo que ésta vendría a resultar hacedera con sólo ampliar de una manera armónica el cuadro de vuestros proyectos. Vuestra naciente Academia tiene una sección dedicada a la investigación y presidida por don Julio de Urquijo, que bien podría emprender esta tarea de conjunto.

Un idioma no es fundamentalmente, como tantas veces se dijo, la expresión del genio, índole o alma del pueblo que lo habla, porque sus formas de expresión no son definiciones o descripciones de la realidad percibida, o de la impresión interna, sino meros signos caprichosos, inventados y heredados en las necesidades de la convivencia y del comercio de una colectividad humana ; pero si un idioma no es el reflejo del alma del pueblo, es una síntesis de la historia del desenvolvimiento de esa alma colectiva, es un reflejo del desarrollo intelectual del pueblo que lo habla. Innumerables son los pueblos que en un momento de su vida han cambiado de idioma, y este cambio no nos quiere decir que hayan cambiado de alma, ni que hayan alterado su íntima psicología ; lo que sí nos revela es que entonces aquel pueblo cambió totalmente su orientación en la cultura. Expresa, pues, sobre todo, un idioma, las corrientes de civilización que afluyeron en el pueblo que lo habla. Porque un pueblo, por muy reducida y limitada vida que haya llevado, no vivió hablando sólo entre sí, sino que se ha comunicado con otros, al menos con sus próximos vecinos, y el trato de dos pueblos impone siempre intercambio de ideas, y, por lo tanto, de idiomas. Toda lengua es, pues, necesariamente una mezcla de múltiples elementos, venidos de los otros idiomas con quien se ha comunicado el pueblo que

la habla, y cuanto más complicada es la historia de un pueblo, más fuentes extrañas de su léxico tiene. El castellano, por ejemplo, tiene voces de origen latino, vasco, portugués, catalán, griego, celta, germánico, árabe, francés, italiano, inglés, alemán, holandés, quichua, araucano, caribe, azteca, tagalo, etc., etc. Para el vasco bastará enumerar el elemento primitivo, el celta, el latín, el castellano, el aragonés, el gascón y el francés. Otras fuentes podrán reducirse a las anteriores; así las voces árabes del vasco, estudiadas por E. Ducéré (1), entrarían en el idioma por conducto del castellano.

El elemento primitivo es el más precioso, interesante y difícil de apreciar. Es todavía un enigma el encaje del vasco en el cuadro general de los idiomas, como enigma es el entronque de los pueblos vascos en el árbol genealógico de las razas.

Hoy parece asegurado, por estudios en que se ha distinguido el profesor Obermaier, que la población paleolítica y neolítica viene a España desde el Norte de África. Esta población desarrolla en la península una muy adelantada cultura propia, más de cien siglos antes de nuestra era; y en medio de una fauna cuaternaria del bisonte, del mamut y del elefante, anterior a la época geológica actual, llega no sólo a dotar de una elegante configuración a sus hachas de piedra, sino a poseer una industria de escultura y grabado, y, sobre todo, a tener manifestaciones artísticas de tan inconcebible perfección como las admiradas pinturas de la caverna de Altamira y de sus análogas. Es a primera vista chocante, y, claro es, varios autores lo han notado, que en el vasco la importante familia de vocablos que nombran el hacha, el cuchillo, la azada y otros instrumentos cortantes derivan de la voz *aitz* 'piedra', lo cual parece remontar a épocas en que la edad de la piedra duraba o estaba presente en la memoria, revelándonos la lenta evolución del vocabulario vasco desde remotas edades neolíticas. No hay motivo para dejar de creer con Aranzadi que el vasco es una de las lenguas que se hablaron en los dólmenes de la edad del cobre y acaso en las mismas cavernas cuaternarias, por pueblos que es lo más corriente identificar con los que llamaron iberos los autores antiguos.

Las semejanzas entre el vasco y ciertas lenguas africanas, estudiadas primero por Gabelentz y luego muy sabiamente por H. Schuchardt sobre todo, podrían ser recuerdo del remotísimo origen africano de la primitiva población española.

(1) *Rev. de Linguistique et de philol. comparé*, XII, 1880, p. 205.

Ved cuánto han cambiado los rumbos de la lingüística. Antes, que el vasco se había hablado por el hombre perfecto, en el divino paraíso de delicias, a la tentadora sombra del árbol de la ciencia del bien y del mal; ahora, que el vasco se habló en las cavernas y en los dólmenes, donde el hombre primitivo daba en las tinieblas los primeros pasos, pero pasos gigantescos, en la conquista del arte y de la industria. Siempre el vasco atrayendo con maravillosas fantasías de ancianidad la imaginación de cuantos lo estudian; pero la fantasía moderna, aunque mañana se comprobase insostenible, parecería siempre más modesta, más razonable, y nunca habrá sido sostenida como una afirmación, sino como opinión verosímil.

La extraña hipótesis de Philippon que separa radicalmente a los éuscaros de los vascones negando que éstos hablasen éuscaro y negando al éuscaro el carácter ibérico, no puede convencer a nadie; la opinión de Schulten que hace a los vascones ligures, con ser más verosímil, creo que suscita muchas dificultades. Lo más prudente es seguir creyendo que los vascones hablaban una lengua ibérica análoga, a juzgar por nombres de lugar, a otras habladas en partes de Galicia, de Cataluña o de Andalucía. Yo veo, por ejemplo, en el corazón de Castilla, que su Tierra de Campos recibe este nombre por traducción al romance del nombre primitivo « Aratoi », que es de estructura vascoibera y que se ha perpetuado en el nombre del río Araduey, que riega el territorio de los antiguos vacceos.

Guardémonos, empero, de creer que el vasco o lengua muy parecida se hablase en toda España, como creyeron Humboldt y más exageradamente Bondard y otros; guardémonos de creer en una gran uniformidad lingüística de la península, que explicaría, según Meyer Lübke, la gran uniformidad dialectal del español moderno, explicable por otras causas mucho más recientes. La variedad de idiomas primitivos tenía que ser grande: ni siquiera era igual la escritura indígena, teniendo un alfabeto los Turdetanos y demás pueblos del Sur, teniendo otro los Edetanos y pueblos de Levante y centro. Hasta se plantea la duda, según recientes investigaciones sobre los nombres propios, llevadas a cabo por Gómez Moreno, de si los Vascones o pueblos de Navarra y Alto Aragón hablaban igual lengua que los Várdulos y Caristios o pueblos de Guipúzcoa, Vizcaya y Alava. Las inscripciones romanas de éstos revelan una onomástica semejante a la de cántabros y otros pueblos occidentales, mientras que las inscripciones de Vasconia revelan nombres análogos a los de los orientales, Ilérgetes y otros. A esta observación podrá añadirse que los

romanos, que en sus divisiones administrativas solían seguir las divisiones naturales gentilicias de los pueblos, unieron los Vascones al convento jurídico Cesaraugustano, mientras los Várdulos y Caristios figuraban en el convento jurídico Cluniense, es decir, unidos a la región castellana, a la cual se unieron después definitivamente en la Edad Media, mientras la Vasconia o Navarra llevó su vida medieval unida o relacionada con el reino aragonés. Además, el viajero francés que en el siglo XII describió el itinerario a Santiago de Galicia, distinguía dos razas, advirtiendo que los bascos o euscaldunas eran de tez más clara que los navarros.

Cuestión es ésta tan oscura como la de los movimientos de expansión y retroceso de la lengua éuscara. Pero me parece que hoy todo inclina a creer que el vasco es tan antiguo en Vizcaya como en Navarra. El estudio de los límites dialectales podrá dar luz sobre esta cuestión, pues ellos pueden indicar por de pronto si son límites desarrollados sucesivamente en una evolución lenta o si son límites debidos a una invasión repentina.

Estos pueblos vascones y sus afines a un lado y otro de los Pirineos, lindaban con pueblos celtas: los Berones del Ebro entre Logroño y Miranda, los pueblos galos confinantes con los aquitanos. Es de esperar que existan muchas relaciones entre el vasco y el celta. En el vocabulario se han señalado varios celtismos, pero su crítica es difícil. Por ejemplo: *aran* 'ciruela, endrina', es análogo al cimbrío *eirin*; pero como esta denominación céltica está muy propagada fuera del país vasco (*arañón*, 'ciruela' en Aragón, *aranyó* en catalán, *arañún* en provenzal, se podrá pensar que la voz entró en vasco por conducto románico. El celtismo de la numeración vicesimal practicada por el vasco, es hoy negado.

El considerable elemento latino del vasco data de épocas muy diversas, empezando su introducción en los mismos tiempos de la romanización de España. Debe notarse que la romanización de los vascones comenzó un siglo antes que la de los cántabros, astures y galaicos, y, sin embargo, todos éstos se asimilaron activamente la cultura romana, hasta olvidar del todo el propio idioma para tomar el latino, mientras los vascones, más tradicionalistas e independientes, retuvieron su viejo idioma. Pero asimilaron a él multitud de voces latinas, en una abundancia tan grande como necesitaba su estado social atrasado (que muy especialmente atrasado era el de todos los españoles del Norte,

desde Galicia a Vasconia) al recibir los beneficios de la más alta civilización que entonces existía en el mundo.

Tarea muy especial del estudio histórico del vasco tiene que ser el fechar estos préstamos tomados al latín. El estudio histórico de la fonética vasca dará resultados importantes; mas por ahora la fonética románica puede servir de primer punto de apoyo. En la época más remota (que vagamente podemos fijar como anterior a la constitución de los rasgos más característicos de los idiomas romances) debemos colocar la introducción de aquellos latinismos del vasco que conservan a la articulación latina *ke ki* su antiguo valor postpalatal: *pake* pacem, *parkatu* parcere, *keriza* o *geriza* cerisia por cerezea, *gertu* certum, *errege* regem, *lege* legem, *erregiña* reina, *magin* vagina. Voces como éstas son, según toda verosimilitud, de época romana o visigótica anteriores al siglo VIII. También son antiquísimas aquellas voces que conservan sin alteración las vocales latinas que los romances alteraron; para su estudio habría que conocer mejor la historia del vocalismo vasco. Provisionalmente podrían citarse como más antiguas aquellas voces que conservan inalterada la *i*, que todos los romances, excepto el sardo, confundieron con la *e* desde tiempos remotos. El vasco, como el sardo, conserva el sonido *i* en *pike* picem, castellano pez, (*kirru* cirrum, 'lino', castellano cerro, *kisu* gypsu 'yeso'. Lo mismo sucede con la *u* latina que el vasco conserva como *u*, antes que el romance la pronunciase *o* (*muku* del latín mucus, español moco): *urka* del latín furca, español horca; *putzu* del latín puteu, español pozo.

Después anteriores a la diptogación de la *o*, que también casi todos los romances practican, son voces como *errotu* rotam 'molino', *portu* portum. Empero, esta ausencia del diptongo puede a veces remontar no ya al estado primitivo latino de la vocal, sino a su fase diptongada *uo* que primitivamente tuvieron los romances castellano y navarroaragonés. Una palabra como *porru*, puede lo mismo proceder del estado latino de la voz porru, que del primitivo romance puorro, fase anterior al moderno puerro, aunque la forma *uo*, por haber vivido poco tiempo, pudo producir pocos derivados.

También son anteriores a la pérdida total de la declinación latina los muchos nominativos latinos que conserva el vasco; como *maister* magister, *apez* abbas, *bereter* presbyter.

El latín vulgar y los romances sonorizaron las consonantes sordas latinas en una evolución que puede fecharse entre los siglos IV y VI. Así podemos creer, en general anteriores a la guerra de Leovigildo contra los vascones y a la invasión de éstos en

Aquitania, voces como *kipula caepula*, 'cebolla' *joko jocu*, 'juego'. De esta clase hay infinidad en el vascuence. Mas para su fecha, que acaso puede en muchos casos ser bastante más tardía, conviene tener presente dos cosas. Es la primera, que la sonorización se pudo no practicar en alguna región romanizada vecina a Vasconia, como en algunas vecinas comarcas aragonesas donde hasta hoy se dice *capeza* por cabeza y *gayato* por cayado. En segundo término, hay que notar que el oído vasco advirtió pronto que estos arcaísmos con *t* y *k* le distinguían y caracterizaban frente al castellano y aragonés, que pronunciaban *d* y *g*, y así por falsa corrección a veces ensordece la consonante sonora romance que jamás fué sorda en latín, y de *codicia* (cupiditia) dijo *kutizia*, *gutizia*, como en lugar de *abbas* dijo *apez*, y en vez de riega o 'zanja', de rigare, dijo *erreca*.

Es también de presumir la gran antigüedad de voces como *ausar* 'atrevimiento', *ausartu* 'atreverse', que debieron entrar en el vasco cuando el latín *ausare* no había aún alterado su diptongo *au* en las formas romances *ou*, *o*; es decir, cuando aún el romance hispánico no decía ousar ni osar. De igual modo la voz *gauza* debió entrar en el vasco en esta época muy antigua; por otra parte, su significado corresponde al vulgar del romance español *cosa*, derivado de *causa*, y no corresponde al sentido del cultismo tardío *causa*, que aunque conserva hasta hoy su diptongo *au*, no podemos, por razón de su significado, suponerlo origen de la voz vasca. Pero también pudiera ser, aunque no es tan probable, que estas voces hubieran entrado tardíamente en el vasco importadas por los dialectos gascones o languedocianos que dicen aún hoy *aosa*, *gausa* y *causa*. Mas claramente parece el sufijo latino *-arius* entró, en voces como *mandatari*, *limosnari*, *jokalari*, en período muy antiguo, antes que los romances atrajesen la *i* y alterasen la *a* en mandadero, limosnero.

En fin, parte extremadamente interesante también del viejo caudal del latinismo del vasco, es aquélla que nos conserva voces desaparecidas en los romances peninsulares, como *neke* 'pena', 'cansancio', 'fatiga', del latín *necent*; *goru* de colum, anterior no sólo a la diptogación de la *o*, sino a la propagación de la voz *rueca*, de origen germánico.

Este elemento latino es abundantísimo, mucho más de lo que puede creerse hoy. A este propósito hay que observar cuán a menudo se advierte en los lexicógrafos vascos cierto sentimiento de pesar al ver su lengua llena de términos exóticos. Pero hay que pensar que cuando se planteó para los pueblos de España

la necesidad de asociarse a la vida superior romana, todos se adhirieron a ella plenamente, olvidando su lengua primitiva, por muy culta que ésta fuese, como lo era sin duda la Turdetana en Andalucía, y si los vascones conservaron enérgicamente su indomita personalidad aborigen, esto pudo hacerse tan solamente a costa de tomar a manos llenas el latinismo, porque el no hacerlo les hubiera costado algo mucho más precioso e importante que la falsa pureza idiomática, les hubiera costado el quedar en la barbarie. Además, la personalidad y la pureza del idioma no consisten en su aislamiento, y por otra parte, el pueblo vasco debió de ser bilingüe ya desde la época romana.

Un ejemplo análogo y más notable del ensanchamiento de un idioma y del bilingüismo de sus naturales, a pesar de ser conquistadores, nos ofrece el árabe. El árabe anterior a Mahoma llevaba una vida pobre, como de pueblo nómada, y aunque había tomado voces no sólo de sus vecinos y hermanos los arameos y de otros pueblos semitas como los hebreos, sino también de pueblos extraños como los persas y griegos, era, no obstante, lengua muy ajena a una gran civilización. Cuando el Islam dió al pueblo árabe su gran fuerza expansiva y los sucesores de Mahoma acometieron las prodigiosas conquistas del vasto imperio musulmán, adoptaron durante mucho tiempo como lengua administrativa la del país conquistado, el siríaco, el persa y el griego; en España mismo, el romance español era muy usado por los califas de Córdoba. Se comprende cuánto tuvieron que aumentar así los extranjerismos en aquella vieja lengua, salida del fondo de la Arabia para derramarse por medio mundo. Pero sólo gracias a esta admisión del torrente de extranjerismo, gracias, sobre todo, a haberse apropiado no ya los tecnicismos sino el vocabulario corriente de los sabios griegos, de sus filósofos, naturalistas, matemáticos, alquimistas, pudo ser el árabe la lengua cultural de una gran porción de la humanidad que en un tiempo estuvo más adelantada que la cristiana.

Por fortuna, pues, el vasco se apropió un extenso vocabulario latino, adaptándolo a su propia índole personal milenaria. Por fortuna, también, se siguió apropiando después el vocabulario románico de los pueblos hermanos de su vecindad que por su situación geográfica vivían una vida más agitada, extensa y rica. Así, los vascos que en sus retiradas costas e inaccesibles montañas estaban al abrigo de las conmociones de los otros, participaron de los frutos que los demás habían alcanzado sólo tras una dolorosa experiencia.

La invasión musulmana vino a dar importancia histórica a los pueblos del Norte, que antes eran los más insignificantes en la vida peninsular. El Norte, desde Asturias a Navarra, fué ahora el abrigo de los españoles que querían vivir libres de los musulmanes; fué el hogar sagrado donde, según frase de la Crónica general, se mantuvo «la lumbré de la cristiandad» en España. El reino visigodo retoñó minúsculo en Oviedo, y hacia Oviedo gravitó entonces la vida de todo el Norte; basta recordar que Alfonso I guió la resistencia de todos los montañeses y reconquistó la parte de Alava que había caído en poder musulmán, y que Alava perteneció al conde Fernán González, vasallo del reino Asturo-leonés. El robustecimiento de otro reino cristiano en Navarra y Aragón creó para los euscaldunas del occidente otro centro de gravitación, mas poco eficaz, pues si bien se agregaron, aunque con alguna interrupción, a Navarra, muy pronto, ya en 1200, bajo Alfonso VIII, se unieron definitivamente a Castilla y se asociaron en parte a su lengua, tomándola como su lengua de cultura y honrándola con figuras medievales de tan severa grandeza como la del canciller Pedro López de Ayala. En dirección opuesta, los vascos del oriente, o propiamente dichos, los de Navarra se asociaban a la literatura románica aragonesa, contando entre sus autores antiguos al obispo Fr. García de Euguí y el príncipe don Carlos de Viana.

Por estas circunstancias históricas tardías (que, según ya dijimos, parecen responder a la repartición romana de los vascos en dos conventos jurídicos diversos, Cluniense y Cesaraugustano), el país vasco se vió sometido principalmente a dos influencias románicas españolas: la castellana y la navarro-aragonesa; en una y otra eran principales agentes los éuscaros romanizados de las riberas del Ebro y de los Pirineos aragoneses. La influencia castellana es, sin duda, la preponderante. Castilla tenía la superioridad de un cultivo artístico y científico de su lengua mucho más avanzado que el de los demás reinos peninsulares. Su literatura fué más temprana y más activa que ninguna de las otras; el Poema del Cid es la primera obra maestra que se produjo en la península; la prosa científica castellana con los gigantescos trabajos de Alfonso X, no sólo se hizo heredera de la universalidad de conocimientos que San Isidoro de Sevilla había expuesto en latín para todo el mundo occidental, sino que había superado con mucho el viejo modelo.

Por esta razón la mayoría de las voces nuevas que el vasco tomó de los romances españoles deben proceder del castellano. A esta segunda época, o sea la del latinismo románico, atribuiremos

aquellas voces que reflejan fenómenos de evolución románica; por ejemplo, la diptongación de la *ō* latina en *ue*. Así no hay duda que son posteriores a la época del latín vulgar y de evidente origen románico, las voces *krisellu*, del antiguo «crisuelo» 'candil' y *erregu*, de ruego, pues las voces latinas *crucibolum* y *rogum* hubieran conservado en vasco su *o* acentuada, como la conservaron otras muchas voces del tipo que hemos citado. En este terreno, *leku* nos revelará un arcaico románico lueco o luego con la significación primitiva de 'lugar', perdida después, si es que no suponemos con Vinson una evolución espontánea de *o* a *e*, difícil de comprender.

En ocasiones la fonética de los idiomas romances nos indica que el préstamo alguna vez procede del lenguaje navarro-aragonés y no del castellano; así *tella* es la misma voz del navarro antiguo, en vez de la castellana 'teja'; *akullu* y *akullatu*, como el navarro-aragonés agulla, sin la *j* del castellano 'aguijón', 'aguja'; *mallu* es la forma navarro-aragonesa mallo que aun vive en el alto Aragón, y no proviene del castellano antiguo majo. *Kollari*, señalado por Unamuno como procedente del francés, viene, sin duda, del antiguo aragonés cullar. Por otra parte, *eme* deriva de la forma riojana antigua o navarra femna o de la bearnesa hemne, pero no de la castellana fembra o hembra. Mas como por lo común el dialecto navarro-aragonés es tan semejante en su fonética al castellano, en la mayoría de los casos no podemos saber si una voz procede de uno u otro dialecto.

Debemos contentarnos con señalar los múltiples arcaísmos románicos conservados en el vasco, tales como *aztore* 'halcón', *errencura* 'rencor', *asmo* 'pensamiento', *asmatu* 'pensar', y otros muchísimos vocablos que se usaban en Castilla cuando se compusieron el Poema del Cid y los primitivos monumentos literarios. También hay que tener en cuenta formas vulgares del castellano que han dejado de ser literarias hace mucho, como *agillando*, del antiguo y popular aguilando, por aguiñando.

Es lástima que los diccionarios modernos tiendan a eliminar parte de este material que la lengua vasca fué elaborando en el transcurso de los siglos y que constituyen una parte muy venerable de su historia; con esta eliminación nos privan de un elemento histórico importante, para conocer el cual hay que acudir al atrasado léxico trilingüe de Larramendi. De desear es que no siga desdénado este elemento románico y sea íntegramente recogido en una obra moderna.

El bearnés o el gascón en general y el francés, son también fuente importante del romanismo en el vascuence. Es preciso notar en este punto que el gascón, además de su influencia del lado de allá de los Pirineos la hubo de ejercer también del lado de acá, pues fué la lengua usual en San Sebastián y Pasajes para los documentos escritos en la Edad Media, y siguió siendo allí lengua popular hasta el siglo XIX. Los señores Serapio Múgica y Lacombe han dado curiosas noticias de esta colonia gascona en San Sebastián y sus alrededores. Me informa don Carmelo de Echegaray, por ejemplo, de que en los autos hechos en 1611 con motivo del proceso contra ciertas brujas de Fuenterrabía, a los testigos de esta villa y de Oyarzún se les preguntaba en vascuence, pero a los de San Sebastián y Pasajes se les interrogaba en gascón.

Luchaire ha citado muchos gasconismos propios del vasco francés, como *kompai* y *komai* 'padrino', 'madrina', del gascón *coupai*, *coumai*; *kausera* 'bufuelo', de *caussère*; *mirail* 'espejo', de *mirailh*. Pero tratándose de voces de uso más general en el país vasco, las dudas surgen.

La crítica del elemento gascón es difícil por la semejanza de muchos rasgos propios del gascón con otros del vasco. En uno y otro idioma, por ejemplo, se pierde la *n* entre vocales; y dentro de este fenómeno, puede creerse que el vasco *mehatxu meatxa* 'amenaza', viene del gascón *miaçe*, porque la *tx* vasca revela una evolución románica, aunque también pudiera ser vasca; pero el vasco general *katea* parece no venir del bearnés *cadeye* o gascón *cadeo*, sino del latín *catena*, porque aunque la sorda *t* pudiera ser un reensordecimiento de la *d* gascona, más natural es suponer que se trata de la misma *t* latina conservada. Con mayor seguridad cabe decir que el vasco francés *ahate aate*, vasco español *arate*, *ate*, son derivados del latín *anatem* 'ánade', ya que en gascón falta esta palabra.

Todo este abundantísimo material latino y románico fué asimilado por el vasco, dando a las palabras recibidas un aspecto propio, a veces tan completa y radicalmente que no puede reconocerse su exotismo sino observando los casos en conjunto para elevarse a principios fonéticos generales. No podrá creerse que, según dice Schuchardt, el vasco *pedoi* y *bedoi* viene del español *podón*, si se mira como caso aislado y si no sabemos que la terminación latina *-one* pasó al vasco perdiendo entre vocales la nasal: *-õe*, *-õi* (escrito *-oin*) y *-oi*; latín *leone*, vasco *leoe*, *leoin*, *leoi*; español *botón*, vasco *botoe*, *botoin*, *botoi*; español *razón*, vasco *errazoy*.

Esta adaptación de la terminación románica ha sido indicada hace mucho por Unamuno. Philips ha estudiado otros fenómenos de la evolución románica. Schuchardt y Saroñhandi han ilustrado, entre otros muchos fenómenos, los complejos cambios de consonantes sordas y sonoras, tan diferentes del modo que los idiomas románicos tienen de tratar estos sonidos; Schuchardt, por su parte, ha expuesto el mayor caudal de observaciones hasta ahora aprovechables; Azcúe, entre multitud de casos que ha dado a conocer, señala los de la curiosa adaptación que se conocen con el nombre de etimología popular, como el de la voz castellana *ruiseñor*, convertida por el pueblo vasco en *urrechindor*, como si dijera «petirrojo de oro». También habría que agrupar con casos como éste, otros de asimilación aún más perfecta, en que el vasco traduce denominaciones románicas expresivas de cualidades, como el nombre *egazti otze*, que es mera traducción del castellano «ave fría», o el nombre de la comadreja, *ogigaztai*, que es traducción del español dialectal *paniquesa*, extendido por Alava, Navarra y Aragón, y propagado también desde España por el Sur de Francia en los departamentos de Bajos y Altos Pirineos, Alto Garona y Ariège.

Gracias a estos citados y otros investigadores, el elemento románico del vasco podrá ser hoy ya abarcado en un cuadro general, completo y comprensivo, lleno de interés para los dos campos lingüísticos que toca. Muchos importantes problemas tendrán entonces solución clara. Creo que mediante ese estudio se podrá afirmar lo que niegan hoy muchos romanistas, esto es, la influencia del vasco o lenguas afines en la pérdida de la *f* latina en español y en gascón; basta recordar cómo el vasco desde antiguo oyó la *f* latina, ora como *b* (*borcha*, *fortia*), ora como aspiración velar, luego perdida (*irun*, *filare*; *orma*, forma 'pared u hormazo'). Todas las objeciones que hasta ahora se ponen a esta relación de fenómenos en las tres lenguas, parecen vanas cuando se considera, por una parte, que el vasco español antiguo usó abundantemente la aspiración *h*, y por otro lado, que las formas españolas con *h*- en vez de *f*-, *hilo*, *hender*, etc., empezaron a usarse en el territorio castellano limítrofe al país vasco, según espero probar en otra ocasión.

También es muy posible que la repartición en el suelo de la vasconia de los sonidos *ç* y *š* en voces iguales como *Echaberri* en el occidente y *Xaverri* en el oriente, se relacione con la existencia del sonido *ch* en castellano y bearnés y con la ausencia de ese fonema en navarro y aragonés. Y aun creo conveniente añadir otro ejemplo de esta serie de relaciones vasco-románicas

Es una excepción el castellano entre los demás romances en suprimir la consonante inicial en los grupos latinos *kl*, *pl*, *fl*, diciendo llamar, llo ar, llama, donde los demás romances, incluso el aragonés, dicen clamar, plorar, flama, o cosa semejante; es imposible dejar de pensar en la facilidad con que el vasco pierde la consonante inicial, y la regularidad con que lo hace en estos grupos latinos, diciendo *landatu* y *landare* como el antiguo español llantar, en vez de plantare; *lore* en vez de flore; *luma* en vez de pluma. Los cambios fonéticos deben recibir dos explicaciones: una fisiológica o psicológica, que es posible en cualquier territorio; otra histórica, fundada en tradición fonética preexistente en un territorio dado. Con las comparaciones anteriores, no trato de probar que los vascos impusieran a la población romana esas evoluciones fonéticas, sino que simplemente trato de explicar fenómenos romances por medio de evidentes propensiones vasco-ibéricas, en vez de dejarlos sin conexión tradicional alguna, abandonando el más elemental interés histórico de la lingüística. Y téngase en cuenta que aún más directa aparece la influencia vasca en el gascón; las múltiples analogías de la evolución fonética de éste con la del vasco, han sido expuestas hace mucho por Luchaire, y su punto de vista debe mantenerse hoy con ligeras correcciones.

En toda historia de una lengua la cronología, especialmente la de su elemento primitivo, está llena de dificultades, y mucho más lo está en una lengua como el vasco, cuya literatura es por demás escasa y tardía. Por esta falta de literatura la historia del vascuence se reduce casi toda a una prehistoria, y bien se sabe cuán vaga y deficiente es la cronología de la prehistoria. Para la época prelitteraria de un idioma casi no hay más recurso que el estudio del conjunto de sus leyes fonéticas, cuya comparación conduce frecuentemente a poder establecer una cronología relativa, una cronología sin fechas, que nos dice al menos qué fenómenos son anteriores o posteriores a otros. Llegó a este resultado la fonética sirviéndose de razonamientos complicados de que no es ahora ocasión de poner ejemplos.

Pero es que aunque el eúscaro no fué lengua escrita en la Edad Media, todavía se pueden recoger de él vestigios preciosos que debieran formar una crestomatía especial, en la que todas las voces y breves frases que del vascuence se escribieron antes de su pleno cultivo literario figurasen doctamente leídas y fechadas. Por fortuna esta empresa ha sido hace tiempo tomada a su cargo por don Arturo Campión, que la llevará a cabo con la

erudición y la crítica a que nos tiene acostumbrados. Para esta obra, que tan necesaria es, yo le ofrezco ahora dos frases, hace tiempo ya consultadas con él y con otros doctos vasquistas, y que me parece han de ser las más antiguas que hoy se puedan hallar del vascuence. Se encuentran en unas glosas romances del siglo x, es decir, pertenecen al tiempo de la mayor pujanza de los euscaldunas, pues son inmediatamente anteriores a aquel rey Sancho el Mayor de Navarra, bajo cuya arrogante y afortunada política la Vasconia realizó sus máximas aspiraciones territoriales con detrimento de Castilla y de León, hasta el punto de poderse él titular altivamente Sanctius Hispaniarum rex.

Ocurriósele al viejo monje autor de las glosas, hallando difícil la frase latina «incolomes inveniri meruimus», traducir el último verbo por la frase vascuence *izioqui dugu*, donde hay una forma arcaica hoy desconocida y el *dugu* propio de los dialectos navarros altos y bajos, así como del labortano y suletino, frente al *degu* guipuzcoano y al *dogu* vizcaíno. Este monje navarro halla difícil otra frase latina «timeo ne... nos, quod absit praecipitemur in geenna» y la traduce en su segunda parte dos veces: una en romance, «nos non kaigamus», y otra en vascuence, *guez ajutu ez dugu*, donde de nuevo el verbo es hoy desconocido, y siendo de lectura indudable, nos muestra el gran cambio que el vocabulario vasco sufrió desde los remotos tiempos del glosador acá. Sospecho que el copista habrá olvidado duplicar la *c*: *guez cajutu*, siendo éste un verbo derivado del participio antiguo *cadutu*, caudo, por caído.

Generalmente se cree que el vasco varió muy poco en el transcurso de los siglos, y que los cambios ocurridos se reducen principalmente a la desaparición de algunos vocablos, a la evolución de algún significado y a la alteración de la sintaxis, antes menos influida por las lenguas romances que ahora. Acaso este juicio sea exacto, pero, como vamos viendo, sin duda es prematuro, antes de la composición de esta crestomatía que esperamos del señor Campión.

Aquel viajero francés de la primera mitad del siglo xii, peregrino a Santiago de Galicia, que al atravesar Roncesvalles se admiraba de ver a los navarros con sayos cortos, hasta la rodilla, como los escoceses, y siempre armados con sus dardos o azconas y siempre con su cuerno de caza colgado al cuello, formó un pequeño glosario vasco, que sería preciso leer e ilustrar de nuevo, pues aunque casi todos sus vocablos son hoy usuales, contiene curiosas formas divergentes de las modernas, que no todas son explicables por mal oído o poca atención de los que las transcri-

bieron; por ejemplo, *orgui* en vez de *ogi*, acaso sea indicio de la procedencia de la voz latina *ordeum*.

El examen minucioso de los documentos notariales dará también resultados muy crecidos; deben ser examinados no sólo para los nombres comunes vascos que contengan, sino también para los nombres propios, como ya hizo Luchaire en documentos franceses de los siglos XI al XIII.

Por desgracia los archivos de vuestra región occidental son de una pobreza desesperante, pero en cambio los de Pamplona son riquísimos y en ellos se harán seguramente hallazgos en gran número, con tal que sean completa y pacientemente examinados.

El Padre Moret cita, por ejemplo, de un documento de 1167, las voces *maizter* 'mayoral de pastores' y *burazagui* 'mayoral de peones'; muchos vocablos como éstos aparecerán seguramente en el Archivo de la Cámara de Comptos.

También hay que examinar los abundantes diplomas del Alto Aragón, donde ya he hallado formas arcaicas de nombres de lugar muy reveladoras para la historia interna y externa del vasco.

Una condición hay que exigir a esta recolección para que sea base firme de estudio, y es, que todos los documentos aprovechados lo sean en su primitivo original, para evitar yerros y modernizaciones de copista, que siempre perturbarán el estudio histórico del idioma. Si se quiere, además, examinar los documentos que sólo se conservan en copias tardías, hágase en buen hora para mayor abundancia de datos, pero siempre en sección aparte, como material que no merece plena confianza.

El mismo Fuero general de Navarra es otra fuente de arcaísmos que también debiera estudiarse para este objeto, no en sus ediciones, sino en sus manuscritos viejos. Al decirnos el Fuero que una contribución que se pagaba por la noche, « la pecha de crisuelo » o el tributo de candil, se llamaba en vascuence *guirisellu zor*, nos da una curiosa forma del moderno *krisellu*, y un significado de *zor* desconocido a los léxicos modernos. Según el mismo Fuero, el tributo de fonsadera para la hueste o ejército, se llamaba en vascuence *ozterate*, asegurándonos el origen latino de *oste*, *hoste*, origen también comprobado por el sentido primitivo que la voz conserva en dialecto labortano: 'ejército enemigo' (según Larrañendi). De otro modo interpretan el origen de esta voz el glosario de la edición del Fuero y el Padre Eusebio de Echalar, que recientemente diserta sobre las palabras vascongadas del Fuero navarro; pero Dios sólo es sabio, como dicen los musulmanes cuando no juzgan oportuno discutir.

La literatura riojana y navarra medieval dará también su contribución, empezando por Berceo, quien para ponderar el pavor con que un pobre sacristán huía ante la aparición de un difunto, dice que no parecía sino que le llevaba *don Bildur* o « don miedo ».

En fin, no hay que olvidar, aunque muy tardío ya, el conocido glosario que hacia 1522 nos comunicó el humanista Lucio Marineo Sículo, al sostener la opinión, ya entonces corriente, de que el idioma de los vascos era el primitivo de los españoles, defendido en las montañas contra la superioridad de cartagineses y romanos. Ese glosario, aparte de vocablos curiosos, nos distingue en la grafía dos clases de *b*, una en « quadraginta *berroquey* », « *nigrum belza* », « *flumen ibaya* », y otra en « novem *vedrazi* », « *filiam alauéa* »; distinción que habría que compulsar con la que hoy notan los gramáticos. Por estos ejemplos, parece que el vasco, en tiempos de Lucio Marineo Sículo, tenía una *b* oclusiva y una *v* fricativa, cuyo uso no obedecía a la posición inicial o intervocálica del fonema, sino a la etimología ibérica, exactamente como el castellano de entonces, cuya *b* y *v* se distinguían por la etimología latina de ambos sonidos; y una vez más veríamos aquí el paralelismo en el desarrollo de ambos idiomas. Otra curiosidad del glosario de Marineo Sículo es el que a pesar del especial acento del vasco, en cada palabra marca su acentuación con los signos corrientes entonces para el acento agudo y grave.

Sólo después de reunir y estudiar todas estas viejas reliquias del idioma, se podrá juzgar históricamente de la evolución del mismo.

Y todavía hay otra fuente, apenas explorada, de arcaísmos aún más remotos. La Toponimia. Adheridos al suelo sobreviven en la península nombres ibéricos en comarcas donde, desde tiempo inmemorial, no se conoce más lengua que la románica. ¡Qué abundancia no sobrevivirá en el solar euscalduna, donde la lengua primitiva perdura aún!

La primera tarea en el estudio de la toponimia es identificar los nombres antiguos que nos dan los geógrafos e historiadores clásicos. Por ejemplo, la *Avtexoula* que Tolomeo cita en los Autrigones, ¿es, como yo creo, la *Andagoya* del occidente de Alava, más bien que la *Andecoa* de Vizcaya, o bien otra distinta de estas dos? Este ejemplo puede mostrarnos de pasada la gran persistencia de los nombres de lugar entre vosotros, con su forma antigua exactamente conservada.

A propósito hay que señalar una cualidad notable de la toponimia vasca. La inmensa mayoría de sus nombres tienen un

sentido claro para el que hoy habla la lengua actual, mientras, por el contrario, la mayoría de los nombres del resto de España, como los de Francia o Italia, quedan inexpresivos, incomprensibles, para el habitante que los usa a diario, pues son restos fósiles de lenguas y civilizaciones que se sucedieron y desaparecieron. Un nombre fenicio como *Cádiz*, o celta como *Segovia*, y hasta uno romano como *Treviño*, carecen hoy de sentido para nosotros; mientras que la mayoría de los nombres de vuestro suelo son fácilmente explicables por la lengua misma que sobre el suelo se habla desde los tiempos de su primitiva población.

Mas, sin embargo, hay todavía en vuestro territorio nombres incomprensibles, y la tarea de más alcance histórico en el estudio toponímico será la de señalar cuidadosamente en el Nomenclátor completo de las provincias vascas y en el de las limítrofes, aquellos nombres explicables por el vasco moderno o por el antiguo, y los explicables por el latín o el romance, para que aparte queden, formando un tercer grupo, los nombres extraños a estos dos orígenes, que revelarán acaso sedimentos de otra población no euscalduna.

Es después necesario recoger formas viejas de los nombres de lugar en los documentos medievales, recolección de que ya ha dado una muestra para la provincia de Alava el señor Baraibar. Bien se comprende que es imposible juzgar muchos nombres propios desconociendo su forma antigua. El nombre *Andóin*, de un lugar de Alava, si lo hallamos en el siglo XI escrito *Anduihain*, lo podemos identificar seguramente con el otro nombre actual *Andoain*, y, además, vemos que la forma de la terminación *ihain* permite acaso también relacionar el sufijo *ain* con *gain*, que aparece en *Murugain*, *Azkain*, etc.

En otros casos la forma vieja nos da curiosos arcaísmos: *Ascarçaha*, *Otaçaha*, *Artazaha*, *Artaçaa*, que aparecen en los diplomas de los siglos XI, XII y XIII, en vez de los modernos *Ascarza* (quejigal), *Otaza* (argomal), *Artaza* (encinal), nos dan el estado antiguo del sufijo abundancial *-tza*, que en una gramática histórica del vasco habrá de figurar con sus formas primeras *-tzaha*, *-tzaa*.

Estos mismos nombres de lugar y otros como *Harana*, *Harriaga*, etc., harán que la gramática histórica afirme y estudie la gran extensión que el sonido de la *h* tenía en lo antiguo por todo el territorio vasco español, hecho que puede ser de la más alta importancia, tanto para la historia del vasco como para la del castellano, según arriba queda ya dicho.

Los nombres de predios, heredades y accidentes del terreno, son acaso más importantes que los de pueblos. Por de pronto,

tienen una historia aparte unos y otros. Hay veces en que los nombres de toponimia menor resisten a las mudanzas más que los de pueblos. Sabido es cómo en la Suiza alemana los inmigrantes alemanes dieron nombre alemán a algunos pueblos, en los cuales, sin embargo, las heredades conservan el nombre románico de los primitivos habitantes que las poseían. Mas a veces sucede lo contrario; muchos nombres ibéricos y célticos se conservan en las poblaciones de España y de Francia, y en cambio las heredades tienen nombres modernos, por lo común. Por esto, mucho más interesantes que los nombres de heredades son los de los grandes accidentes del terreno: las montañas, los ríos, los barrancos, todo aquello que está más desligado de la influencia perturbadora de un dueño y más libre de una transformación para el aprovechamiento de la tierra, o de cualquier otro cambio que pueda traer consigo un cambio de nombre.

Hay que examinar después, cuando esto sea posible, la adecuación del significado hipotético del nombre de lugar a las circunstancias del lugar mismo, para ver si aquél conviene con éstas. El *Arahos* de Lérida, me lo explico yo como nombre idéntico al *Araoz* de Guipúzcoa, que significa 'llano frío'; si ahora el *Arahos* de Lérida aparece descrito en el diccionario geográfico de Madoz, que para nada se preocupaba de la etimología de ese nombre, como pueblo situado « en un llanito circuido de elevadas montañas, y de clima muy frío por la excesiva duración de las nieves », tendremos la seguridad material de que la identificación de ambos nombres está bien hecha, y no nos parecerá temeraria la consecuencia que de aquí se desprende, esto es, que la lengua vasca misma o una lengua hermana se hablaba por el norte de la provincia de Lérida. De igual modo, el nombre *Alastuey* de un pueblo situado en el Alto Aragón, 20 kilómetros al Este de Jaca lo he interpretado, en otro lugar, por el vasco *latztoi* 'tierra de arroyos', y me confirma en esta interpretación, el ver en las descripciones del pueblo de Alastuey que su término está regado por cuatro arroyos. Solamente este examen del terreno nos podrá certificar, por ejemplo, en la presunción de que el vizcaíno *Uresandi* es igual en su segundo elemento a los asturianos *Amandi*, *Carrandi*, *Arpandi*, mostrándonos la extensión de un núcleo de lengua afín al vasco, más allá de la Cantabria.

Como fácilmente se comprende, el estudio de la toponimia es de una importancia histórica excepcional. El solo nos puede dar idea acerca de la extensión del vasco en períodos para los que falta todo documento; verbigracia, por ejemplos como los que acabamos de poner, se comprueba una considerable exten-

sión del primitivo idioma vasco por la Aquitania, o sea por la Vasconia de las Galias, o Gascuña, y por todo el Alto Aragón y Noroeste de Cataluña hasta la Cerdeña.

Habrà que tener muy en cuenta, para apreciar la extensión antigua de los nombres de tipo vasco fuera del territorio vasco, que muchos de ellos que hoy tengan apariencia románica pueden haber sido vascos, luego desfigurados. De esta seudorromanización de los nombres, dan ejemplo, dentro mismo del país de lengua euscalduna, casos como *Fuenterrabía* por *Ondarrabia*; *Larrosa* por *Larrotza*; *Torralde* por *Iturralde*. Fuera del territorio del éuscará podrían hallarse muchos casos como *Las Muñecas* en el concejo de Sopuerta, que se dice ser una etimología popular de **Latzmuñakaitz* 'colinas ásperas del arroyo' y que yo creo podría ser más simplemente **Latzmuñak*. Otras veces el nombre vasco pudo ser traducido al romance, como aún dentro de territorio euscalduna coexisten hoy para un mismo lugar *Orreaga* y *Roncesvalles*, *Iriberri* y *Villanueva*, *Iruri* y *Troisvilles*. Una prudente deducción podrá hacernos suponer nombres primitivos vascos en vez de los que hoy aparezcan románicos en las fronteras del actual dominio de la lengua éuscará. En fin, todo este estudio, como en otro lugar he querido mostrar, nos indicará claramente los pasos de la romanización en las inmediaciones de la Vasconia.

En cuanto a los nombres de tipo vasco que se hallan lejos del actual territorio de este idioma, la crítica es mucho más difícil. La extensión de ellos hasta Andalucía o hasta Galicia no nos autoriza para creer que toda España hablaba vasco. Ya he indicado que tengo por muy equivocada la opinión de una gran unidad en la lengua primitiva de España. Así que, por ejemplo, el citado grupo *-andi* en Asturias, nos autorizaría sólo a pensar que allí donde abunda en la toponimia esa terminación, hubo un núcleo especial de población que tenía en su lengua ese sufijo de común con el vasco, y nada más. También téngase en cuenta que un nombre solo aislado prueba muy poco, pues muy bien pudo imponerse un nombre de tipo ibero-vasco a una población situada en territorio que hablase otro idioma. Terminación céltica tienen *Augustóbriga* y *Flavióbriga*, y no son nombres impuestos por los celtas, sino por los romanos y en territorio no céltico.

La toponimia nos lleva a cuestiones de geografía de la lengua, pues es la única fuente para conocer la extensión antigua de la misma. Después de estudiar el retroceso que el vasco experimentó en los siglos pasados, habría que señalar los límites modernos

para apreciar el retroceso acaecido desde que el príncipe Bonaparte señaló los límites de la lengua en 1863. Julio de Urquijo nota la desaparición del vasco en una zona entre Pamplona y Estella, donde, según el mapa de Bonaparte, se hablaba el *va co* aún por la mayoría de los habitantes. Unamuno me ha indicado alguna alteración del límite en Vizcaya; el conde de Lizárraga me informa que en el Roncal apenas se habla ya el vascuence. Señalar el límite general de la lengua con los mismos detalles que lo hizo Bonaparte, sería hoy tarea fácil y rápida que nos permitiría un juicio exacto sobre la importante cuestión del retroceso del vasco.

Más delicado y arduo será señalar los límites dialectales internos, ora los fonéticos, ora los morfológicos y sintácticos. Bonaparte, con el concepto unitario arcaico de los dialectos, delimitó, por medio de líneas únicas, los ocho dialectos con sus subdialectos y variedades. Pero sabido es que un dialecto no tiene un único límite fijo como el de una provincia o un partido judicial; los muy varios caracteres que distinguen ese dialecto de los vecinos, no tienen todos en masa una misma extensión, sino que cada uno de ellos alcanza por lo común un límite distinto del de los demás, siguiendo cada uno direcciones muy diversas. La causa de esto es que cada evolución o alteración del idioma es un fenómeno o movimiento social, producido y propagado en la masa de los que hablan un idioma; la extensión que alcanza ese movimiento depende de la extensión de relaciones que aquel grupo humano donde el movimiento se produjo alcanza entre sus vecinos, y de la mayor o menor influencia que ejerce sobre ellos para imponerles sus innovaciones. Bien se comprende que como estas innovaciones no nacen en un idioma todas a un mismo tiempo ni en un mismo lugar, no pueden tener límites iguales, pues los límites de cada una dependen de las circunstancias especiales de expansión y de influencia que cada grupo innovador posee y desarrolla en cada momento especial de su historia. Casos hay en que una porción de límites lingüísticos coinciden entre sí; pero esto sucede, por lo común, no dentro de una misma lengua, sino cuando dos lenguas o dialectos colindantes se sienten como extraños el uno al otro. Si en el país vasco se hallan haces de varios límites lingüísticos coincidentes, este hecho indicará antiguo aislamiento o antagonismo de pueblos, separación profunda de una masa de población respecto de la otra.

El sistema de señalar los límites lingüísticos no podemos describirlo aquí. Sólo diré que el procedimiento seguido para hacer el magnífico «Atlas lingüístico de Francia» no deberá ser imitado, pues adolece de varios defectos que hoy no deben repe-

tirse. De fundamental importancia será lograr la mayor exactitud y uniformidad en la observación fonética ; pero de esto os hablará el señor Navarro con más extensión que yo podría hacerlo y, sobre todo, con más competencia, y no tengo para qué detenerme en ello.

Unicamente he de asociar aquí mi deseo al de muchos de vosotros, porque la formación del « Atlas lingüístico del Vasco » sea un hecho. Ya el señor Urquijo, en compañía del señor Lacombe, ha dado los primeros pasos para su estudio. En buenas manos, pues, está el proyecto ; de esperar es que el apoyo de las Diputaciones lo haga realizable.

Fin preferente de esta geografía lingüística será el asociar los límites del idioma a los límites políticos, eclesiásticos o comerciales de cualquier clase que con ellos puedan relacionarse. Por lo general, parece que los límites de reinos y distritos medievales tienen poca o ninguna influencia para determinar y explicar los límites lingüísticos ; éstos obedecen casi siempre a causas más antiguas, a divisiones políticas o administrativas de la época romana o prerromana. De ahí que las diócesis eclesiásticas, herederas de los límites interiores del imperio de Constantino, cuando el cristianismo se hizo religión oficial, reflejen a veces divisiones muy viejas que coinciden con los límites lingüísticos. Esta observación se les ocurrió independiente y casi coetáneamente a varios. Fué hecha por Salvioni respecto a límites lingüísticos del cantón de Tessino ; fué hecha por mí respecto de Miranda do Douro y respecto de Segorbe ; por Morf respecto del franco provenzal, y, lo que ahora nos interesa, por Carmelo de Echegaray respecto al vizcaíno, cuyos límites en el Nervión por el Oeste y en el Deva por el Este, no coinciden para nada con los de la provincia, y en cambio son semejantes a los de la diócesis de Calahorra con la diócesis antigua de Burgos (y moderna de Santander) por el Oeste y con la de Pamplona por el Este. El vizcaíno se muestra así como el vasco propio de la diócesis de Calahorra.

Por otra parte, el guipuzcoano aparece como vasco de un extremo de la diócesis de Pamplona, con la curiosa coincidencia de que el antiguo arciprestazgo de Fuenterrabía, que antiguamente fué de la diócesis de Bayona, no habla dialecto guipuzcoano.

No se ha de entender con esto que la división eclesiástica influyó en la dialectal, sino algo más interesante : que las viejas diócesis reflejan muy antiguas divisiones interiores del país, y éstas acaso sean la de los antiguos pueblos : los caristios vizcaínos y los várdulos guipuzcoanos.

Más fácil de estudiar que la geografía gramatical es, sin duda, la geografía léxica. Así como los datos de aquélla tienen que ser observados y recogidos por el mismo investigador, para que tengan uniformidad de apreciación, los datos del léxico pueden ser allegados por muchos colaboradores, cuyas comunicaciones serán perfectamente útiles previa una ligera preparación que reciban. Don Resurrección María de Azkue recogió ya mucho material localizándolo convenientemente ; pero tarea es ésta superior a las fuerzas de una sola persona. Por fortuna, ahora podemos saludar a la naciente « Academia de la Lengua Vasca », y esta Academia, presidida por el mismo Azkue, podrá realizar el trabajo colectivo de recolección, en el que toda voz pronunciada por labios vascongados sea documentada en todos los puntos donde se use, a fin de que el área de su difusión pueda ser fijada exactamente. La Academia, con su autoridad, puede atraer muchos colaboradores y tender por todo el país una red de mallas bastante estrechas para que ningún fenómeno notable se escape entre sus claros, y podrá así dar un diccionario digno de las necesidades modernas de la lingüística, en el cual la geografía esté debidamente trabajada, y sobre el cual pueda ser estudiada la historia del vocabulario. Porque en la distribución geográfica de cada voz está reflejada gran parte de su historia. El camino de su introducción, su lucha con voces sinónimas, su fuerza expansiva, su evolución en los significados, y otra serie de problemas a ella relativos pueden solucionarse mediante la inspección del área o de las áreas que cada palabra ocupa en el territorio de un idioma.

El señor Griera ha de desarrollar competentemente este asunto, y no tengo para qué hacer más indicaciones acerca de él.

El último punto que ha de examinar la historia del vascuence es el período moderno. Caracterízase éste por el más vivo deseo de desarrollar el cultivo literario del vascuence, hasta ahora tan escaso, que bien pueden decir Campión y Broussain que se halla reducido a las necesidades de las clases más bajas de labriegos y pescadores. Necesitamos, dicen, miles de neologismos para subsanar la pobreza de nuestro léxico.

A esto acuden con actividad febril muchos aficionados a inventar palabras, que las preparan flamantes para todas las necesidades de la vida. Pero la única contra está en que el pueblo no asimila esas palabras, y el inventor pierde su tiempo. Las voces y significaciones nuevas no se preparan de antemano en montón, según el plan fríamente calculado por un lexicógrafo

o un gramático, sino que una a una surgen natural y espontáneamente en la vida, y surgen de la apremiante necesidad de la comunicación que siente el individuo ante un grupo humano que en un momento dado se halla bajo la preocupación de la misma idea. Por ejemplo, el poeta o el novelista se siente llevado por su misma creación a una extensión natural de los recursos del idioma que maneja y que domina; traza inspiradamente sobre el papel la innovación, y luego la eficacia de su arte conduce a miles de lectores a sentir ellos también la necesidad de aquella extensión natural del idioma, y miles de lectores la aceptan como suya, se la apropian y acaso la modifican y adaptan. El neologismo, que nació como invención individual, se ha impuesto a muchos; a su vez, cada uno de los lectores a quien ha satisfecho tal innovación, se constituye en un propagador de la misma; el neologismo así se ha hecho un fenómeno social; el neologismo está consumado. Claro es que la misma o mayor eficacia que el escritor, tiene el conversador agudo, que incesantemente ejercita el lenguaje ante las necesidades y ocurrencias diarias de la vida. Pero paso de largo, porque oportunamente el señor Castro ha escogido este delicado punto como uno de los de su consideración. No quiero, sin embargo, omitir el hecho de que Campión censura acremente a los euskeristas modernos que manipulan el éuskera cual si fuese materia de laboratorio, ánima vilis de sus bien intencionadas experiencias; ni quiero callar, por otra parte, que Azkue, con muy buen acuerdo, prescinde en su gran Diccionario de las palabras artificiales, comprendiendo que la tarea de un léxico no es inventar vocablos, sino registrar y guiar en el uso de ellos, ilustrando al lector acerca del empleo que cada voz tiene.

Mas al mismo tiempo hay que reconocer también que las Academias, por atavismo de las ideas dominantes en el siglo XVIII, en el que fueron modeladas, propenden a veces a tomar el lenguaje como un artificio lógico del hombre en el cual puede intervenir el buen sentido lógico de un erudito legislador. Y aquí ruego a los académicos de la lengua vasca permitáis a uno que hicisteis vuestro compañero, académico ya antiguo de la lengua española, que juntamente con vosotros discorra acerca de esa propensión que esporádicamente invade a todas las Academias.

Primer cuidado de la naciente Academia vasca fué la constitución de un éuskera literario que sirviese de lazo de unión a los vascos de todas las provincias. Un sugestivo informe debido a la autorizada pluma de los señores Campión y Broussain, desecha la idea de adoptar uno de los cuatro dialectos literarios, vizcaíno, guipuzcoano, labortano y suletino, porque esto sería

matar a los tres restantes, y no es posible que ningún académico decreta esa muerte, renegando acaso de su propia habla materna; desecha también la idea de crear un dialecto nuevo combinando los caracteres de los existentes, y halla como única solución posible una intermedia, o sea crear ese dialecto nuevo, pero tomando como base real uno de los dialectos literarios, por ejemplo, el guipuzcoano, al cual se agregarían cuantos elementos gramaticales y léxicos de los demás pudiesen avenirse con la índole del dialecto favorecido y sirviesen para enriquecerlo. «Cierto, añaden los informantes, que ese éuskera unificado será lengua artificial», pero confían en que dejará de serlo cuando lo enseñen las escuelas y lo difundan los periódicos y los libros. Añádase que la Academia se propone también «elaborar los neologismos destinados a expresar los conceptos modernos», y se comprenderá que verdaderamente se trata de formar una lengua artificial.

Pero una lengua así, ¿puede ser lengua de un pueblo? Creo que no, y por eso propondré otra solución diversa para lograr el mismo fin.

Hay que partir del principio que el lenguaje es ante todo un producto social, colectivo, un fenómeno natural que está por cima de los artificios convencionales de los gramáticos. Podrá la humanidad llegar a hablar una lengua única en siglos lejanos, pero no llegará a esa unificación inventando volapükes, esperantos, idos y demás mezclas de todos los idiomas. Podréis llegar a tener un éuskera literario único, pero ese no será obra momentánea. Fácil relativamente es hacer en un libro para uso de unos cuantos escritores una combinación del guipuzcoano y el labortano y proveerla de perfecciones de otros dialectos; pero esa creo no llegará nunca a ser la lengua de un pueblo.

Pero aun más. Figurémonos que eso, que yo estimo imposible, se realizara, y que las nuevas generaciones del pueblo vasco llegaran a aprender la lengua artificiosa unificada. Pues la Academia, en vez de haber continuado, depurado e impulsado el vasco histórico, como es su misión, habría roto bruscamente la tradición en el desarrollo del idioma, para lanzar a éste en una vía nueva; habría quitado a la lengua la mayor parte de su valor y de su autoridad histórica; habría matado a los venerables dialectos tradicionales, consagrados por la adhesión fervorosa de las generaciones vascas de hace muchos siglos, y los habría sacrificado en aras de un producto nuevo, desprovisto de interés arqueológico y sin utilidad alguna para la cultura humana, hecho sólo para el pueril interés de poder decir en una lengua exótica

lo que muy bien puede decirse en cualquiera de las dos grandiosas lenguas culturales del extremo occidental de Europa.

Mas por mi parte, estoy bien tranquilo. Los vascos de hoy, ni los de mañana, no cargarán su conciencia matando, no ya a un dialecto tan robusto como el vizcaíno, pero a ningún otro.

Y, sin embargo, los vascos quieren tener una lengua literaria. Y la tendrán; pero por otros caminos. ¿Por qué hemos de creer que «de ninguna manera cabe impedir que la lengua común de cultura vasca no incurra en la nota de artificial?» Será artificial la planta, con tallos de alambre y hojas de papel pintado, si la queremos amañar en un momento para mal engañar los ojos nada expertos; pero no lo será si, sembrándola y cultivándola, la dejamos desarrollarse naturalmente.

Hoy el vasco está en un período prelitterario, dividido en múltiples dialectos, sin que ninguno de éstos se haya impuesto a los demás; el guipuzcoano parece que empieza a imponerse. Todos los grandes idiomas unificados tuvieron antes un período semejante. Los Normandos, Picardos, Provenzales y Gascones hacían concurrencia activa a los franceses del centro en la producción literaria, antes que el francés fuese la lengua de todos. Recordad los tiempos en que Juan Lorenzo Segura escribía en leonés, Berceo en riojano, Alfonso el Sabio en castellano o en gallego, el Maestre Heredia en aragonés, el Príncipe de Viana en navarro, Mosén Pere Torrellas en catalán o en castellano, y en esta lucha de tendencias va lentamente imponiéndose a todos el castellano, por la constante abundancia de su producción y por la frecuente superioridad de sus autores. No hay que creer que un escritor, por genial que sea, cree de golpe una lengua literaria nueva; esto lo dicen a veces elocuentes retóricos, pero los historiadores no lo comprueban. La generalización del castellano es obra que secularmente se va consumando por la superioridad de sus juglares anónimos, por la de Alfonso X sobre todos los escritores didácticos de entonces, por la de don Juan Manuel sobre todos los cuentistas, por la de la Celestina sobre todas las novelas coetáneas. Y así se ha de formar el vasco literario, si es que ha de tener una vida real, si es que no ha de formarse como un capricho para uso de unos cuantos iniciados.

Fomentar con energía la producción de los dialectos es cosa que está perfectamente en las manos de una Academia. También a ella es fácil guiar el gusto y favorecer con preferencias al dialecto que muestre más iniciativas y más espíritu expansivo; éste será el que tenga más genio literario, y por tenerlo, podrá sacar

de sí mismo y de la comunicación con los demás dialectos el máximo de recursos de que es capaz la lengua vasca, en su natural evolución, y no en las solitarias lucubraciones de sus gramáticos. La producción literaria será también la que espontáneamente engendre los neologismos necesarios, y esos vivirán y no los que elaboren los doctos. La producción del dialecto preponderante será la que, atrayéndose por su mérito la adhesión de todos, apoque la vida de los otros dialectos, sin ser verdugo que los ajusticie. Dejad que la vida y la muerte se fraguen providencialmente en el arcano operar de la naturaleza.

Yo espero que el mismo estudio histórico del idioma moderará a los más impacientes y les apartará de esa intervención violentamente reformadora que juzgo atentatoria a la esencia tradicionalista del más tradicional y conservador de los idiomas.

Por eso he querido hoy hablaros del estudio histórico. Tenéis todas las ventajas para emprenderlo y llevarlo a cabo: una lengua cuya bibliografía puede ser abarcada sin cansancio, y muchas de cuyas cuestiones interesantes apenas están desfloradas; un territorio pequeño, que cómodamente puede ser recorrido; una variedad interna sumamente ilustradora, y, sobre todo, un arcaísmo misterioso, preñado de interés. No hay documento histórico más venerable que este documento vivo, esta lengua conservada sobre este territorio desde época incalculable, quién sabe si anterior al clima y al período geológico actuales. Ella, en sus multiseculares sedimentos, nos ofrece restos preciosos para ilustrar los más oscuros problemas de nuestra historia.

Tenéis la fortuna de que vuestro pueblo sea depositario de la reliquia más venerable de la antigüedad hispana. Otras tendrán más valor artístico, serán más admiradas y codiciadas universalmente, pero no hay otra que tenga la importancia de esta lengua, sin cuyo estudio profundo jamás podrán ser revelados del todo los fundamentos y los primitivos derroteros de la civilización peninsular, ni podrá ésta ser esencialmente comprendida.

Metodología de la Fonética

Conferencias

por D. Tomás Navarro Tomás

en la Escuela de Artes y Oficios de Bilbao los días 28
y 29 de Diciembre de 1920

Las lecciones dedicadas a este tema tuvieron por objeto dar una idea lo más clara y completa posible de los diversos elementos y circunstancias que deben ser tenidos en cuenta en el estudio de los sonidos del lenguaje, mostrando para cada caso los medios de investigación más usados y corrientes en fonética experimental. Una parte de estas demostraciones se hizo por medio de diapositivas, y otra presentando algunos aparatos del laboratorio de fonética del Centro de Estudios Históricos, de Madrid.

Sobre ser demasiado costoso no resultaría realmente útil reproducir aquí, con todos los grabados necesarios, el texto de dichas lecciones. Quien desee iniciarse en los métodos de la fonética experimental, encontrará un excelente guía en la *Experimentelle Phonetik* que acaba de publicar el doctor Panconcelli-Calzia (1), el cual orienta asimismo respecto a las principales obras que deben consultarse para estudios más profundos: P. J. Roussetot, *Principes de phonétique expérimentale*, París, 1897-1908; E. W. Scripture, *The Elements of Experimental Phonetics*, New York, 1904; H. Gutzmann, *Physiologie der Stimme und Sprache*, Brunswick, 1908, etc.

Procuróse, siempre que hubo ocasión, relacionar concretamente las explicaciones con el estudio de los sonidos vascos. Los trabajos publicados hasta ahora sobre esta materia han

(1) G. Panconcelli-Calzia, *Experimentelle Phonetik*, Berlin y Leipzig, Vereinigung wissenschaftlicher Verleger, 1921, 8.º, 136 páginas, 1'60 pesetas (Sammlung Götschen).

tendido especialmente, tomando por base el estudio comparativo de las palabras, a determinar, desde un punto de vista etimológico, la pérdida o elisión de tales sonidos, la intercalación o epéntesis de otros, y los cambios, metátesis y transformaciones de tales otros. Se han realizado en este sentido excelentes estudios, desde los ensayos de Charencey (1), Vinson (2) y Campión (3) hasta la reciente tesis de H. Gavel (4), publicada después de la fecha en que se dieron estas lecciones. Falta, sin embargo, describir y estudiar escrupulosamente, desde un punto de vista acústico y fisiológico, los sonidos mismos, su articulación, su timbre, sus diferencias respecto a los sonidos de otros idiomas, sus matices y variantes dentro de los diversos dialectos vascos, y las modificaciones que cada sonido experimenta en cuanto a su tensión, relajación, sonoridad, duración, etc., según el acento, según la colocación del sonido en la palabra o en la frase y según la influencia que sobre él puedan ejercer los sonidos contiguos.

Dícese, entre otras cosas, que el vascuence tiene vocales nasales que se pronuncian poco más o menos como en francés y en portugués; que tiene asimismo tres sonidos de *b* distintos entre sí; que hay una *d* que participa de los sonidos representados ordinariamente por las consonantes *d*, *r* y *l*; que hay unos extraños sonidos aspirados, *jh*, *lh*, *nh*, *ñh*, *rh*, *rhr*, etc., de cuya articulación no se da explicación ninguna; que la *z* vasca es semejante a la llamada *s* dura de los franceses, y que en ciertos sitios ofrece variantes próximas a la *z* castellana; que la *s* vasca viene a ser un sonido intermedio entre la *s* y la *ch* francesas; que la *tz* se parece a la *z* alemana y a la *zz* italiana; que la *ts* se pronuncia de un modo semejante a la *tr* navarra y riojana, y que la *y* suena aproximadamente en ciertos casos como una *d* mojada, en otros, como una *j* francesa, y en otros, como una *i* francesa precedida de una *d*, etc., etc. Ninguna indicación de esta índole puede bastar para conocer convenientemente un sonido ni para explicarse de una manera razonable sus modificaciones, sus influencias o su evolución.

En una de mis lecciones, ante un pequeño grupo de personas, traté de enseñar prácticamente la manera de describir los sonidos del lenguaje. Añadiré, como un nuevo ejemplo, las siguientes notas.

(1) Gharencey, *Recherches sur les lois phonétiques de la langue basque*, en las *Mém. de l'Acad. des Sciences, Arts et Belles-Lettres de Caen*, 1866, págs. 359-370.

(2) J. Vinson, *Premier essai de phonétique basque*, en la *Revue de linguistique*, III, 423-459; IV, 118-127; V, 276-290.

(3) A. Campión, *Ensayo sobre las leyes fonéticas de la lengua éuskara*, San Sebastián, 1838.

(4) H. Gavel, *Éléments de phonétique basque*, Biarritz, 1920.

Uno de los sonidos vascos más interesantes es el que corresponde a la *t*, en algunas partes del país vascongado, en palabras como *aita* (padre), *aituna* (abuelo), etc. El príncipe Bonaparte explicó este sonido como «*t* mouillé palatal, ty hongrois» (1); Campión añadió «que es una consonante muda, fuerte, dental, palatal, mojada...», que se obtiene tocando con la lengua al paladar al mismo tiempo que se hiere a los dientes» (2); Azcúe se limitó a decir que «oralmente debe manifestarse» (3); según Unamuno, «la *t* paladial representa el sonido de la llamada cerebral en sánscrito» (4); Uhlenbeck, al hablar de la *t* vasca (5), no hizo indicación ninguna sobre dicho sonido palatal, y Gavel sólo lo menciona brevemente en su capítulo sobre la palatalización.

Las observaciones que por mí mismo he podido hacer acerca de dicho sonido se refieren a la pronunciación de un guipuzcoano (G), de una aldea próxima a Tolosa, y de un navarro (N), de Lesaca, ambos pelotaris en Madrid. La forma *aita*, dicha por G, se convertía en algo que a primera vista podía parecer semejante a *atié*, y dicha por N, en *atidá* (6); pero era evidente que estas sílabas *tié* y *tiá* no podían tenerse por idénticas a las que se pronuncian, por ejemplo, en español, en las palabras *mantiene* y *Santiago*. Mis dos sujetos no ignoraban tampoco por su parte que ellos pronunciaban en dicha palabra un cierto sonido «que no podía escribirse en español».

Un análisis más atento hacía ver que, tanto en G como en N, la punta de la lengua, durante la pronunciación de la referida palabra, se mantenía constantemente adherida a la cara interior de los incisivos inferiores. La consonante encerrada en ese vocablo era en efecto una articulación sorda y oclusiva como la *t* ordinaria; pero su oclusión, contra lo que teníamos entendido, se formaba con la parte anterior del dorso de la lengua, y no, como en la *t* ordinaria ocurre, con la punta de la lengua contra los dientes superiores. La *t* pronunciada en *aituna* (abuelo) y en *maitia* (querido), coincidiendo enteramente con la de *aita*, confirmaban esta observación (7).

(1) L. L. Bonaparte, *Le Verbe Basque*, Londres, 1869.

(2) A. Campión, *Gramática de los cuatro dialectos literarios de la lengua éuskara*, Tolosa, 1884, págs. 56 y 57.

(3) R. M. Azcúe, *Gramática éuskara*, Bilbao, 1891, pág. 14.

(4) M. de Unamuno, *Del elemento alienígena en el idioma vasco*, en la *Zeitschrift für romanische Philologie*, XVIII, 1893, pág. 137.

(5) C. C. Uhlenbeck, *Contribution à une phonétique comparative des dialectes basques*, en la *Revista Internacional de Estudios Vascos*, 1910, págs. 92-98.

(6) La *i* que precede a la *t* en la palabra *aita* desaparecía por completo en la pronunciación de G y N; en la de otras personas se conserva, según R. M. Azcúe, *Diccionario vasco-español-francés*, Tours, 1906, II, pág. 301.

(7) Sabido es que este sonido aparece también en posición inicial de palabra y en otros muchos casos en que no va en contacto con la vocal *i*. V. Azcúe, *Diccionario*, páginas 301-304.

Unos paladares artificiales permitieron apreciar de una manera concreta el punto de articulación de dicho sonido. La parte del cielo de la boca tocada por el predorso de la lengua se reducía en N, por delante, a la superficie de los dientes, encías y alvéolos, y por los lados, a las paredes interiores de los molares y un poco de las encías (fig. 1.^a). En realidad esta articulación no tenía nada de palatal. En G la zona de contacto, más ancha que en N, comprendía también los dientes, las encías y los alvéolos

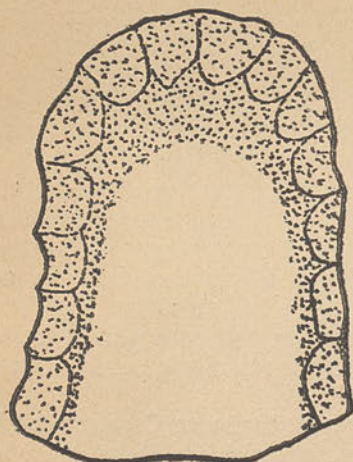


Fig. 1.ª

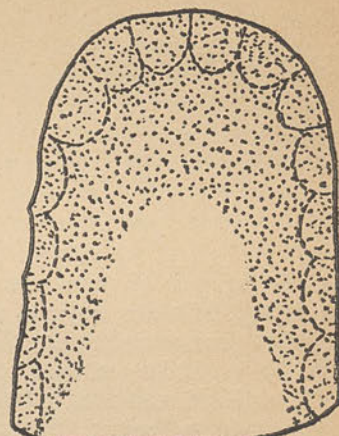


Fig. 2.ª

y se extendía además casi un centímetro, después de los alvéolos, por el prepaladar (fig. 2.^a). Repitiendo las experiencias podía verse que la línea posterior del contacto variaba más o menos, corriéndose en N hacia el prepaladar o reduciéndose en G hacia los alvéolos. Lo que no variaba era el contacto de la lengua con los alvéolos y los dientes. En vez de palatal o dental palatalizada, como esperábamos, la articulación resultaba, en fin, propiamente dentoalveolar (1).

Por otra parte, la explosión de este sonido oclusivo no era la explosión pura de la *t* normal. El sonido vasco tendía a la africación. Entre la oclusión y la vocal siguiente se percibía un breve sonido semiconsonante que correspondía evidentemente al

(1) Una consonante predorsoalveolar oclusiva sorda se encuentra también en búlgaro. Véase R. Ekblom, *Zur bulgarischen Aussprache*, en *Studier i Modern Språkvetenskap*, Estocolmo, VI, 1917, pág. 159. R. Ekblom registra asimismo un sonido serbio muy semejante, en *Beiträge zur Phonetik der serbischen Sprache*, Upsala, 1917, pág. 68.

momento en que la lengua se separaba del punto de articulación. Dicho sonido era en G algo más perceptible que en N, pero, en general, en uno y otro variaba visiblemente, resultando unas veces más perceptible que otras. La presencia de este elemento fué lo que de primera intención quise indicar con la *i* de *atje*, *atjé*. Hay varias razones, sin embargo, contra esta transcripción. Ese sonido no era un elemento separable de la articulación dorso-dental de mis sujetos; era simplemente el sonido correspondiente a la distensión o «détente», o sea al último tiempo de dicha articulación; además, no era un sonido sonoro, aun cuando tampoco me pareciese siempre totalmente sordo.

Los filólogos vascos modernos representan justamente la consonante a que me refiero con una sola letra. La letra que emplean es la *t*, con una tilde encima como la de la *ñ*, deseando indicar de este modo que se trata de una *t* palatalizada. Esta tilde se emplea, sin embargo, más generalmente en los alfabetos fonéticos para indicar la nasalización del sonido sobre el cual se escribe. La palatalización se indica de ordinario poniendo debajo de la letra a que corresponde un semicírculo abierto hacia arriba. De modo que para representar una *t* palatalizada, lo más conforme con el uso fonético general sería escribir *t̃* en vez de *t̃*. Pero esto había de ser en el caso de que se tratase realmente de una *t* palatalizada. En la pronunciación de mis sujetos, el sonido de referencia se distinguía esencialmente de la *t* normal, como queda dicho, en ser predorsal, y como, por otra parte, su punto de articulación lo formaban, sobre todo, los dientes y los alvéolos, tampoco había verdadero fundamento para llamarle palatal. Una *t* apical, mojada o palatalizada, sería siempre un sonido distinto del que G y N pronunciaban.

El mecanismo de dicho sonido, según yo podía observarlo, ofrecía ciertas semejanzas con el de la *ch* española, la cual, por otra parte, se encuentra también en vasco. Ambos tenían de común ser predorsales, sordas y africadas, diferenciándose, en cambio, en que la *ch* es propiamente palatal, sin tener nada de dental, y, sobre todo, en que la africación de la *ch* es más larga, más fuerte y más «chuintante» que la del sonido vasco de que aquí se trata; éste podría, en fin, definirse llamándole predorsal dentoalveolar africado sordo, y podría representarse, a falta de otro medio mejor, con una *t* que llevase encima el signo circunflejo \wedge con que, respecto a otros varios sonidos, se indica ordinariamente la africación en muchos alfabetos fonéticos.

Compréndese que la pronunciación de G y N no debe considerarse como la única forma con que tal sonido pueda aparecer

en el territorio vasco. Habrá acaso variantes más apicales y menos africadas, hasta llegar a la apical palatalizada y a la *t* pura, y habrá asimismo variantes más africadas y más palatales, hasta llegar tal vez a confundirse con el sonido de la *ch* española (1). El señor Azcúe indica algunas de estas variantes respecto a la pronunciación de la palabra *aita*. Las formas *chancho* (máscara) y *chanchangorri* (petirrojo), que en el *Diccionario* de Azcúe figuran con el sonido correspondiente a la *ch* española, en la pronunciación de *G* ofrecían evidentemente, sin embargo, este mismo sonido vasco predorsal dentoalveolar a que las presentes notas se refieren. El estudio fonético y geográfico de cada una de estas variantes, aparte de su propio valor lingüístico en cuanto al conocimiento del vascuence, podría hacer que fuese éste probablemente uno de los muchos puntos en que la fonética vasca ha de arrojar luz sobre las más difíciles cuestiones de la fonética castellana.

(1) O. Broch, *Slavische Phonetik*, Heidelberg, 1911, págs. 35-38, hace notar la existencia en las lenguas eslavas, de una *t* apical palatalizada y la de una consonante predorsopalatal oclusiva cuya articulación ofrece diversas variantes más o menos próximas a la *t* ordinaria. Para el estudio de los sonidos palatales debe tenerse en cuenta principalmente el importante estudio de R. Lenz, *Zur Physiologie und Geschichte der Palatalen* en la *Zeitschrift für vergleichende Sprachforschung*, 1887, XXIX.

El elemento extraño en el lenguaje

Conferencia

por D. Américo Castro

en el Salón de la Escuela de Artes y Oficios de Bilbao
el 29 de Diciembre de 1920

SEÑORAS Y SEÑORES:

Agradezco profundamente a la Sociedad de Estudios Vascos el que haya juzgado que mi presencia aquí pudiera tener algún interés para vosotros. Mucho vacilé antes de aceptar esta halagüeña invitación, pues pensaba que nada útil podría decirlos quien no ha tenido la fortuna de familiarizarse con la admirable lengua, que durante milenios viene resistiendo el embate de las más varias civilizaciones, que no han logrado barrer de este rincón de Europa quizá la más singular de sus manifestaciones lingüísticas. Falta grave es, en efecto, que siendo filólogo y español no pueda yo hablarlos como maestro del éusquera; pero no culpéis sin más a la persona, pensad también en las duras condiciones en que la investigación lingüística se ha desenvuelto en España. No hace aún mucho tiempo nuestro país no estaba representado en la ciencia por lo que atañe al estudio de la lengua nacional. Reinaba entre nosotros un profundo atraso acerca de estas materias. De una parte, la gramática y la lexicografía no habían rebasado esencialmente los métodos de Nebrija y de la Academia Española, lo cual no era mucho para entrar en el siglo xx; de otra, si algún método personal se manifestaba, era para propugnar bobadas tales como que el vasco era el padre de todas las lenguas, incluso de la española. Hubo, pues, que acudir a lo más apremiante, que era sin duda incorporar al estudio del español los

métodos de la lingüística universal, mejorándolos y renovándolos cuando ha sido posible.

Esperemos que en la próxima generación de filólogos haya algunos que vengan a aumentar el número de los que entre vosotros tan brillantemente ilustran el estudio de la lengua vasca. Notemos que para esto hará falta, no sólo la posibilidad material de realizar estos trabajos, sino también un ensanchamiento de nuestro horizonte ideal. Hay que luchar contra la fatal tendencia al espíritu particularista. Esto nos aísla y nos tritura, y hace que portugueses, castellanos, vascos y catalanes tengan entre sí menos contacto, que franceses y españoles. El español, que un tiempo aspiró a integrar su visión del mundo sin prescindir de los demás países (recordad, por ejemplo, nuestra bibliografía del siglo xvi, sobre pueblos y lenguas extraños), se contenta hoy con una ideología de campanario, que naturalmente no sirve para explicar ni los alrededores de su propio campanario. Es cierto que algo comenzamos a reaccionar contra esas limitaciones de taifa que nos vienen impidiendo ser un gran pueblo. Por eso, todos, aun los más modestos, tenemos el deber de colaborar en la obra del acercamiento nacional, para que un amplio espíritu flote sobre la pujante personalidad de las regiones nuevamente vitalizadas.

Por eso vengo a hablaros sin sentir rubor. Al desear conocer vosotros cómo se trabaja en campos lingüísticos distintos del vuestro, habéis dado pruebas de que sentís finamente el deseo de ampliar el horizonte local. Y al aceptar, pensé también en lo que ha escrito uno de vuestros más ilustres filólogos: « Si el vascuence no es esencialmente distinto de otras lenguas, bastará adaptar a su carácter el método que tan felices resultados ha dado en otros campos de la lingüística. » (J. de Urquijo, *Estado actual de los estudios relativos a la lengua vasca*, 1918, pág. 24.)

Hay, en efecto, en la ciencia del lenguaje multitud de cuestiones que tienen valor independientemente de ser estudiadas en ésta o en la otra lengua. Si habláramos de la fonética histórica del vasco, el material que nos suministre esa lengua será el elemento primordial del estudio; y habrá hasta que excogitar métodos especiales para hallar la razón de los singulares cambios que esa lengua ha sufrido en su evolución. La fonética es lo menos sujeto a la acción exterior en un idioma. Pero si tratamos, en cambio, de aquellos fenómenos lingüísticos que son propiamente obra de la civilización, tales como el empobrecimiento o la vitalidad, la difusión territorial o el estrechamiento, la acción de unos idiomas sobre otros, entonces tan esencial como la consideración

de los casos concretos es el estudio de los problemas que afectan a la vida del lenguaje, en tanto que es instrumento espiritual y de cultura.

Desde que una comunidad lingüística adquiere cierta fuerza en la historia, comienza a desarrollar dos actividades: de una parte evoluciona el fondo propio en todos sentidos (modificando sonidos, formas y significados) y de otra empieza a asimilar elementos del exterior; es decir, empieza a adquirir elementos extraños.

Este hecho, tan antiguo como la existencia del lenguaje sobre la tierra, no ha dado lugar a observaciones interesantes hasta la época moderna. Cuando se constituyó la ciencia del lenguaje, a base primero de las lenguas indoeuropeas y más tarde de las románicas, uno de los primeros cuidados de los filólogos fué el discernir lo que en una lengua respondía a una evolución secular, unida al concepto histórico que se formaban de cada unidad idiomática, y aquello otro que después de un análisis revelaba ser un injerto extraño, introducido en épocas diversas. Científicamente, este estudio presenta dos claras finalidades, analítica una, sintética otra. Tómese el caso del latín. La capa más antigua de esta lengua presenta voces infiltradas, procedentes de los dialectos limítrofes: *lupus* según la fonética latina debía haber sido **lucus*; *ursus* debía ser **orsus*; *papa*, cocinero; y *popina*, taberna, corresponden a los latinos *coquo* y *coquina*. (Véase el excelente libro de Ernout, *Les éléments dialectaux du vocabulaire latin*, París, 1909.) Desde fecha remota comienza el latín a adoptar voces griegas, primero de las colonias establecidas en Sicilia y en el Sur de Italia; después directamente de la misma Grecia. Abrid cualquier diccionario latino, incluso uno elemental como el de Quicherat, y saltarán a la vista millares de voces griegas referentes a todos los órdenes de la civilización, desde el *gypsum* o yeso para la construcción (con sus derivados *gypsare*, enlucir, y *gypsoplastes*, vaciador de yeso) hasta *philosophia* o *daemonum*. Ha habido un filólogo con bastante paciencia para contar todas las voces griegas en latín, y halló que su número era 6,950. (Zambaldi, *La Cultura*, II, 3, pág. 38.) Es decir, a la captación — siquiera fuese externa — de toda la cultura griega, corresponde la adopción de esos miles de palabras. Y no es esto solo, las lenguas célticas, las germanas e incluso las orientales enriquecen en forma diversa el vocabulario latino.

Haciendo ahora uso de los puntos de vista antes citados, resulta que el análisis de estos elementos nos sirve para conocer exactamente la estructura del latín, separando lo indígena de

lo adventicio ; pero su *síntesis* nos es indispensable para comprender lo que sea el latín como medio expresivo de la fuerza de una raza y de una civilización. Reducido a sus elementos propios, el latín sólo habría servido para hablar de las más elementales faenas de la agricultura y de la industria. Su inventiva era escasa, y aun no existía el método de substituir las voces importadas por definiciones de diccionario, como con dudoso éxito practica en Alemania la «Allgemeine deutsche Sprachverein», corporación que quiere que se diga en lugar de *Physiologie* , que todo el mundo entiende, nada menos que *Menschenleibsbeschaffenheitslehre* , tratado de las propiedades del cuerpo humano.

Este recuerdo me lleva a hablar de otro aspecto de la cuestión, ajeno en realidad al punto de vista científico, pero tan ligado con él que no hay manera de estudiar el uno sin el otro. Todas las manifestaciones humanas, incluso las más aparentemente objetivas, están surcadas por destellos emotivos y pasionales. ¡Cuántos problemas han recibido durante la guerra una pseudo-solución! Todo puede hacerse objeto de trato sentimental; el lenguaje, por consiguiente, no ha de salir de esta regla; tanto más cuanto que por su carácter de ente colectivo, el sentimiento individual se matiza aquí con los tonos de lo patriótico. Las cuestiones en torno al idioma han hecho verter sangre en las escuelas polacas; valones y flamíngantes discuten aún en Bélgica; entre nosotros las cuestiones de las lenguas regionales no siempre se examinan con el corazón sereno y la mente alta. Es, pues, manifiesto que el objeto lingüístico presentará reflejos muy distintos según que lo contemple el hombre de ciencia o el apasionado política o socialmente.

Una manifestación de este apasionamiento es la discusión moderna acerca de si los idiomas deben o no expulsar todo cuanto no procede de las células originarias de la lengua. Y digo moderna, porque antes del siglo XIX no han revestido importancia esos intentos de purgar el extranjerismo. Todos los países se hallaban sobre poco más o menos como hoy Inglaterra, donde las palabras no necesitan certificado de origen. La razón de no haber existido antes esas discusiones es, sencillamente, el escaso hábito de pensar sobre la composición léxica de los idiomas, y el no distinguir por tanto lo indígena de lo adventicio. Ese estado mental se refleja aún en lo que dice un notorio cervantista de que cómo va a ser galicismo una palabra o giro que se encuentre en Cervantes, ingenua declaración que hará sonreír a cuantos conozcan la existencia de numerosos galicismos ya en los monumentos lingüísticos de nuestro siglo XII.

Pues bien : al divulgarse que la lingüística separaba con fines de estudio ambas clases de palabras, esta cuestión ha venido a engrosar todas las demás que han convertido en tema de lucha los asuntos lingüísticos. Leo Spitzer, un distinguido romanista, profesor de la Universidad de Bonn, publicó no ha mucho un folleto titulado *Fremdwoerterhatz und Fremdwoelkerhass* , combatiendo las corrientes puristas en Alemania. Para que se vea que no se trata de ningún revolucionario, copiaré lo que dice en la página 65 de su estudio : « Me declaro partidario del patriotismo y del atento cultivo de la lengua alemana, pero no de la patriotitis lingüística de los pangermanistas que lo quieren germanizar todo. Estos recuerdan a aquellos santos extraordinarios de que se burla Christian Morgenstern, los cuales pensaban que la luna era un objeto completamente germánico porque un alemán podía leer en ella una A y una Z alemanas ». Pues bien, he aquí ahora cómo empieza este libro : « Cuando los instintos animales del hombre pueden cubrirse con el manto de la ciencia es cuando son más peligrosos, ya que nada impone a la bestia humana más respeto que la ciencia... Un ejemplo más de legitimación científica de un instinto popular es el purismo guerrero, la caza de las palabras extrañas, recomendada, predicada y provocada por instituciones como la «Allgemeine deutsche Sprachverein».

Qué sentido tenga este problema, cuál sea el modo razonable de tratar este asunto que en muchas partes apasiona a la gente, es lo que aspiro a exponer con absoluta serenidad, si no me abandona la benévola atención con que me venís escuchando.

En el fondo luchan aquí dos concepciones del lenguaje : el que podríamos llamar natural, que nos suministra la historia, y uno artificial o meramente racionalista, de los que ingenuamente piensan que el lenguaje se puede moldear como pasta.

La lengua es fundamentalmente un producto de nuestra subconciencia. Es rarísimo que nos demos cuenta de cómo hablamos. De no tratarse de un filólogo, de ciertos literatos en algunos momentos de la producción artística, o de alguien que por cualquier motivo haga de una palabra o hecho lingüístico objeto de reflexión, es lo cierto que no nos fijamos en cómo ni de qué manera hablamos. La relación entre la palabra y lo que signifique es un arcano para quien no sea un técnico de la lengua, y a veces incluso para los mismos lingüistas. La palabra es un sonido convencional, que ha vivido mil peripecias en su forma y en su contenido. Un objeto presenta infinitos aspectos desde el cual lo podemos enfocar. En una época X, uno de esos aspectos empieza a designarse por tales fonemas ; el objeto, en su conjunto, se de-

signa por aquello que en principio era sólo una denominación parcial; pero, naturalmente, el objeto sigue ofreciendo mil posibilidades de nombres, que vendrán a ser realidades si hay motivo para que la gente se fije especialmente en ellas. En algunas lenguas indoeuropeas el tema del latín *cor cordis*, parece significar «centro, medio»; y digo parece, porque lo mismo puede proceder corazón de *medio*, que *medio* de *corazón*. En vasco tenéis la interesante voz *biots*, «dos ruidos» según creo. Como veis, que el corazón se llamara cosa que produce dos ruidos o cosa que está en medio, no tuvo nada que hacer con la definición que hoy daríamos del objeto corazón. Lo mismo puede decirse de palabras como Dios, que en vasco *Jaungoikoa* vale «señor de lo alto», en vasco antiguo era *Urzi* «trueno» y en indoeuropeo significó «lo brillante, lo celeste». La raíz del indoeuropeo *arbor*, tal como aparece en latín, significa «crecer», lo cual conviene al árbol, pero también a cualquier viviente. Así, pues, cuando podemos sorprender a las palabras en su significación originaria nos encontramos con que se unen al concepto que tenemos del objeto sólo por un rasgo particular. Pasada esa época, la mayoría de las palabras emprenden una especie de danza semántica o de significación, cuyos resultados son a veces sorprendentes. ¡Pensar que la palabra «huelga», que tanto que hablar está dando ahora, significaba «sopla con un fuelle, o como un fuelle!». (1) Los grados por que pasó fueron éstos: el que resopla como un fuelle después de haber realizado un esfuerzo está descansando; por consiguiente «folgar» pasó a significar «descansar»; primero, descansar normalmente, luego más modernamente, cuando ya no se pronunciaba la *f* inicial, «holgar» produjo el verbal «huelga». Un significado al margen de los anteriores, es el de la forma con pronunciación andaluza «juerga».

La palabra latina *habere* debió significar en latín hablado «riqueza en ganado». Se decía *habere in praediis* «tener su fortuna en fincas»; debió decirse también *habere in pecudibus* y de aquí *habere* solo, vino a significar «ganado», como sinónimo de riqueza: compárese el cambio opuesto, que justifica este proceso semántico, de *pecunia* «dinero» derivado de *pecu* «ganado». En diversos dialectos de Francia y en antiguo francés, *aver*, *avé*, *avair*, significan «cerdos, oveja, enjambre de abejas»; este sentido de *habere* se corre por el país vasco y así nos encontramos con el *aberiya* donostierra que significa «caballo», y con *abere* «ganado, bestia» que todos conocéis. (Comp. Schuchardt, *Zeit. rom. Phil.* XXIII, 179) (2).

(1) *Follicare*, en latín, significa respirar ruidosamente, imitando al fuelle.

(2) En arag. *abrio* (bestia).

Estos ejemplos podrían multiplicarse, y en todos ellos veríamos cómo la creación, evolución y difusión de una palabra es un proceso tranquilo, sin saltos bruscos, en el que las palabras van siguiendo la marcha de nuestra vida psíquica y los derroteros que marcan las corrientes de la civilización y de las necesidades. Ved cuán distinto de éste es el procedimiento de crear voces artificiales para substituir las generalmente admitidas.

Se me dirá que a veces no hay otro remedio sino crear vocablos nuevos por tratarse de objetos que antes no existían. Es cierto, y en ese caso el inventor o el país donde se inventa el objeto bautizan al nuevo ser, y lo corriente es que todos los otros pueblos adopten el nombre en cuestión. Los nombres proceden a veces del del inventor como en el caso de *camelia* o de *quínqué*, o de la salsa *bechamel*. En otros casos la creación moderna se parece bastante a la natural de que hablamos antes. Las voces *níquel* y *cobalto* son nombres germánicos: *Nickel*, es un diminutivo de Nicolás; *Kobalt* corresponde al alemán *Kobold*, o sea algo así como duende. *Nickel* y *Kobalt* fueron primeramente nombres de genios de la montaña, homúnculos que robaban la plata y dejaban a los pobres mineros un mineral que creían inutilizable (1).

En fin, hay casos en que el objeto nuevo recibe un nombre que quiere ser más o menos una definición y entonces se suele recurrir a las lenguas sabias, latín o griego, como acontece con *teléfono*, *termodinámica* o *anestesia*. Los componentes de las palabras que están en esos casos suelen no tener sentido más que para los iniciados, la gente las emplea inconscientemente para referirse a la representación que tiene de esos objetos según el grado de cultura de cada cual, y se adoptan en todos los países siguiendo una ley de economía en el esfuerzo, ya que dada la masa enorme de cosas nuevas que todos los días están surgiendo, sería terrible que en cada paísuviésemos que inventar una denominación especial para cada nuevo específico que se les ocurra inventar a los farmacéuticos. Hay, además, una razón de más peso para que en Europa se admitan sin escrúpulos nacionalistas los tecnicismos universales; por encima de las rivalidades y diferencias entre las naciones, que pasajera y a menudo intensifican las guerras, en la época moderna ha ganado mucho terreno la idea de la comunidad internacional de la ciencia, que es tal vez el lazo más espiritual que une a los pueblos. Se piensa que todos los pueblos colaboran en esa obra de hacer progresar a la humanidad de la mejor manera que pueden, y que todos nos aprovechamos de los progresos que cada nación realiza. El lenguaje es, pues,

(1) F. Kluge: *Etymologisches Wörterbuch der deutschen Sprache*, 1915, pág. 251.

en este terreno, un índice de esa solidaridad humana, que por encima de las miserias del localismo va realizando constantemente su obra de catolicidad. Bastantes cosas incomprensibles presenta al extraño cada agrupación humana para que deliberadamente las aumentemos planteando esos acertijos que a veces nos ofrecen el alemán, el árabe o el vascuence. La inmensa mayoría de los pueblos pone su amor propio en otras cosas, y creo que hacen bien.

En estas luchas que suelen entablarse contra los elementos alienígenas hay dos partidos: el que quiere quitar del idioma todo lo que no es de pura cepa indígena y otro más moderado que se limita a pedir que no se introduzca un extranjerismo cuando en el propio idioma haya una manera de decir lo que dice el extranjerismo. Veamos esto a la luz de la historia del lenguaje.

Antes vimos que las lenguas se han constituido merced a impulsos inconscientes o como se prefiere decir hoy, subconscientes. Lo que en la historia de un idioma se deba a propósitos racionales casi no tiene importancia al lado de esos otros factores. El hablar de una cierta manera, el que de varios dialectos (o sea formas no fijadas de lenguaje) se prefiera uno determinado, el que de varias palabras unas sean finas y otras plebeyas, todo esto procede de razones externas al lenguaje. Nunca se ha dado el caso de que unas cuantas personas hayan variado abstractamente el rumbo histórico de un idioma. Como una excepción podría alegarse la influencia de la Academia francesa en el siglo xvii, cuya actuación contribuyó a ahondar las diferencias que el Renacimiento había abierto entre la lengua medieval y la literaria. Pero ésta es una excepción más aparente que real, porque lo ocurrido entonces es que la Academia coincidió con mil otros factores sociales, el principal de los cuales era la existencia de una minoría aristocrática, que a la fuerza de sus privilegios y al refinamiento de sus maneras unía el contar con una admirable literatura de tipo también aristocrático, que naturalmente hizo que se produjera una honda escisión entre la lengua del vulgo y la lengua de la corte. Es, pues, manifiesto que al elemento dogmático o racional del idioma le toca aquí muchísima menos influencia que a las causas extralingüísticas. Sin la ayuda de éstas, los preceptos de los académicos y academizantes habrían caído en Francia en el más infecundo vacío. Decidme si no qué vale hoy la actuación de la Academia Española junto a los mil estímulos que están haciendo evolucionar el castellano en una forma que contraría profundamente las normas y los ideales de lo que se llama en la actualidad espíritu académico.

El que habla o escribe no se preocupa de si las voces que usa son de origen nacional o no. Para el último labriego, lo mismo que para Cervantes o Goethe, la lengua es un medio para revelar el mundo interior, en forma que entiendan aquellos a quienes se dirigen. Si esos grandes escritores se encontraban con palabras que no eran de origen español o alemán, que venían bien a sus propósitos literarios, las usaban sin más. Todos conocéis la masa considerable de italianismos y de galicismos que hay respectivamente en Cervantes y en Goethe. Dichos elementos extraños habían ido infiltrándose lentamente en el medio social lo mismo que se difunden las voces nuevas que esporádicamente surgen dentro de un país; y llega un momento en que no se distingue entre el elemento importado y el tradicional. Un gran escritor pudo llegar a la cima de la perfección artística sirviéndose de una lengua llena de elementos extraños. Los escritores alemanes de la época clásica, Goethe entre ellos, están repletos de galicismos. Y si contáramos todas las palabras españolas antiguas y modernas de origen no tradicional (árabes, francesas, germánicas, etc.) asombraría su número, y eso que distamos aún mucho de conocer las etimologías de todas las palabras españolas.

Carecen, pues, de sentido profundo esas campañas purificadoras del idioma sencillamente porque ese concepto de idioma puro es una abstracción, sin objetividad alguna, que no se ha dado nunca en la historia ni tenía para qué darse, ya que la unidad fisonómica de una lengua depende de la morfología (conjugación, etc.), sintaxis (orden de las palabras, régimen) de la fonética, con un amplísimo margen para las variaciones de pronunciación, pero en ningún caso va unida esa unidad al hecho de que las palabras que de antiguo viene usando un idioma tengan uno o múltiples orígenes.

Una prueba de lo que digo la ofrece la lengua inglesa, de carácter germánico, pero acribillada de latinismos que se incrustaron allá durante la época romana, y de galicismos que entraron en anglosajón en la época normanda. Realmente préstase a profunda reflexión lo acontecido al inglés. Apenas ha habido lengua de civilización que haya sufrido tantos cambios en su historia durante la Edad Media. La influencia nórdica o escandinava y la francesa llevaron al inglés, no sólo palabras, sino sonidos, tipos de formación de palabras y giros sintácticos. Todavía en el siglo xv los documentos públicos se redactaban en francés. En 1362 se abre por primera vez el Parlamento, hablando la lengua inglesa. Enrique IV (1399-1413) fué el primer rey cuya lengua materna fuese el inglés, que no se hablaba en la corte desde 1066.

Aun en el siglo xvi, en Irlanda se usaba corrientemente el francés. Pasada la época galicista viene la del neologismo latinista, contra el cual protestan en vano algunos escritores y gramáticos. Esto determina que la lengua de principios del siglo xvi se diferencie bastante de la del siglo xv. (Véase para todo esto F. Kluge, *Geschichte der englischen Sprache*, en el *Grundriss de Paul*, tomo I, pág. 928 y siguientes.)

¿Y quién negará que a despecho de tantos vaivenes y de tantas mezcolanzas en su lenguaje la civilización inglesa se dibuja con trazos seguros y conexos a través de toda la historia moderna? Precisamente en la época de más extranjerismo, Inglaterra elaboró las bases de su derecho público. Este país no ha desdeñado ningún elemento de su pasado, y al mismo tiempo no rechaza ninguna útil innovación. Su escudo nacional lleva aún una divisa francesa; pero, en cambio, pocos pueblos han conservado con más fiera persistencia sus modalidades íntimas de carácter y de cultura, una de las más originales de la tierra.

El albanés nos ofrece otro ejemplo de cómo no se altera la esencia de un idioma por numerosas que sean las influencias de exterior. Háblase esta lengua en Albania propiamente dicha y en algunas localidades griegas, del sur de Italia, Sicilia y Dalmacia (en Zara). Esta curiosa habla es todo lo que queda del antiguo ilírico, dialecto indoeuropeo que formaba un grupo independiente entre el griego, el eslavo y el germano. El fonetismo del albanés es independiente del de las lenguas románicas y del del latín. Pero como dice G. Meyer, en nada estuvo que el albanés no corriera la suerte de las otras lenguas no latinas, cuyos hablantes estuvieron bajo la dominación de Roma.

La causa de ello hay que buscarla en la fiera resistencia que los montañeses de la costa oriental del Adriático presentaron a los romanos, tan fiera como después a los turcos. He aquí un rasgo común con Vasconia. Lo arisco de los albaneses impidió que surgiera allá una lengua romance, que seguramente habría tenido parecido con el rumano. No sucedió así, pero ocurrió lo que era natural; que penetró una masa considerable de léxico latino en albanés, tan considerable que excede con mucho el vocabulario de origen latino al indígena de carácter ilírico. Para la ciencia del lenguaje es este un hecho valioso, porque contribuye a darnos a conocer el latín hablado en Oriente, siendo así que coincide el léxico latino del albanés con el que reflejan el rumano y las importaciones del serbio y del griego moderno. He aquí un curioso ejemplo: *conventum* significaba en latín escrito «pacto, convención»; pero ahora sabemos que en Oriente

llegó a significar «palabra», según se desprende de los derivados albanés *cuvënt*, rumano *cuvînt*, griego moderno *koubenta*. Semánticamente se explica muy bien ese cambio al pensar en qué «palabra» ha venido a significar entre nosotros «pacto, compromiso» en las frases «cumplir la palabra, faltar a la palabra». Ved, pues, una muestra del interés que para el filólogo desapasionado puede presentar el estudio del elemento extraño en cualquier idioma.

Sobre cálculos hechos a base del *Diccionario etimológico albanés*, de Gustavo Meyer, resulta que descontados los elementos latino, turco, eslavo y griego moderno, sólo queda un 10 por 100 de voces originarias del antiguo ilírico. A pesar de lo cual, según he dicho, esta lengua no ha perdido su carácter de idioma independiente; y, en cambio, si se la despojara de esos elementos adventicios nada quedaría de ella. Ved, pues, en este exagerado ejemplo del albanés, cómo el elemento léxico venido de fuera no daña al lenguaje: otras son las causas que pueden llevar a un idioma a la ruina y a la desaparición.

Confirmaremos la observación precedente examinando lo que ocurre en rumano. Aquí los elementos latinos están en minoría, y, sin embargo, el rumano es una lengua neolatina. Sometidas a Roma en el año 107 después de Cristo, las poblaciones de la Dacia situadas al norte del Danubio fueron abandonadas por la administración y las legiones en 270.

Desde entonces aquellas gentes quedaron sometidas al azar de las irrupciones que sufrió aquel territorio: godos, eslavos y luego búlgaros. Por raro caso el primitivo núcleo latino no desapareció, y aunque el eslavo, el griego y el albanés e incluso el turco llenaron el rumano de voces no latinas, el rumano continúa siendo una lengua románica. Hasta época bien reciente no ha logrado constituir este pueblo una nacionalidad; y su lengua no se ha escrito hasta el siglo xvi. En la época moderna, para salvar el idioma de la vulgaridad rústica, han dado los rumanos gran impulso a la literatura y a los escritos científicos, han llenado de estudiantes rumanos las Universidades de Alemania y Francia, y fomentaron formas literarias basadas en la tradición popular.

Como todos los países con conflictos políticos, los rumanos han llevado también un poco de pasión a las cuestiones del idioma. La dominación eslava es de tristes recuerdos para ellos, y, en cambio, constituye un motivo de orgullo y de coquetería la ascendencia latina. Constanza, la antigua Tomi, recuerda en un monumento haber estado desterrado allá el dulce poeta Ovidio; el nombre de Trajano es objeto de veneración, y querían hallar en la palabra *Trojan* una continuación popular del nombre

del emperador que conquistó la Dacia. Pero desgraciadamente la forma *Trojan*, según ha demostrado Densusianu, el más grande filólogo del país, es, sí, el nombre de Trajano, pero venido a través de las lenguas eslavas. Recordad lo que decía antes sobre el apasionamiento científico y su único fruto el error. Los filólogos rumanos del siglo XIX y especialmente Timotei Cipariu, pensaron que era deshonoroso declarar que toda su lengua estaba impregnada de elementos eslavos. La época eslava se les presentaba cubierta de odio y de rencor, y asociaban con esa época el concepto de barbarie. En vista de esos motivos puramente afectivos, decretaron que el rumano era todo él de origen neolatino; y si para algo no había palabra neolatina, la inventaban. De haber seguido las cosas así, no cabe duda que el más profundo atraso habría invadido la lingüística rumana, al menos la cultivada por la gente del país. Afortunadamente, Ovide Densusianu, formado en la buena escuela alemana, reaccionó contra todos esos prejuicios y escribió su *Histoire de la langue roumaine*, en la que fríamente da la importancia que merecen a los diversos elementos de aquella lengua. Y puede afirmarse que más valioso servicio ha prestado a su patria haciendo esa obra magistral, que en seguida repercutió en los estudios internacionales sobre el rumano, que siguiendo la falsa corriente sentimental de los gramáticos del siglo XIX, que aun tiene partidarios en aquella nación.

Por otra parte, estas campañas depuradoras del idioma están revelando a cada paso su inutilidad. He aquí ejemplos de diversas épocas. En el siglo XVI, para reaccionar contra el latinismo neologizante, el inglés Puttenham propuso en su *Art of Poetry* que se dijese en vez de *implete, replenished*; en lugar de *compatible, agreeable in natur*; pero a la vista salta que los sustitutivos eran tan latinismos como las palabras condenadas.

En un interesante estudio ha demostrado Pompeyo Fabra cómo por huir del castellanismo, hay casos en que los catalanes dicen verdaderos disparates, y por de contado incurren en tan patentes castellanismos como aquellos que juzgaban nefandos. Dentro del castellano, la lucha contra el tan odiado galicismo — endémico en el idioma desde hace cerca de un milenio — da lugar a divertidas incongruencias. La Academia Española, por medio de su *Diccionario*, prohíbe que se diga *etiqueta*, en el sentido de papelito que se pega en los equipajes; es un galicismo, y para sustituirlo hay que decir *marbete*, que si no de procedencia española es al menos flamenco, circunstancia siempre más favorable. Yo no me atrevería, sin embargo, a decir a un mozo de

equipajes que le pegue bien el marbete a mi baúl: es una experiencia que debe de hacer alguien dotado de espíritu más casticista que yo. Tampoco registra el *Diccionario* «grisu»; en vez de una explosión de grisú ha de decirse correctamente «una explosión de mofeta». Este mofeta viene, según la Academia, del holandés, y es por lo visto inofensivo. A pesar de esa perentoria declaración — los errores etimológicos de la Academia son célebres — mofeta no es otra cosa que el francés *mofette*, que el *Petit Larousse* define: «*exhalaison qui se produit dans les lieux souterrains*». Casos como éstos demuestran que más que de limpiar la lengua se trata de evitar influencias, que por cualquier causa nos son antipáticas. Compárese lo anterior con lo que dice la Revista del «*Deutsche Sprachverein*» a que antes aludí. Escribía aquella en 1915: «Si el alemán del Norte usa la palabra rusa *Droschke* «coche de punto», eso siempre es mejor que el parisien *Fiaker*, corriente en Viena». Pero, naturalmente, los vieneses, para quienes el ruso es más odiado que el parisien, juzgan *Fiaker* preferible a *Droschke*. Cuestión de antipatía más o menos, no de amor a la lengua alemana.

Hay que huir de estas exageraciones que a nada conducen, ya que su único resultado es viciar el juicio. En la misma Revista alemana antes citada, 1915, col. 150, se llega a decir que el alemán *Leutnant* no es de origen francés sino germánico: de *Leut* «gente» y *Nant* «célebre»; todo antes que confesar que *Leutnant* es el francés *lieutenant*. Por otra parte hay quien rechaza la palabra *Universiteit*, de tan noble abolengo, por ser un latinismo con contera francesa; como sustitutivo dan *Hochschule*. Pero ¿qué es la segunda parte de esta palabra sino el latín *scola*?

Todo esto es una aberración, impropia de gentes ocupadas, y que no debía ser necesario combatir; pero es una manía tan extendida en todas partes, que vale la pena cargarse de razón para discutirla. Espíritus ingenuos, con una fe ciega en los preceptos, no piensan que la lengua es una cosa viva, sometida a reacciones complejísimas, y creen que es posible reducir, por ejemplo, el galicismo del español.

Pero tales campañas, además de ser ineficaces, ¿tienen acaso algún fundamento serio que haga que lamentemos su ineficacia? Aspiraría a llevar a vuestro ánimo la idea que no tiene sentido preocuparse de que el idioma de uno sea etimológicamente más o menos puro. No quita ni pone quilates al mérito del español el contar con tales o cuáles elementos de fuera. Es más: puesto a elegir el estado actual y la absurda posibilidad de que mi lengua fuese una escueta continuación del latín, optaría sin vacilar por

lo actual, ya que lo otro sería signo de que habíamos sido un pueblo salvaje. El pueblo que exporta voces a otro da sin duda muestra de su cultura, en la cantidad y calidad de esas palabras; pero el que las recibe revela ser un pueblo normalmente civilizado, como quiera que al Centro de Africa o de Asia no haya modo de exportar el vocabulario de la cultura moderna. Y siempre hay una compensación mayor o menor en el hecho de que también nosotros hemos mandado fuera no poco material lingüístico.

No pretendo decir con esto que un idioma deba hablarse empleando la primera palabra que se le ocurra al bárbaro o al pedante. Mas creo que a la lengua pueden aplicársele los viejos versos que cita Cervantes, aludiendo a la virtud femenina :

Madre, la mi madre,
guardas me ponéis;
si yo no me guardo,
mal me guardaréis.

La lengua se guarda a sí misma, en primer lugar obedeciendo a un freno máximo, que es la necesidad de hacerse comprender; y después, siguiendo motivos más finos, de fuerza menos brutal, pero no menos eficaces, fundamentalmente el deseo de mantenerse a tono con aquello que por cualquier causa aparece como dechado del buen decir, por ser más culto o más elegante. Toda minoría selecta, por consiguiente, junto a la acción innovadora desarrolla otra conservadora del idioma, desde el momento en que sus formas de civilización se convierten en modelos. Voy a recordaros con este motivo una anécdota célebre en la historia de la lengua francesa, la *mésaventure* de Conon de Béthune. Este aristócrata picardo, conocido en la historia literaria por haber escrito diversas poesías, hubo de sufrir, en la corte del rey Felipe Augusto, las burlas y censuras de la condesa María de Champagne—entre otras personas—por su habla regional. Esto acontecía en 1180. Es decir, antes que la literatura y la supremacía política hubiesen puesto completamente de relieve la superioridad del dialecto parisién de la Isla de Francia, las risas burlescas de unos cortesanos nos están anunciando el rumbo que ha de tomar la historia del francés. Y es que cuando sobre cualquiera manera de habla cae la nota de ridículo o de plebeyo, es inútil luchar, no sólo por la fuerza virtual de lo ridículo, sino porque estas corrientes de la moda van sostenidas y corregidas por móviles fuertemente humanos : ora el prestigio artístico de un gran escritor, ora el ejemplo de aquellos que por su posición

marcan orientaciones a una comunidad lingüística. A veces la moda innova exclusivamente para satisfacer la natural inclinación del hombre a distinguirse de los demás, y contribuye a dotar de un aspecto exterior a lo que llamamos minoría selecta; también entonces tiene una fuerte base. Así se han adoptado extranjerismos como « hotel », no sólo en español, sino también en otras muchas lenguas. Entre nosotros el concepto de hospedería ha pasado por las palabras « alberguería, posada, casa de huéspedes, fonda y hotel ». Un pensador abstracto creará que habría bastado con mejorar esos establecimientos sin tocarle a los nombres; pero como dice Elise Richter, en su reciente libro *Fremdwortkunde*, no conoce a los hombres quien piense que un alemán con medios de fortuna va a resignarse a decir que se hospeda en una *Gasthofe* para evitar el empleo del francesismo « hotel ». Nótese al contrario que la tendencia es a dotar a los hospedajes de nombres singulares y estrambóticos a medida que se distinguen de los demás en lujo y en refinamiento : *Ritz, Carlton, Astoria*, nombres que nada significan para nosotros, pero que en el corazón del burgués causan tanta emoción como la desquiciante musiquilla de los *tziganes*.

Ved, pues, que no se trata de una cuestión tan sencilla como la quieren presentar algunos escritores al decir que no deben usarse extranjerismos que tengan equivalente en el propio idioma. ¿Quién va a hacer que una señora elegante diga en una joyería en vez de *pendantif, colgante o pelendengue*? Todo esto es reflejo de estímulos tan viejos como la cultura, contra los cuales no pueden nada las prédicas y sermones. Con esos impulsos y estímulos hemos de contar todos los que nos interesamos por las acciones sociales y pedagógicas, si aspiramos a algo más que a hablar vanamente. En la lengua entra por mucho la moda; y así como las modas femeninas, por atrevidas que sean, no se modifican con las predicaciones religiosas y morales, tampoco el lenguaje hace gran caso a las riñas gramaticales o académicas.

La sugestión de lo que es o parece ser superior ha determinado que las actuales lenguas de civilización pasen de un estado atomizado al de relativa uniformidad que hoy ofrecen. Con gran sentido los romanos organizaron en las ciudades importantes las fiestas augustales, de carácter políticorreligioso tanto como mundano, en las que se urbanizaban, como si dijéramos, los paletos de la época, cuya lengua se deshizo para igualarse con el hablar refinado de prefectos, curiales y matronas. Más tarde, cuando se acaba Roma, la Iglesia tiene por largo tiempo el poder regulador; y ocurre que ciertas diócesis rigieron su habla por la de la

capital diocesana. Hubo un tiempo en la prehistoria de las lenguas románicas, en que entre diócesis y diócesis debieron existir diferencias, como más tarde entre Castilla y León. Cuando las soberanías regionales se depauperaron y los reyes adquirieron incremento, entonces los cortesanos se permiten el lujo de burlarse de los provincianos, cuya habla se convierte automáticamente en una jerga dialectal, según vimos que aconteció en París al buen Conon de Béthune. La corte se impone lingüísticamente a las provincias cuando éstas no pueden resistir la acometida. Oíd cómo se expresaba nuestro gran Nebrija en el prólogo de su *Gramática castellana*, publicada en 1492: « Cuando bien conmigo pienso, muy esclarecida reina (se dirige a la reina Isabel), y pongo delante los ojos el antigüedad de todas las cosas, que para nuestra recordación e memoria quedaron escritas, una cosa hallo e saco por conclusión muy cierta: que siempre la lengua fué compañera del imperio; e de tal manera lo siguió, que juntamente comenzaron, crecieron e florecieron, e después junte fué la caída de emtrampos ».

Esta acción del imperio, como dice Nebrija, es más sugestiva que efectiva, pues la eficacia de la violencia es aquí menor que el deseo casi inconsciente del que habla de atemperarse a las circunstancias. Por eso la lengua no se detiene en la imitación de lo cortesano, pues el cortesano, a su vez, quiere imitar al extranjero en lo que juzga superior: en Palacio se redactan en francés los *menus* (¿quién osaría llamar a eso « lista de platos »?), *menu* que confecciona un *chef*, etc.

La historia y la psicología no están diciendo que el extranjerismo es un momento en esa cadena sin fin del proceso evolutivo de un idioma. Por otra parte (antes os puse abundantes ejemplos), las palabras importadas no han impedido nunca a los idiomas el guardar su íntimo carácter y vitalidad, ni el llegar a ser expresión de una altísima cultura en literatura, en arte y en vida. El desarrollo que logren estas tres manifestaciones de civilización hará sin más de freno que contenga nuestra innata tendencia a desmigajar el lenguaje. Cuando un idioma desempeña un papel normal en esos tres órdenes, goza de sanidad bastante para deshacerse del exceso de extranjerismo, que pudiera llegar a cambiar su carácter. Un escritor tan lleno de galicismos como Mesonero Romanos, es precisamente quien se ha burlado del exceso de galicismo en su gracioso artículo « El extranjero en su patria ». Lo que llaman los alemanes *Sprachgefühl* (sentimiento del idioma) se encarga de poner las cosas en su punto.

Querría ahora, en la última parte de mi disertación, hablar concretamente del vascuence y de los problemas que plantea

el hecho de poseer una masa enorme de elementos extraños, en distinto grado de asimilación. Sé que es un problema delicado, que apasiona a mucha gente en este país; esas circunstancias invitan precisamente a la reflexión y a la discusión. Ojalá hubiese en España muchas cuestiones que apasionaran a las gentes; porque cuando hay ardor en el corazón, sea cual fuere el motivo, puede el hombre proponerse alguna meta. Con la apatía cósmica que invade hoy a nuestra patria, donde casi no van quedando otros ideales que comer bien, tener pianola o ser gentilhombre de casa y boca (quizá también bailar el tango en San Juan de Luz), con esos ideales, señores, no se puede aspirar a ir a ninguna parte. Por eso yo os declaro mi satisfacción al encontrarme en una ciudad donde hay gentes que se apasionan públicamente por otros problemas que los puramente materiales. Quizá no logre agradar a todo el mundo con lo que pienso decir, pero mis palabras irán inspiradas en un gran amor a esta tierra, en una gran sinceridad ya que no en la competencia, de la que nunca podemos responder.

La cuestión para mí es ésta: partiendo de la base de que hay que asegurar al vascuence un porvenir (en la medida que sea posible ayudar a los factores sociales que determinen su vitalidad), un porvenir análogo al de otras pequeñas lenguas de civilización, ¿qué cabe hacer ante el hecho de que este idioma esté lleno de elementos alienígenas? Por lo pronto, que el que la tenga, procure perder la preocupación de que eso constituye un deshonor para el idioma. Luego hay, en mi opinión, que proceder con un sentido de las proporciones, y no intentar aplicar al vasco — la mayoría de cuyos hablantes no lee ni escribe en vascuence — métodos exageradamente puristas, imitando lo que hacen o han hecho países en un momento de apogeo literario y cultural. Proporcionemos los fines a los medios.

Sentado esto, creo que respecto del elemento extraño hay que mirar al porvenir y no al pasado. Toda obra grande y eficaz que se emprenda con esta admirable lengua, cuya suerte me interesa tanto como a vosotros, ha de partir del estado actual de dicha lengua, tal como se habla en los campos y ciudades. No intentéis podarla, porque entonces el árbol frondoso se convertirá en planta desmirriada. Nada importa que un 50 por 100 de las palabras que figuran en el espléndido *Diccionario* de Azkue sean de origen exótico, como ha escrito Julio de Urquijo. Tan vascuence es *eleiza* como es español *iglesia*, como es francés *église*, como era latín *ecclesia*; el que todas esas palabras tengan un remoto origen helénico no tiene en sí más interés que el de ofrecer un hecho de estudio al filólogo.

Hablemos, pues, primeramente del antiguo elemento exótico. Como os digo, este no ofrece para mí sino un interés científico, y ese es el interés que en todo el mundo ofrece, prescindiendo de algunos casos de patriotismo exacerbado, tan aislados como pasajeros. Me atrevo a proponeros como un resultado de la gratísima visita que hemos venido a haceros, que Eusko-Ikaskuntza, emprenda un estudio metódico y completo de esta parte del vocabulario éusquera. El Centro de Estudios Históricos pondría a vuestra disposición los elementos de que dispusiéramos. Es cosa fuerte que todo lo español nos lo vengán estudiando los extranjeros, por culpa de nuestro abandono. No está en mi modo de pensar el lamentarme de que los extraños trabajen en lo nuestro; pero juzgo que en cosas de España estamos obligados a hacer tanto por lo menos como ellos. Nuestro arte, nuestra lengua, nuestra literatura están más estudiadas en libros extranjeros que en nacionales; hay que tender a un equilibrio. Si esta idea os pluguiere, podría empezarse por traducir al castellano todos los artículos de Schuchardt, el patriarca europeo de estos estudios. Asimismo los viejos, pero interesantes trabajos de Philips, publicados desde el año 1870 en las « Actas de la Academia de Viena ». Hay también una tesis de la Universidad de Harvard, de J. H. Redfield, « The earliest latin Romance loan words in Basque », 1914, cuyo conocimiento sería de interés. Una vez que estos trabajos y otros análogos estuviesen reunidos, podría pensarse en escribir la historia del elemento extraño en el vascuence, obra capital que daría inmensa luz sobre la estructura y vicisitudes de este idioma. La conferencia de Menéndez Pidal da ya idea de la importancia de esos estudios. Un vasco, que tenga a su disposición el rico material de todos los dialectos, que esté familiarizado con los métodos de la lingüística actual, y que proceda en su investigación con la más escrupulosa objetividad haría una obra de alcance mundial para la filología. Dice Schuchardt, en su artículo « Baskisch und Romanisch », de 1906, que ojalá se considere el vascuence como Schliemann se representó a Troya, como una masa de la que hay que ir retrayendo capas sucesivas para lograr el núcleo originario; « bajo las voces románicas importadas y bajo las germánicas traídas por los románicos existen otras célticas, luego otras semíticas y luego otras: y a medida que se ahonda más, el trabajo se hace cada vez más difícil. Si la coincidencia de *burdin* «hierro» con las correspondientes voces semíticas es innegable, no hay que pensar sin más en que esta palabra sea un regalo de los fenicios, ya que la palabra no es extraña a los camitas. ¿Y es acaso un azar que los vascos llamen *gari* al trigo y que los

armenios llamen así a la cebada, que en vasco es *garagar*? Hasta tanto que el vascuence no esté libre del escombros extranjero no podremos emprender con alguna confianza el estudio de su parentesco originario». Ved, pues, si tengo razón en invitaros a que de un modo sistemático se emprenda el estudio del extranjerismo en vascuence. Cuantos más numerosos y valiosos sean los trabajos que salgan de aquí, tanto más crecerá el justo renombre de que empieza a gozar la erudición de este país, uno de cuyos hijos ha logrado, con la colaboración vuestra, fundar la mejor revista de estudios vascos.

Viniendo ahora a los aspectos modernos de nuestra cuestión, mi respuesta está condicionada por todos los razonamientos que anteriormente he sometido a vuestro juicio. Me parece que no hay motivo ninguno para que el vasco tome respecto de las palabras modernas, una actitud distinta de la que toman los demás pueblos de cultura. En esto se mezclan siempre motivos de pasión, y me doy cuenta de lo ineficaces que en esos casos son los razonamientos. Por eso me contentaré con discurrir objetivamente sobre el particular. La mayor dificultad que le veo al intento de vasquizar todo el vocabulario de la cultura internacional es ser prácticamente irrealizable. Supongamos que por todas las grandes ciudades de Vasconia se extienda el conocimiento de la lengua escrita, que ésta se convierta en un indispensable instrumento de cultura, y que los escritores y gramáticos logren tal prestigio que se hagan respetar por todo el mundo en el país. Aun así no se lograría vasquizar el léxico extraño. Porque ¿dónde iba a ponerse el límite de lo traducible? En algún Diccionario veo que hay palabra en vascuence para filología (*ele jakintza*) para filosofía (*jakintza*), y también para astronomía, metafísica, metoposcopia, macrocosmo, etc.; pero, en cambio, no encuentro para física, ni para química, ni para otorrinolaringología, estenocleidomastoideo, etc. Supongamos que también se busque vocablo para estos conceptos y sus análogos, ¿estaría con eso nacionalizado el extranjerismo? No lo creo, porque entonces quedarían fuera aún todos los nombres de los cuerpos de la química: el iodo, el tungsteno; y todos los productos con nombre internacionalmente adoptado: antipirina, aspirina, etc., etc., etc. Es decir, es lo mismo que querer vaciar el Nervión con unos cuantos cubos. Todas las lenguas han renunciado a esa tarea, por razones, no sólo de comodidad, sino por las más esenciales de que hablé al principio de esta lección. No creo que haya en el mundo más lengua que el vascuence donde se haya intentado traducir la palabra *soneto*.

Si tuviéramos tiempo yo os citaría abundantes ejemplos sobre el fracaso que esta política de nacionalizar el lenguaje ha sufrido en Alemania. Aun personas de un espíritu tan germanista como la autora del libro *Fremdwortkunde*, varias veces citado, llegan a decir que eso del *echtdeutsch* (alemán genuino) está muy bien, pero que a esa divisa ello opone la de *gut deutsch* (buen alemán), porque los pangermanistas están llenando, o mejor dicho, intentando llenar al alemán de voces completamente absurdas.

Hablo así, señores, movido de un profundo amor y de un gran respeto por la cultura de este país. Os hablo desde una región serena en que no influyen ni el nacionalismo vasco ni la carencia de toda idea del poder central, para quien España es una red de funcionarios, que en un momento determinado hace posible la creación de una mayoría parlamentaria.

Me parece inaceptable la posición de los que hablan de la desaparición del vasco, como de algo deseable para la cultura; pero puesta la mente en la vida de los idiomas, os aseguro que no lo elevaréis de la vida precaria que hoy lleva con un estrecho espíritu de montes y mar adentro. La lucha con el elemento extraño, tal como la veo reflejada en algunos trabajos, va directamente a crear una lengua sobre el papel. El vascuence tiene que resignarse a hacer como las lenguas que no son expresiones de una cultura: tendrá que vasquizar el extranjerismo. El español, a principios del siglo pasado, tuvo que tomar del francés todo el tecnicismo de la cultura, no *a priori*, sino a medida que íbamos corrigiendo nuestro atraso con la imitación del exterior. Como España no inventó entonces nada, a casi nada pudo dar nombre propio. Tomemos, pues, las cosas como son.

* * *

La energía no se pierde. Estas provincias ofrecen una serie de virtudes que positivamente invitan a la imitación. Tenéis una moral colectiva tal vez superior a la del resto de España. Producís hombres de valía en todos los terrenos. España está llena de nombres vascos, y vuestra voluntad de vivir como región con carácter propio, debe ser noblemente alentada. Aunque vuestro modo de entender la política del lenguaje pueda ser susceptible de algunas mejoras, el fondo de todo ello es admirable, pues reveláis poseer un propósito colectivo, género de actividades que van desapareciendo de España. Quiero terminar haciendo fervientes votos por la grandeza cultural de este país, honra de España, y por el progreso de la lengua admirable que atalayan el Aizgorri y los Pirineos.

Lexicografía y Geografía lingüística

Conferencias

por Mosén Antoni Grieria

en el Salón de la Escuela de Artes y Oficios de Bilbao
los días 3, 4 y 5 de Enero de 1921

Organización de los estudios lexicográficos

La lengua no es una fórmula abstracta con la que podamos hacer combinaciones torciendo significaciones y creando significados según nuestro capricho; la lengua no es un cuerpo muerto que pueda sujetarse a todas las operaciones quirúrgicas o a toda clase de experiencias; es un cuerpo vivo informado por un alma independiente; es un capital real y vinculado, legado por nuestros padres y del que tenemos solamente la administración y el usufructo.

Nada nos da una idea tan inexacta de la lengua como su inventario tal como se ha ordenado hasta ahora. El Diccionario de un idioma cualquiera es demasiado extenso por una parte, y por otra demasiado reducido. Es demasiado extenso porque contiene una gran cantidad de palabras que jamás han usado o usarán los individuos de aquella lengua. Es una especie de flora escrita delante de las plantas de un jardín. El Diccionario es un museo de palabras donde falta el confort de la vida familiar. Por otra parte, el Diccionario es demasiado reducido, porque no puede reproducir el significado de las palabras que viven familiarmente, ni tampoco las asociaciones suscitadas por ellas a

nuestra inteligencia. Las palabras *padre, madre, patria*, excitan en nosotros mil sensaciones y mil recuerdos, de los cuales un Diccionario nada puede decirnos, de la misma manera que el inventario de una casa no registra los recuerdos de familia, el afecto por cada objeto, ni la historia con ellos relacionada. El Diccionario es una especie de tumba o panteón de un héroe de gloriosas hazañas.

No es de extrañar que el Diccionario sea lo que decimos : porque ni la misma palabra viva puede traducir acertadamente el ardor de las ideas que bullen en nuestra inteligencia plasmadas por la belleza del espíritu. Un escritor enciclopedista decía que uno está obligado a designar con los nombres genéricos de amor y de odio mil amores y mil odios todos diferentes. El gran lírico italiano Páscoli, el poeta más delicado para expresar las sensaciones exquisitas, observa que cada vez que escribe una poesía no escribe aquella poesía que amara su espíritu, sino otra ruda y grosera que no llega a reconocer por hija suya, y Bergson dice que la palabra brutal que encierra todo lo que hay de común y por consiguiente de impersonal, hace esconder o desaparecer las impresiones delicadas y fugitivas de nuestra conciencia individual.

De la manera que el vestido se adapta al que lo viste, la lengua se adapta siempre de nuevo al que la habla. Infinitas veces se ha dicho y repetido que la lengua no es una cosa hecha y estancada, una fórmula, es movimiento, es una función. La lengua hablada está constantemente en movimiento, en acción; en cambio la lengua del Diccionario y de la Gramática da la impresión de una cosa yerta, inflexible, muerta; es una lengua abstracta, inmóvil y convencional.

Las definiciones dadas por el Diccionario corresponden solamente a una etapa momentánea de la vida tomada instantáneamente. Cuando el *Diccionario de la Academia* nos dice que gozo es « movimiento del ánimo que se complace en la posesión o esperanza de bienes o de cosas halagüeñas y apetecibles », nosotros podemos objetar que esta definición no llega a traducir el ínfimo gozo que en la vida hemos experimentado. El rumano Tiktin, escribiendo sobre los diccionarios de lo futuro (*Germanisch-Romanischen Monatschrift*, 1910), dice : En el *Petit Larousse*, al lado de la definición de la araña *petit animal a huit pattes et sens ailes*, hay un dibujo que representa una araña en medio de su red. Las palabras nada nos dicen. La imagen lo dice todo. La imagen de la araña en medio de su red lo dice todo. La palabra estudiada en su ambiente, en su vida familiar, es el desiderátum

de los estudios onomasiológicos ; el Diccionario preparado a base de estos estudios será necesariamente el desiderátum de los diccionarios.

El método para la confección de un Diccionario basado en el estudio de la palabra viva, no podía formarse en otra parte que en el centro de los estudios onomasiológicos.

Es un mérito de Gauchat el haber iniciado, con su *Glossaire des patois de la Suisse romande*, una metodología que ha influido decisivamente sobre todos los estudios lexicográficos de los últimos veinte años. En 1881 se emprendió en Zúrich la confección de un *Idiotikon* suizoalemán para recoger el vocabulario y las tradiciones de la Suiza alemana. Para reunir los materiales dialectales se introdujo el sistema de colaboradores locales. Esta obra entusiasmó a los romanistas suizos, disponiéndose a preparar una obra semejante para la Suiza francesa. Las experiencias del profesor Traube, director del *Idiotikon*, sirvieron más de una vez a Gauchat. En el proyecto del *Glossaire*, dedicado al Director de instrucción pública suizo, se escribía : « El *Glossaire* no se limitará a reunir los materiales lingüísticos, contendrá buena parte de la historia de la civilización de Suiza, caracterizando su personalidad nacional. Será un tesoro de los antiguos proverbios, que contienen la filosofía de nuestros antepasados, y de las expresiones antiguas con que coloreaban la frase. El *Glossaire* tendrá en cuenta los antiguos usos y costumbres, especialmente aquellas festividades populares que sólo se conservan a título de recuerdo. Se hará mención de las antiguas leyendas en cuanto guarden relación con un nombre vulgar. Los trabajos preparatorios del *Glossaire* prepararán los estudios concienzudos de la tradición popular. El *Glossaire* recordará una infinidad de nombres de muebles y utensilios desaparecidos. El que quisiere escribir la historia del mobiliario tendrá una fuente importante de información en el Diccionario. Lo mismo hay que observar sobre el interés que sentirán por él los juristas, los historiadores, los geógrafos o los etnógrafos. Una oficina central dará las orientaciones convenientes para recoger los materiales. Esta oficina distribuirá cuestionarios que tendrán que contestarse a plazo fijo. Estos formularios contendrán una serie de palabras ordenadas lógicamente. Para anotar las respuestas se distribuirán unos carnets de cien hojas. En cada hoja se escribirá solamente una palabra con los ejemplos y derivados. Procediendo por agrupación de ideas una palabra excita las otras y los colaboradores apoyan sus encuestas en la visión directa de las cosas, menos susceptible de equivocación. »

Después de vencer no pequeñas dificultades que salieron al paso de una obra tan bellamente orientada, pudo empezarse el trabajo. En 1899 el Consejo federal consiguió una subvención de 5,000 pesetas anuales para emprender el *Glossaire*. Se nombró una comisión financiera encargada de arbitrar recursos económicos para la obra. Esta comisión nada tenía que entender con los redactores del *Glossaire*. Se procedió a la elección de una comisión técnica para dar más autoridad y apoyo moral a la obra: de ella formaron parte Gilliéron, Morf y Cornu, entre otros. Se encargaron de la preparación de la obra tres redactores, eminentes romanistas todos ellos, que desde 1900 dedican su actividad a la confección del *Glossaire*: Gauchat, profesor de Filología románica en la Universidad de Zürich, Tappolet, profesor de la misma materia en Basilea, y Jeanjaquet, profesor de Neuchatel, los tres conocedores de los dialectos suizos, especialmente Gauchat por su tesis sobre el patois de Dompièrre y por un Diccionario del patois de Fribourg.

Hasta esta fecha la Suiza francesa no tenía otro Diccionario que el *Glossaire des patois de la Suisse romande* (1806), del decano Bridel. Este *Glosario* propiamente es un vocabulario del dialecto del cantón de Vaud. Gauchat recortó dos ejemplares de este Diccionario, palabra por palabra, ordenando después lógicamente las papeletas procedentes de esta mutilación. Estos materiales, junto con el *Dictionnaire analogique*, de Bossière, sirvieron de base para la redacción de los cuestionarios. Gauchat quería que fuera el mismo pueblo el que se erigiera su más grandioso monumento: el Diccionario de la propia lengua. En cambio Gilliéron combatía este sistema. Opinaba que era preferible que cada redactor visitara las localidades preguntando los cuestionarios a individuos de la localidad. La experiencia ha demostrado lo contrario. Un filólogo apenas puede dar con un aforismo, ni en tres o cuatro horas podrá recoger los materiales que un hijo de la localidad reunirá durante un mes.

Partiendo del principio de que el léxico de un dialecto no sobrepasa de 12,000 palabras, se creyó conveniente disponer los cuestionarios de tal manera, que reuniendo cada cuestionario 50 palabras y distribuyendo 24 de ellos al año, cada colaborador aportase 1,000 palabras al año; en diez o doce años se podía recoger el material lexicográfico de los dialectos. Se distribuyeron 227 cuestionarios y al cabo de once años se terminaron las encuestas.

Antes de proceder a la confección de los cuestionarios, los tres redactores recorrieron la Suiza francesa, pueblo por pueblo, para conocer el alma del pueblo cuya lengua empezaban a inven-

tariar. Nombraron un corresponsal o colaborador en cada pueblo importante, procurando que no quedara comarca sin representante. Para recorrer el territorio y confeccionar los primeros cuestionarios se necesitó un año. Para su redacción sirvieron:

1.º *Dictionnaire analogique*, de Bossière (Paris). Este Diccionario está ordenado lógicamente.

2.º Las papeletas del *Glossaire*, de Bridel, ordenadas lógicamente.

3.º La experiencia personal: Antes de redactar un cuestionario de un oficio o dominio especial, un redactor pasaba unos días viviendo en compañía de los oficiales (herrereros, panaderos, etcétera); no es posible redactar un cuestionario sobre un arte o un oficio sin haber visto en detalle y vivido la cosa.

4.º El *Wörterwörterbuch* (Diccionario de palabras), de von Planta, preparado para reunir los materiales del Diccionario reto-romano.

5.º Llamando especialistas que redactaran los cuestionarios: veterinarios, botanistas, etc.

Gauchat redactaba los cuestionarios enviándolos en seguida a los otros dos redactores para que hicieran en ellos las enmiendas oportunas, redactándolos después de nuevo delante de ellas. Estos cuestionarios ordenados lógicamente, facilitan en gran manera el trabajo al colaborador que, a la vez, los completa.

Para facilitar la colaboración a los corresponsales y para que su labor sea más fructuosa, los cuestionarios se distribuyen atendiendo a las estaciones del año y a las faenas del campo de cada estación. Los cuestionarios de las plantas, la nieve, la caza, la vendimia se envían en la época correspondiente.

En el orden de distribución de cuestionarios se ha procedido de los más fáciles a los más difíciles, para que no entrara el desaliento en los colaboradores. Durante los meses de julio, agosto y septiembre, sólo se distribuye un cuestionario para simplificar el trabajo. Por otra parte, es necesario que el colaborador pase tiempo estudiando el cuestionario antes de contestarlo.

Con todas las facilidades imaginables, la perseverancia es una cosa rara en una obra de años. La mitad de los 200 corresponsales inscritos ya se cansaron al primer año y otros 30 dentro del segundo. Los 70 restantes han sido perseverantes.

Uno de los resultados más interesantes del sistema de colaboradores es la divulgación de la filología, descubriéndose a veces entre los colaboradores verdaderas notabilidades.

Cada colaborador recibe al fin del año una pequeña retribución. No es una remuneración por el trabajo hecho ni mucho menos.

Es una pequeña atención por parte de la redacción del *Glossaire*, según el refrán : *les petits cadeaux entretiennent l'amitié*, una muestra del reconocimiento por la labor realizada. Porque hay que representarse el obscuro y silencioso trabajo del colaborador. Cada mes recibe el cuestionario con el correspondiente carnet. Cada mes lo remite lleno de respuestas a la redacción donde desaparecerá dentro las cajas, confundido con los demás. Y esto sucede un año y otro año sin que vea publicado ningún material de los muchos que con tanta paciencia ha recogido. Realmente se necesita un gran amor a la obra y un gran patriotismo para no defallecer. Y no obstante hay colaboradores que no contentos de llenar el carnet, envían papeletas y más papeletas sueltas sobre el vocabulario, tradiciones, liturgia popular, etc.

Decimos que cada mes el colaborador recibe también un carnet en el que inscribe las respuestas. Estos tienen la forma de un librito de cien hojas taladradas que pueden arrancarse para su catalogación.

Para llenar estas hojas con las respuestas al cuestionario, conviene observar varias reglas :

1.^a En cada hoja se escribe una sola palabra con caracteres grandes e inteligibles. Debajo de ésta se pone el ejemplo, frase o proverbio en que se usa.

2.^a Es necesario señalar el género de los substantivos.

3.^a En cada adjetivo hay que anotar la forma masculina y femenina.

4.^a En el ángulo izquierdo de la hoja se anota el número de clasificación correspondiente a la pregunta del cuestionario. Cuando los carnets llegan a la redacción se timbran sus hojas con el nombre de la localidad de procedencia.

5.^a Cada cantón tiene las hojas de los carnets de color diferente. Es un medio muy sencillo y útil para saber al momento la procedencia de una palabra.

El material reunido por este procedimiento es enorme. Cada año entran un minimum de 50,000 papeletas. El material contenido en ellas es el mejor, porque procede de la fuente viva de la lengua hablada. Multitud de aforismos y de frases que jamás acertaría a encontrar el filólogo, las proporciona el corresponsal.

Cuando los carnets de todos los corresponsales han vuelto a la redacción y están timbrados se procede a la ordenación de los materiales. Se cortan las hojas de los carnets de un mismo color y se ordenan. La palabra más importante se coloca en primer término, empezando por las hojas que contienen el significado principal. Siguen después los significados secundarios por orden

de importancia, y últimamente los aforismos, tradiciones, folklore y detalles históricos.

Los materiales de cada cuestionario reunidos por este procedimiento vienen a ser una fuente preciosa para los estudios onomasiológicos.

Estos materiales son, en parte, defectuosos. Aunque cada colaborador ordene, sin darse cuenta, el Diccionario de su dialecto, no llega sin embargo a tener una percepción tan fina de los sonidos que no sea indispensable una revisión fonética de sus materiales. Por otra parte, todos los dominios del léxico (órdenes de la vida), no le son tan conocidos que llegue a agotarlos por completo. Para subsanar estos defectos es necesario el *Atlas* lingüístico y son necesarios los Diccionarios locales.

En la redacción de los artículos se observa un orden constante. Una muestra de éstos la tenemos en la *Trilogie de la vie* (nacimiento, casamiento y muerte), publicada por Gauchat, en el *Bulletin du Glossaire des patois de la Suisse romande*. En estos artículos tenemos un ejemplar de los que han de integrar el *Glossaire*. En su redacción se sigue un orden constante, ocupando el primer lugar la palabra fundamental, siguiendo las variantes de raíz y de forma con su extensión geográfica. En la clasificación de significados se tiene en cuenta : a) significado fundamental y su extensión geográfica ; b) significaciones derivadas por orden lógico riguroso ; c) ejemplos. Estos siguen rigurosamente la clasificación de significados. Jamás se fabrican ejemplos. Si no los hay no importa. Todos los ejemplos que se dan tienen alguna importancia, aunque no lo parezca. Hay que tener preferencia por los ejemplos sacados de la canción popular. Los proverbios y aforismos se colocan al final del artículo coleccionados por orden geográfico.

Sigue después la parte histórica del artículo que contiene : 1.^o, la etimología ; 2.^o, los sinónimos ; 3.^o, consideraciones lingüísticas sobre problemas suscitados por la palabra y su significación, y últimamente la parte enciclopédica del artículo donde se da la historia del objeto, los documentos, especialmente disposiciones legales que a él se refieren, su dibujo o fotografía. La parte histórica y enciclopédica no debe figurar en todos los artículos.

Para dar señales de vida, durante los años en que se recogían los materiales, y para mantener la cohesión entre los colaboradores, se fundó el *Bulletin du Glossaire* (1902-1915), publicación trimestral, distribuida gratuitamente a los corresponsales. En este *Bulletin* se han publicado los primeros estudios sobre *palabras y cosas* del dominio románico. Es la revista que más ha

acertado a divulgar la disciplina filológica, conservando al mismo tiempo la *tenue* de la revista más moderna de filología.

He tenido un interés especial en detallar la organización del *Glossaire*, porque de ella derivan todas las organizaciones léxicográficas más recientes. El *Diccionario reto-romano*, preparado por la Sociedad Raetoromanscha y el *Vocabulario della Svizzera italiana* son hijos de la obra de Gauchat. La iniciativa de preparar un Diccionario de los dialectos reto-romanos es de von Planta y el procedimiento que se sigue para recoger los materiales difiere un poco del de Gauchat. La redacción envía a los colaboradores unos cuadernos con listas de palabras y el corresponsal señala simplemente si la palabra del cuestionario es conocida o no en su localidad. Este procedimiento ha dado pocos resultados y los materiales recogidos son de poco valor. Faltan los aforismos, faltan las canciones populares. Después de la muerte del redactor en jefe, el doctor Melcher, se puede dudar si la empresa llegará a su término.

La obra del *Vocabulario della Svizzera italiana*, dirigida por Salvioni, Guarneiro y Merlo, debía recoger los materiales para un Diccionario de los dialectos lombardoalpinos comprendiendo el Sopraceneri, el Sottoceneri, el Bergel y Valle de Poschiavo. Salvioni, en su artículo «Lingua e dialetti della Svizzera italiana» (*Arch.* CXIX, 270), señala detalladamente la extensión de este dominio dialectal.

Los cuestionarios distribuidos a los colaboradores son mucho mejores que los del *Glossaire*. La fortuna no fué favorable a esta obra emprendida bajo los auspicios de los tres eminentes romanistas italianos. A los tres años los colaboradores no contestaron los cuestionarios y la empresa tuvo que liquidarse.

Otra organización originaria del *Glossaire des patois de la Suisse romande* es el *Diccionari General de la llengua catalana*, que ha emprendido la recolección de la lengua viviente del dominio catalán, valenciano, balear y rosellonés, con el fin de publicar un Diccionario marcadamente dialectal, un *tesoro de la lengua catalana*, acompañado de un Diccionario del catalán antiguo y de otro del catalán literario.

He tenido ocasión de demostrar que todos los Diccionarios catalanes publicados hasta la fecha no son tales Diccionarios; son copias literales de las diferentes ediciones del *Diccionario de la Academia*, traducidas al catalán, valenciano o mallorquín. El gran bibliógrafo Aguiló preparó un *Inventari de la llengua catalana* que no llegó a publicarse durante su vida. Semejante suerte cupo a los materiales reunidos por Balari Jovany con

el mismo fin. Actualmente M. de Montolíu publica los materiales de Aguiló editados por el Institut de la llengua catalana.

Después de la muerte de Aguiló, el doctor Alcover, de Mallorca, empieza su primera cruzada por todas las tierras de lengua catalana, predicando la obra del *Diccionari de la llengua catalana* que iba a empezar. Publica una *Lletra de convit* y pasan de 1,500 los colaboradores que aceptan la invitación. Funda, al mismo tiempo, el *Bolletí del Diccionari*, de carácter polémico y popularizador, con el fin de mantener la cohesión entre los colaboradores que no tienen otra misión que enviar papeletas del vocabulario sin indicar orden alguno.

En menos de ocho años llega a reunir unas 700,000 papeletas de valor muy relativo en gran parte. Convencido Alcover de la necesidad de competentes para la redacción de su obra, obtiene que tres pensionados por la Diputación de Barcelona vayan a estudiar Filología románica en Universidades de Alemania, Suiza y Francia durante tres años. Resultado de esta misión es la formación de la escuela de romanistas catalanes y la organización metódica del *Diccionari General de la llengua catalana*.

En 1911 se fundó el Institut de la llengua catalana, una de las tres secciones del Institut d'Estudis Catalans. El Institut de la llengua tiene una doble misión: la investigación filológica y la expansión literaria. Los tres pensionados, de regreso de sus estudios, pasan a formar parte de l'Institut como técnicos, y en 1913 empiezan su labor de investigación y la organización de los estudios léxicográficos.

Un año pasado en Zurich al lado del profesor Gauchat nos permitió asimilarnos la organización montada para la confección del *Glossaire des patois de la Suisse romande*, consiguiendo implantarla en Barcelona hasta el más pequeño detalle.

Pasamos un año entero recorriendo el territorio de la lengua, buscando colaboradores y practicando encuestas dialectales para poder juzgar del valor de los materiales aportados por los colaboradores. Por enero de 1914 distribuimos el primer cuestionario a unos 150 corresponsales diseminados por los centros principales de las cinco secciones en que tenemos distribuido el territorio de la lengua: Cataluña oriental, Cataluña occidental, Valencia, Baleares y Rosellón. Desde esta fecha se ha enviado regularmente el cuestionario cada mes, exceptuando julio, agosto y septiembre. Hasta ahora hemos distribuido 85 cuestionarios y tenemos reunido un *stock* de 600,000 papeletas de la lengua viviente.

El procedimiento seguido en la distribución de carnets, su clasificación y ordenamiento al regresar a las oficinas no tengo

que exponerlos aquí. Son los mismos del *Glossaire des patois de la Suisse romande*. Cuando uno elabora estos materiales tiene sorpresas increíbles. ¡Cuántas tradiciones, refranes y significados se archivan que hubieran desaparecido por completo!

Una gran cantidad de palabras que los escritores necesitan y crean arbitrariamente, viven escondidas en el ambiente humilde de la relación dialectal.

El sistema de colaboradores ha contribuido eficazmente a la fijación de la ortografía; éstos se han constituido en maestros de catalán de la respectiva localidad.

Como retribución, o mejor como testimonio de agradecimiento al trabajo oculto de los colaboradores, procuramos que reciban gratuitamente todas nuestras publicaciones. De esta manera hemos conseguido crear un público reducido, pero selecto, de personas que se interesan por los estudios lingüísticos.

Una vez tenemos ya reunidos y clasificados los materiales de cada cuestionario se procede a la redacción de artículos. En esto seguimos un camino diferente de los redactores del *Glossaire*, los cuales han aguardado tener reunidos todos los materiales antes de redactar los artículos. Como necesitaremos de doce a catorce años para las encuestas y son necesarios otros tantos para redactar los artículos, nos hemos decidido a redactar los artículos, no por orden alfabético, sino por orden lógico. Los estudios léxicográficos que tienen más de un siglo de tradición en Francia e Italia, deben seguir su camino a marchas forzadas entre nosotros que vamos a crear la tradición léxicográfica. Por otra parte, la palabra en el cuestionario ordenado vive en familia. Esta relación familiar entre las palabras explica muchas veces la delicadeza de un matiz de significación. La colección de artículos que resulta de la elaboración de un cuestionario redactado, es un verdadero trabajo onomasiológico. De los 85 cuestionarios contestados tenemos ya redactados los artículos de 35, todos ellos muy interesantes por el vocabulario y significados nuevos que aportan. Uno de ellos, *los nombres de los vientos en catalán*, lo publicamos en el *Butlletí de Dialectologia* (1914) y ha tenido muy buena acogida entre los romanistas.

Sabemos por experiencia que los colaboradores no conocen el ambiente técnico, por cierto muy interesante en su vocabulario. Para reunir los materiales de este capítulo del Diccionario, organizamos concursos léxicográficos o procuramos que entidades amigas los organicen para premiar los mejores vocabularios de una industria. De esta manera hemos reunido el *Vocabulario de las industrias textiles* (B, D, C., 1916) y un *Diccionario de la in-*

dustria corchotapera, ilustrado con profusión de fotografías y dibujos. Tenemos coleccionado el vocabulario de los alfareros y se trabaja en reunir el léxico de náutica y de los curtidores. Los corresponsales de la costa nos han proporcionado un vocabulario riquísimo en nombres de peces, y un botánico eminente prepara un Diccionario completo de la flora catalana.

Al principiarse esta organización Alcover hizo aportación de sus materiales, reunidos en la famosa *Calaixera* a la obra del *Diccionari General*. Por cuestiones de poca monta, Alcover rompió con el Institut y retiró sus materiales. Aquí está resumido, en pocas palabras, el proceso de un pleito ruidoso en el que ha intervenido el Estado, no para favorecer las investigaciones, sino para obtener ciertos efectos políticos.

Para que la obra léxicográfica del catalán sea completa, reunimos también el léxico del catalán antiguo; actualmente disponemos ya de más de 100,000 papeletas procedentes de textos anteriores al siglo XVI, además de todos los materiales del *Diccionari Aguiló*. Las colecciones de documentos, las crónicas, las obras de R. Lull, la revista de *Estudis Universitaris catalans*, *Bolletí de la Societat Arqueològica Luliana*, *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras*, etc., han sido leídas con la mayor atención, se han señalado todas las palabras que tienen algún interés léxico y se ha procedido a su transcripción. Estos materiales son de un valor inapreciable para los estudios etimológicos e históricos, sea cualquiera su carácter.

Las Oficinas léxicográficas son el hogar de la escuela de los romanistas catalanes. El *Butlletí de Dialectologia catalana* (8 vol.) y la *Biblioteca filològica* (15) son sus órganos de publicación. En el *Butlletí* predominan los estudios y monografías dialectales, pequeños vocabularios, estudios etimológicos, etc. La *Biblioteca filològica* publica estudios de diferente carácter, desde la colección de los más antiguos documentos de la lengua hasta los últimos resultados de la fonética experimental. Ambas publicaciones contribuyen a dilucidar la historia de la lengua. Nuestra misión es la de escribir la historia de nuestra lengua y elaborar la historia de una lengua es escribir la historia de la cultura del pueblo que la habla; investigar el origen de una palabra o estructurar sus significados, ordenando un Diccionario, es levantar un monumento al pueblo que ha tenido fuerza y aptitud para crear una cultura.

Los estudios de Geografía lingüística

I

Hace unos años, escribía Morf, que la investigación lingüística de la lengua escrita y literaria deriva hacia las manifestaciones vulgares del discurso, la de la poesía hacia el dialecto y la de *Folklore* hacia la *lingua et disciplina popularis*. De mucho tiempo se admite que el *Folklore* ha preformado la poesía lírica y narrativa y que nuestro arte es una estilización del arte popular, a la manera que el dialecto viene a ser una etapa prehistórica de la lengua escrita.

Es una investigación muy atractiva el seguir la trayectoria de estos elementos dialectales hasta su incorporación a la lengua literaria, como los resultados obtenidos por Deisman en sus estudios sobre los evangelios, encontrando en ellos el griego vulgar, inesperada aclaración del refrán *Vox populi vox Dei*. Los romanistas al aplicar sus investigaciones al mundo real, al dialecto, han seguido los mismos métodos de los naturalistas; cuando han hecho estudios de Geografía lingüística han aplicado rigurosamente los métodos de la Geografía. La palabra Geografía significa extensión, y cuando hablamos de Geografía lingüística queremos señalar la extensión de una lengua o dialecto, o de un número de palabras de éste. Los naturalistas estudian la geografía de los animales, de las plantas, etc. Schuchardt ya escribía, en 1885, que los lingüistas, siguiendo el ejemplo de los naturalistas, deberían gustar de hacer excursiones por el mundo; esto les proporcionaría mucha luz para comprender casos particulares y también generales. Los naturalistas nos hablan de la extensión y límites del estudio de los animales, de las condiciones bajo las cuales se han extendido, etc. (Cfr. Haacke, en *Schöpfung der Tierwelt*, 1894), cuyos puntos de vista pueden ser compartidos por los filólogos. En realidad, la Geografía lingüística deriva de las investigaciones de los naturalistas. Entre los lingüistas que

se han ocupado de Geografía lingüística notamos diferentes tendencias, según su formación en relación a la Geografía. Donde la geografía de la fauna y de la flora ha tenido contacto con los lingüistas (Morf, Tappolet, Huber, etc.), notamos una preferencia por la geografía descriptiva de la lengua. En cambio, Gilliéron, que tiene su inteligencia formada por un geólogo — el padre de Gilliéron era geólogo — crea la Geografía lingüística propiamente dicha, o mejor, la Geología lingüística. Cuando un espíritu crítico aplica su actividad a estos estudios, llama como auxiliar al factor histórico para explicar el porqué de una frontera dialectal o la desaparición de una palabra que ha luchado sin éxito en el campo libre de la lengua. En los trabajos de Jud y de Gauchat tenemos unos magníficos estudios basados en este procedimiento ecléctico. Estos son los caracteres que presenta la Geografía lingüística en el último decenio.

Los principios de esta disciplina lingüística remontan bastante lejos. Si la representación de la lengua por medio de mapas ha de ser considerada como el fundamento de la Geografía lingüística, una de las primeras tentativas en este sentido fueron los *Saggi ladini* de Ascoli, publicados en 1873. En esta obra fundamental y en sus *Schizzi franco provenzali* (1875), supone la existencia de límites dialectales. Esta suposición es el punto de partida de las discusiones que sobre la existencia de límites dialectales han mantenido los romanistas durante muchos años. Después que P. Meyer expresó su opinión contra la tesis de Ascoli con su tono autoritativo, Tourtoulon y Bringuier publican su *Rapport sur la limite géographique de la langue d'oc et de la langue d'oïl* (1876). Este estudio dió lugar a que P. Meyer manifestara nuevamente su opinión en esta materia, de una manera más mitigada. No debemos seguir aquí paso a paso esta discusión; seguiremos tan sólo las fases principales. Gaston Paris, en 1888, pronuncia su famoso discurso *Les parlers de la France*, publicado en la *Revue de Patois Galloromans*, de Rousselot y Gilliéron. En este discurso, a la vez que se tributa un grande elogio a los dialectos, en teoría se niega su existencia.

Si se quiere negar la existencia de los límites dialectales, implícitamente se ha de negar la existencia de los dialectos. Por esto de hecho se negaba su existencia, porque no se quería admitir la existencia de las fronteras dialectales. Los trabajos de Tourtoulon caían en el descrédito, y la polémica sobre el francoprovenzal sostenida entre Ascoli y P. Meyer, definitivamente quedaba resuelta a favor del último. Horning, unos años después, publica un estudio *Über die Dialektgrenzen in Romanis-*

chen (Zs, XVII), donde hace una exposición del estado de la cuestión y, basándose en observaciones propias, hechas en los dialectos de Lorena, se decide a admitir las fronteras dialectales y busca explicarlas teóricamente.

La existencia de dialectos y de fronteras dialectales no podía afirmarse o negarse sólo con teorías; antes de admitirlas o de rehusarlas precisaba estudiarlas; era necesario acudir a la realidad para obtener la respuesta.

Gauchat es el que ha dado el golpe decisivo en esta larga discusión. En un artículo, *Gibt es Mundartengrenzen* (Arch. neur. Sprach, CXI, 365-403), estudia metódicamente todo el problema de las fronteras dialectales, sacando resultados definitivos.

En el cantón de Friburgo (Suiza) hay dos localidades conocidas por Rosseli y Avry a corta distancia. Una numerosa serie de fenómenos fonéticos y morfológicos las separan. Hay, pues, entre ellas una frontera dialectal. La historia de las dos localidades es diferente y la unidad lingüística de las dos depende de su antigua unidad política. La relación entre la evolución de la lengua y la historia locales es en alto grado interesante. En el Jura bernés, en el cantón de Neuchatel hay las localidades de La Ferrière y Les Bois, separadas por una numerosa serie de criterios fonéticos y morfológicos. No hay entre las dos obstáculos de ninguna clase que impidan la comunicación, y, no obstante, la frontera es muy definida. Aquí nos encontramos otra vez con la coincidencia de una frontera dialectal con un factor histórico que parece condicionarla. Los dos pueblos son colonizados en una época relativamente moderna, y en cada uno se observan aún hoy los fenómenos característicos de las regiones originarias. Gastón Paris no tenía razones suficientes para afirmar de las fronteras dialectales que *elles ne coïncident pas surtout, comme se l'imagine souvent encore, avec des limites politiques, anciennes et modernes*.

Las fronteras dialectales no son arbitrarias ni fortuitas; si las hay, existe una razón intrínseca que las explica, de la misma manera que existe un fundamento para explicar una evolución fonética o la desaparición de una palabra. Como éste nos queda desconocido muchas veces, de la misma manera no siempre llegamos a adivinar los factores históricos y etnológicos que han condicionado una frontera dialectal.

Se ha pretendido negar la existencia de las fronteras dialectales basándose en que ciertos fenómenos característicos de una frontera los encontramos en el dominio del dialecto opuesto. Si por una parte la evolución fonética sigue muchas veces una

misma trayectoria, sin influencias externas, por otra parte la razón intrínseca que explique por qué un conjunto de líneas o criterios distintivos siguen una misma dirección, explica también la frontera dialectal, un factor histórico, la topografía, las comunicaciones son siempre sus responsables. A menudo el historiador aclara problemas oscuros para el filólogo, otras veces el conocer la disposición del suelo nos basta para aclarar el origen de una frontera inexplicable.

Ascoli en sus *Schizzi franco provenzali*, pretendió delimitar el área de una nueva lengua románica, no señalada por Díez, en la que aparecen características del provenzal y del francés, llamándolo francoprovenzal, contra Suchier, que lo bautizó *Mittelrhonisch*, del Ródano central. Ascoli fijó la extensión de esta lengua por medio de las características dialectales, prescindiendo del factor histórico. Este dominio lingüístico comprendía la parte Este de Francia delimitada entre el Ródano y Suiza, abarcando parte del Dauphiné, la Savoie, Franche-Comté y Suiza francesa. Böhmer observó que el francoprovenzal correspondía a la extensión del antiguo reino de Borgoña, que empezó a formarse después de la muerte del emperador Luis el Germánico, bajo la dinastía de Boso d'Arlés, extendiéndose hacia Lyon, Franco-Condado y Suiza. En 1033 este reino pasó a los emperadores alemanes, que lo conservaron durante tres siglos.

Morf ha demostrado (*B D R*, I, 1-11) que la extensión del antiguo reino de Borgoña nada tenía que ver con el francoprovenzal: era para éste un vestido demasiado grande. Un Estado creado a principios del siglo x no podía crear una lengua que es una especie de cuña metida entre el francés y el provenzal. En cambio, si se comparan los límites del francoprovenzal con los límites de las diócesis de Vienne y Lyon, salta a la vista una completa coincidencia.

El francoprovenzal es el dialecto de las diócesis de Lyon y de Vienne. Así como el obispado representa aquí la unidad dialectal, los decanatos, arciprestazgos y parroquias representan lo que podríamos llamar subdialectos o modalidades lingüísticas. En realidad, el dialecto es la lengua de campanario. La administración franca (s., VIII-IX) llama al obispado *civitas*; esto solamente ya revela la relación de las diócesis con las divisiones administrativas romanas. La Iglesia, al establecer sus obispados, adoptó la división política y administrativa de los romanos, y éstos habían aceptado las divisiones territoriales de los pueblos colonizados. La Iglesia ha aceptado la división territorial creada

por la administración romana. En medio de todas las turbulencias políticas esta división se ha conservado firme. Es la roca en que se agrupan todas las lenguas, y no en las dunas movedizas de las fronteras políticas.

Otro ejemplo. Durante la guerra todos los beligerantes demostraron sus afanes de conquistas. En los países latinos Italia los ha manifestado con preferencia. Romanistas italianos han preparado mapas para demostrar los derechos de Italia en las costas de Dalmacia, señalando todas las localidades donde reside alguna colonia italiana. Estas mismas aspiraciones las manifestaron también para vindicar el Ticino y todo el cantón de Graubünden, donde se habla reto-romano. El primer romanista italiano, C. Salvioni, en un discurso titulado « Ladinia e Italia », quiso filiar los dialectos réticos al italiano con el fin de justificar las aspiraciones imperialistas de su nación.

La tesis tendenciosa de Salvioni fué combatida por von Planta en la *Neue Züricher Zeitung*, por Jud en *Fögl d'Engiadina* y por von Wartburg en un magnífico estudio sobre la situación del dialecto del Bergel entre el reto-romano y el lombardo *Zur Stellung der Bergeller Mundart zwischen dem Rätischen und dem Lombardischen* (1919). En el Bergel se nota una frontera lingüística tan sorprendente, que entre dos localidades a corta distancia se verifican veinticuatro criterios fonéticos y once morfológicos. Y esta frontera tan marcada, como todo el dominio reto-romano, se explica por un hecho. El obispado de Chur tiene aquí sus límites. Como ha demostrado Jud, la extensión de esta lengua alpina coincide con la de los límites del antiguo obispado de Chur, y éste no tiene otra extensión que la señalada por los romanos a la antigua *Curia Retorum*.

La vida en los Pirineos y en los Alpes tiene muchos aspectos semejantes, tanto en el orden geológico y etnográfico, como en el histórico, en el político y en el lingüístico. Podemos decir que los Pirineos son una prolongación de los Alpes; en el orden lingüístico, que es el que nos interesa aquí, se producen en los Pirineos fenómenos muy semejantes a los dialectos alpinos; por esto no es de extrañar que el difunto Conde de Güell, en el discurso presidencial de los Juegos Florales del año 1900, proclamara la unidad del catalán pirenaico con el catalán de los Alpes, el reto-romano. Y entre nosotros no ha faltado historiador que se ha atrevido a demostrar la unidad de raza entre los catalanes y los grisonos.

La investigación dialectal, ocupada estos últimos años en los dialectos de una y otra vertiente de los Pirineos, nos ha proporcionado resultados interesantes.

Milá, en su edición de *Los trovadores en España* (1861, 453) señala algunos caracteres que separan el catalán antiguo del provenzal; y Alart (*R L R*, 1872, 265), estableciendo comparaciones entre los antiguos documentos roselloneses y languadocianos, cree que en todos tiempos han existido diferencias importantes entre el catalán y provenzal, observando que la frontera lingüística es muy marcada entre las villas de Estagell y La Tour de France, situadas al extremo de un llano, distantes entre sí tres cuartos de hora, hablándose catalán en la primera por haber pertenecido siempre al Rosellón, y languadociano en la segunda. L'abbé Hovelaque publicó un estudio de esta frontera (*Revue de l'Ecole d'Antropologie*, 1891), acompañado de un mapa. Fritz Holle se ocupó también de ella en 1906 (*Congrés de la llengua catalana*, 235-339) y Schädel señala una frontera hipotética del catalán y del languadociano, basándose en los dos estudios anteriores y en una encuesta hecha en esta región (*R D R*, I, 83). Schädel y Morf (*B D R*, I, 2-11) emprendieron una investigación documental para dar una explicación histórica de esta frontera, basándose en una nota dada por Saroïhandy (*G Gr.*, I, 845), donde se dice que « sería lo más natural el pensar que el catalán hubiera sido transportado hacia Francia (Rosellón) por conducto de los Hispani, empujados por los árabes a la otra parte de los Pirineos ». Muchos de ellos pasarían otra vez la montaña, estableciéndose nuevamente en su país, pero es muy probable que jamás abandonaron su lengua, y de regreso a Cataluña no introducirían la lengua provenzal o languadociana. Esta tesis, que sólo es explicable por el imperialismo francés, tiende a buscar un justificante histórico de la posesión del Rosellón, nuestra Cataluña irredenta. Morf, aceptando sin reservas la tesis de Saroïhandy, nos dice que el catalán del Rosellón procede de España. « En tiempos remotos pasaría los Pirineos por la vía romana de la Cerdaña, por medio de los Hispani procedentes de la España oriental. » Morf cree que esta colonización catalana está relacionada con el proceso del antiguo Condado de Barcelona. Los francos, poseedores de la Marca Hispánica, lucharon contra los sarracenos en tierras de España, fundando allá un Estado vasallo de Francia. El Rosellón, que estaba en comunicación constante con este estado por el Portús y por la Cerdaña, se le agregó muy temprano. Cuando en el siglo XII el Conde de Barcelona, como rey de Aragón, se declaraba independiente de Francia, el Rosellón quedaba políticamente separado de esta nación, separación que duró cinco siglos, hasta la paz de los Pirineos. En el tiempo que va de la fundación del Condado de Barcelona

hasta la mitad del siglo xvii, este ángulo de tierra ha sido completamente catalanizado. El nuevo orden de cosas, establecido por la lucha contra el invasor árabe, de una parte fué la causa de la expansión catalana hacia el Norte. La Cerdaña y el cuello de Portús le señalaron el camino.

Schädel (loc. cit.) quiere explicar el origen de la actual frontera catalana languadociana por la influencia de los Hispani emigrados durante la invasión árabe a la región que más tarde fué Rosellón. Fundándose en las referencias que sobre éstos se encuentran en Teodulfo de Orleans y en los anales de Einard, historiador coetáneo de Carlomagno, quiere demostrar que los cristianos españoles, durante los siglos viii y ix emigraron en grandes masas, estableciéndose en el norte de los Pirineos, en la región del Rosellón. Schädel supone que entre el catalán y el languadociano no existía frontera alguna y que la diversidad de población introduciría los criterios fonéticos y morfológicos del sur de los Pirineos, concretando la frontera lingüística al extremo de los países desiertos. Existe fundamento para establecer esta frontera en las montañas Corberas, toda vez que más arriba, hacia Narbona y Carcasona, el dialecto catalán se confundió con el languadociano.

Un examen detallado de los documentos donde se citan los Hispani fugitivos nos indujo a creer inaceptable la tesis Morf-Schädel. Estos fugitivos, refugiados, vivían en Narbona, Carcasona, Rosellón, Empurias, Gerona, Barcelona y Béziers. Esta localización por sí sola echa al suelo toda la argumentación de Morf y Schädel. El tratado de Corbeil de 1267, en el que el rey Jaime I renuncia a la soberanía de los condados de Razas y Fenouillet, tampoco puede explicarnos la frontera, toda vez que éstos pertenecieron siempre al *pagus Narbonensis* y eran del dominio languadociano.

La frontera del catalán en el Rosellón está condicionada por una organización anterior a la dominación romana, los límites de la cual nos los señala hasta los tiempos actuales la antigua diócesis de Elna. La frontera de la tribu ibérica de los Sordones señalada por Pomponio Mela en su *Chorografia* al lago de Salses es la misma del *pagus Russilionensis* señalada por Alart (*But. Soc. Agr.*, X, 94), coincidiendo ambas con la frontera lingüística actual. Esta explicación que dimos en 1911 ha sido extensamente desarrollada por K. Salow en *Sprachgeographische Untersuchungen über den Ostlichen Teil des Katalanisch-Languedokischen Grenzgebietes*, 1912.

Es un hecho innegable que la distribución de las lenguas románicas en la península ibérica está condicionada por la re-

conquista paralelamente al origen de las diversas nacionalidades que la integran.

Leite Vasconcellos ha hecho ciertas indicaciones sobre el particular en su *Mappa dialectologica* (1897); *Esquisse d'une dialectologie portugaise* (1901); y especialmente en sus *Estudos de philologia mirandesa* (1900). La posible relación entre la extensión del actual dialecto leonés y el antiguo reino de León la señaló Menéndez Pidal en «El dialecto leonés», *Revista de Archivos* (1906). Y para la frontera entre el catalán y el aragonés vamos a exponer algunas consideraciones, resumiendo lo que se ha escrito sobre ella en estos últimos tiempos.

El límite entre el dialecto aragonés y el catalán se señala en el Ribagorza. Las vicisitudes históricas de este condado desde sus orígenes hasta el siglo x constituyen el factor primordial para explicar el origen de esta frontera. El condado de Ribagorza independiente exigía un obispado independiente. De aquí que los condes de Ribagorza y los obispos de Roda subscriban inseparables todos los documentos que se relacionan con aquella región. Pero estos pequeños Estados difícilmente pueden subsistir al lado de los Estados nacientes más poderosos. Al principio del siglo xi el condado de Pallars es incorporado al de Urgel y el Ribagorza al reino de Aragón. De aquí proceden todas las pretensiones de vindicar el Ribagorza para el Aragón.

Al perder Ribagorza su personalidad política perdía su unidad, y el curso de la reconquista seguía nuevos caminos, señalados por los soberanos de Aragón y por los condes de Barcelona y de Urgel. Los pueblos que conquistan los primeros son aragoneses y los conquistados por los segundos son catalanes; como es catalán aun hoy el núcleo del primitivo condado de Ribagorza, a pesar de diez siglos de agregación política al Aragón.

En cambio, Menéndez Pidal (*Rev. Fil. Esp.*, III) cree que ni el antiguo condado de Ribagorza ni el obispado de Roda pueden explicar la frontera catalana aragonesa, por ser inciertos y desconocidos exactamente sus límites. Saroñhandy, por el contrario, quiere (*B. Hisp.* 1916) que el catalán haya retrocedido por influencia del aragonés.

Varios hechos nos obligan a guardar la posición media entre ambos eminentes romanistas. 1.º El origen catalán del condado de Ribagorza; 2.º, la constante discusión por cuestiones de jurisdicción territorial entre los obispados de Roda y Huesca y la armonía imperturbable entre el obispo de Roda y el de Urgel; 3.º, la falta de diftongación en los nombres de *Lascuarre*, *Laguarras*, aunque Menéndez Pidal crea lo contrario en su magnífico

estudio «Sobre las vocales ibéricas *e* y *o* en los nombres toponímicos», y el pertenecer estos pueblos al monasterio catalán de Tabérnoles, desde el siglo XI. Y los criterios distintos que separan el catalán del aragonés son tantos, que hemos contado más de cincuenta que separan la localidad de Fonz de la de Peralta de la Sal; y los criterios léxicográficos se cuentan a centenares, como hemos demostrado en el *B D C*, VI, VII.

Tengo el pleno convencimiento de que si la expansión catalana medieval, en vez de dirigirse a Oriente tomando un carácter eminentemente mediterráneo, hubiera penetrado en la península, el aragonés hubiese sucumbido, pasando a ser un dialecto del catalán. La influencia del catalán sobre el aragonés fué, hasta últimos del siglo XVI, proporcionalmente más intensa que jamás lo fué la castellana sobre el catalán.

Y en todo el reino de Valencia el curso de la frontera lingüística se explica por el curso de la reconquista. Los pueblos conquistados y repoblados por catalanes son aún hoy de lengua catalana, y los conquistados por aragoneses son *churros*. Todos los pueblos aragoneses de la provincia de Castellón que hoy integran la diócesis de Segorbe formaron parte del Concejo de Teruel desde la reconquista, perteneciendo a señores aragoneses. (Comp. Menéndez Pidal, *Congrés*, 340.) Es digno de notarse que la Iglesia, más conservadora que el Estado, ha guardado íntegras las fronteras de la diócesis de Tortosa, que coinciden con las de la lengua en las provincias de Castellón, Teruel y Zaragoza; esta diócesis, después de siete siglos, nos dice cuál fué la tierra recobrada por los catalanes en la región que va del Ebro al Mijares.

Permitidme que brevemente dé cuenta de un trabajo de Geografía lingüística, muy interesante por cierto, publicado últimamente. Me refiero a la tesis doctoral de Margot Henschel *Zur Sprachgeographie Südwestgalliens*. Morf, en *Mundartenforschung und Geschichte auf romanischen Gebiet* (*B D R*, I, 15) y en *Zur Sprachgliederung Frankreich* (1911), hace resaltar la división que hace César de los pueblos de la Gallia en aquitanos, celtas y belgas, los cuales hablan diversas lenguas: *Hi omnes lingua, institutis, legibus inter se differunt*. Margot Henschel, discípula de Morf, ha desarrollado la idea luminosa del maestro y ha reunido las características fonéticas, morfológicas y léxicográficas del sudoeste de Francia, explicándolas en parte (las del dominio de la antigua Aquitania) como residuos de la influencia de la población pre-romana de la Aquitania sobre la romanización. Los aquitanos, ligures según Schulten, de raza

vasca según Schuchardt, eran totalmente diferentes de los celtas y tenían sus fronteras en el Garona. Esta frontera nos la revela aún hoy el dialecto gascón, que ha conservado su vitalidad más que dialecto alguno de la Francia. En cambio, no creemos que el *Itinerarium Hyerosolymitanum*, siguiendo una vía pre-romana que va de Narbona a Burdeos, haya podido influir en las pocas características que se notan en el lenguadociano meridional. Por la relación que encontramos entre el sur de la Gallia y España desde el tiempo del Imperio romano hasta la reconquista española, bien podemos creer en una influencia transpirenaica. La extensión del reino visigótico por el mediodía de Francia, la presencia de los obispos de esta región en los concilios toledanos, la asistencia del metropolitano de Narbona en todas las consagraciones de sedes episcopales de Cataluña y Aragón durante los siglos IX y X, nos confirman esta opinión. Con razón ha escrito Thomas (*Nouveaux Essais*, 1904): «L'histoire de France doit être le breviaire de quiconque qui aborde l'étude etymologique du français.»

Pero la investigación dialectal camina más allá: explica hechos que la historia no llega a esclarecer. Salvioni ha demostrado por medio del estudio del dialecto la procedencia del norte de Italia de unos pueblos de Sicilia; Barnils ha señalado la procedencia mallorquina de los habitantes de Tárben y Vall de Gallinera en la provincia de Alicante. Desde este punto de vista son especialmente interesantes los estudios de P. Vouga, *Essai sur l'origine des habitants du Val de Travers* (1906) y *L'origine des Ossalois* (1904) de Jean Passy. Los habitantes de Ossau, cerca de Eaux-Bonnes, en los Bajos Pirineos, hablan un dialecto totalmente distinto de las poblaciones vecinas. Los ossalois, durante los meses de primavera, van a apacentar sus ganados al noroeste de Pau en unas llanuras donde hacen prevalecer ciertos derechos desde tiempo inmemorial. Basándose en este hecho, Passy ha podido demostrar que los ossalois no son originariamente habitantes de la montaña. Proceden de los alrededores de Pau, del llano de Bearn, donde hoy tienen sus pastos y cuyo dialecto hablan. Por esta aproximación de la investigación lingüística a la histórica se ha podido comprobar que los ossalois emigraron a este retirado valle en el siglo X, huyendo de la invasión de los normandos.

El clarividente Schuchardt notó, hace ya unos cuarenta años, que ciertas palabras pre-romanas de los dialectos alpinos (franceses, italianos y grisonos) reaparecían en los dialectos pirenaicos. Jud, en un artículo *Dalla storia delle parole lombarde-latine*

(*B D R*, III, 2, ss), ha reunido una serie de estas palabras, tales como *gamuza*, aragonés *sarrio*; catalán *isart*; castellano *bicerra*, *becerro*; *dalfi*, relámpago; languadociano *baita*, choza, *barga*, casa pequeña; *arroyo*; galaico *gándara*, maleza; catalán *tou* blando; catalán *barranc*, precipicio. El día que tengamos explorados los tesoros contenidos en los dialectos pirenaicos, podremos establecer comparaciones entre nuestro léxico pre-romano y el alpino, entre la toponimia de los Pirineos y la de los Alpes. Y quién sabe si este estudio comparativo vendrá a confirmar ciertas suposiciones que presiente la prehistoria sobre la unidad de raza de los pueblos pirenaicos y alpinos.

II

Gastón Paris, en su famoso discurso *Les parlers de la France* (1888), señalaba admirablemente el programa del dialectólogo, cuando decía que «convendría que cada localidad por una parte, y cada forma y palabra por la otra, tuvieran su monografía puramente descriptiva, hecha de primera mano y trazada con todo el rigor de la observación que exigen las ciencias naturales». El maestro dictaba estas palabras entusiasmado por la orientación que habían dado a los estudios dialectales sus discípulos l'abbé Rousselot y Gilliéron en la *Revue de Patois gallo romans*. Las palabras y los consejos de Gastón Paris indujeron a Gilliéron a la idea original de los Atlas lingüísticos. Este, ya en 1881, publicó un *Petit Atlas phonétique du Valais Roman* (1881), con una notable introducción en la que ya se señalan ideas completamente nuevas en el estudio de los dialectos (1). Herman Suchier, en 1888, aplica el sistema de cartas, para señalar las características de los dialectos franceses antiguos, en su magnífico tratado sobre la lengua francesa, publicado en el *Grundriss*, de Gröber (1888). Lo interesante de estos mapas es que están elaborados a base de los antiguos documentos. Los límites allí señalados en cuanto coinciden con los actuales, son de un valor decisivo para los dialectos franceses. En 1898 empezó a publicarse el Atlas del daco-rumano (*Atlas des daco-rumänischen Sprachgebietes*, de Weigand), terminándose su publicación en 1909. Este Atlas tiene un valor marcadamente fonético. Millardet, en 1910, publicó un *Petit Atlas linguistique d'une région des Landes*, estu-

(1) Comp. K. Jaberg: *Die neue Forschung auf dem Gebiete der romanischen Sprachgeographie* en *Geisteswissenschaften*, 18 (1913-1914).

diando el dialecto de Mont Marsant y la región que tiene por centro esta ciudad. Ochenta y tres localidades son estudiadas en 573 mapas. Este Atlas tiene un carácter eminentemente fonético: su valor principal estriba en el servirse de los recursos que pone a nuestra mano la fonética experimental, aplicándolos a la dialectología. En este sentido la obra de Millardet es lo mejor que se ha publicado sobre dialectos. Pero aunque cronológicamente sea posterior al Atlas de Gilliéron, la obra de Millardet pertenece al grupo de estudios geográficolingüísticos anteriores.

La publicación del primer fascículo del *Atlas linguistique de la France*, en 1902, señaló una época en los estudios de Geografía lingüística. Esta obra, que acabó de publicarse en 1912, comprende 1,920 mapas y un registro de 520 páginas.

El dialectólogo que quiere estudiar el dialecto de una extensa región, no tiene otro medio que servirse de un cuestionario preparado ex profeso y dejarlo traducir a personas competentes de la localidad que dominan su dialecto. Este sistema, aunque tiene sus desventajas, es el único posible para conocer un dialecto con relativa facilidad. Gilliéron, antes de preparar el cuestionario de su Atlas, había recorrido todo el dominio dialectal del norte de Francia y conocía muy bien los dialectos de su patria, la Suiza francesa. En sus excursiones por el norte de Francia encontró un diligente *dilettante*, tendero de Saint Pol (Picardie), Edmont, que ha compartido con él la gloria de dar a Francia la obra incomparable del *Atlas linguistique*.

Edmont recorrió, durante cinco años, toda la Francia y las regiones de Suiza, Italia y Bélgica, donde se hablan dialectos franceses, preguntando el cuestionario que Gilliéron le preparó, en 639 localidades. El cuestionario estaba formado: a) por un núcleo de palabras destinadas a conocer las leyes fonéticas; b) por un gran número de palabras destinadas a recoger los múltiples aspectos lexicológicos de los dialectos franceses; y c) de un centenar de frases de carácter popular para obtener los giros sintácticos y la fonética de la frase. Por cada palabra o fragmento de frase se hizo un mapa en el que cada localidad estudiada tiene un número y al lado de éste la respuesta del cuestionario. Estos mapas lingüísticos nos permiten saber en un momento cómo se llama la «abeja» el «cordero», etc., en las 639 localidades que figuran en el Atlas. Este contiene cerca de 1,400 mapas completos, 321 que comprenden la mitad del territorio y los otros limitados a una cuarta parte. Las dos últimas series comprenden las palabras añadidas posteriormente al cuestionario. Basta tener en cuenta que sólo la primera serie de mapas contiene

cerca de un millón de formas dialectales, para formarse una idea de la grandiosidad de la obra y sentir al mismo tiempo la mayor admiración hacia los dos hombres que nos han proporcionado esta obra colosal, fuente inagotable de materiales para los estudios lingüísticos.

El *Atlas linguistique* ha tenido, desde el primer momento, admiradores incondicionales y críticos implacables. Entre los primeros figura Schuchardt, con toda la escuela de los romanistas suizos; entre los segundos hay que señalar a Meyer-Lübke con sus discípulos Herzog, Gamillscheg y Spitzer (estos dos últimos discípulos de Gilliéron al propio tiempo) y en Francia, A. Thomas y l'abbé Rousselot. El reproche mayor que éstos hacen a la obra de Gilliéron y Edmont es el referente a la fidelidad de las transcripciones, porque ellos han notado en diferentes localidades señaladas en el Atlas palabras o matices fonéticos diferentes de los notados por Edmont. Gilliéron se ha defendido gallardamente contra los reproches de A. Thomas (1904). Es evidente que Edmont, como el mejor dialectólogo, ha caído en faltas de transcripción; pero hay que advertir que tenido en cuenta el procedimiento a seguir para la preparación de un Atlas que excluye todas las minuciosidades, esta obra nos da cuanto puede desearse.

El progreso que representa el *Atlas linguistique* comparado con el que representan los otros mapas de lenguas, es doble. En primer lugar los mapas del Atlas nos dan materiales fonéticos, morfológicos, sintácticos y, sobre todo, ofrece una abundancia incomparable de léxico. En segundo lugar los mapas nos ofrecen los materiales en su forma originaria en toda su multiplicidad de aspectos. La importancia de este nuevo sistema se evidencia con los trabajos publicados a base de los materiales que presenta el *Atlas linguistique*. Hasta ahora la Geografía lingüística se limitaba a anunciar la extensión geográfica de un fenómeno fonético o morfológico de una parte, y de la otra, buscaba la explicación de las fronteras dialectales en los factores étnicos, históricos o culturales que los condicionan.

La investigación en la Geografía lingüística desde la publicación del Atlas, es mucho más compleja. Y en la elaboración de los materiales que el Atlas nos ofrece, también es Gilliéron quien nos ha dado las orientaciones definitivas. El estudio de Gilliéron *Scier dans la Gaule romane du Sud et de l'Est*, escrito en colaboración con Mongin (1905), fué un acontecimiento en los estudios de lingüística románica. Schuchardt (Zs., XXIX, 621), entusiasmado, escribía: «Hasta concediendo que podría

mejorarse en algunas cosas el estudio de Gilliéron y Mongin, creo que desde muchos años no se ha publicado estudio tan importante en el dominio de las lenguas románicas. Más importante que la cuenta, resuelta con la ayuda de antiguas operaciones, es el proporcionar una nueva clase de operaciones. En la perfección del método radica el verdadero progreso de la ciencia». Gilliéron ha articulado y perfeccionado el método creado en *Scier* con una serie de estudios de Geografía lingüística publicados, en parte en la *Revue de philologie française et littérature* y en el *Annuaire de l'Ecole d'Hautes Etudes*, reunidos posteriormente en parte en un volumen *Etudes de géographie linguistique d'après l'Atlas linguistique de la France* (París, 1912) y los posteriores editados por el autor en Neuveville.

Resumamos brevemente los principios que rigen en estos procedimientos de Gilliéron. Al contemplar un mapa del Atlas, la primera pregunta que ocurre al filólogo es: ¿Cómo se explica la distribución geográfica de los fenómenos lingüísticos que él nos ofrece? Gilliéron, al limitarse en un principio a los problemas lexicográficos, especificaba la pregunta en esta forma: ¿Cómo se explica la distribución geográfica de diferentes tipos lexicográficos para expresar un mismo concepto? Un ejemplo aclarará la idea. Gilliéron en su estudio *Traire, mulgere, molere*, pregunta: ¿Por qué en dos regiones separadas del noroeste de Francia y en una gran extensión del sur nos encontramos con *moudre* significando «ordeñar» y en todo el dominio restante encontramos *traire*, *tirer* y sus derivados? La respuesta es: porque los representantes de *mulgere* y los representantes de *molere* han coincidido fonéticamente en toda la región de *tirer* o *traire*, mientras que allá donde se ha conservado el *moudre* «ordeñar», el *molere* está representado por un *moure*, *mole*, etc., que no coincide fonéticamente. Otro ejemplo: En francés y en provenzal el *sol* es conocido por *soleil* forma diminutiva, y en el catalán oriental *sol* tiene una *ó* completamente cerrada. En cambio tenemos la palabra *sol* significando «tierra», «suelo»; la coincidencia fonética de las palabras *solum* «suelo» y *sole* «sol», obliga al *sol* del cielo a tomar una desinencia diminutiva. El *sol* del cielo se empequeñece. En el dominio extremo del catalán oriental el *sol* «tierra», obliga al *sol* «astro», a apagar su *o*, pasando a *sól*, con tal que pueda convivir con *sol* «tierra». En cambio, en el catalán occidental, *sol* «tierra», ha desaparecido, dejando el campo libre al *sol* «astro». La distribución geográfica de *moudre* y la de *tirer*, *traire* y la de *soleil* «sol» frente *sol* «tierra», se explica por la homonimia de los tipos lexicológicos fonéticamente coinci-

dentes, ideológicamente distanciados. La consecuencia es que no es probable que dos tipos lingüísticos coincidan casualmente en su extensión geográfica, uno al lado del otro.

Tres cosas hay que observar aquí y fijar al mismo tiempo su significación general :

1.º Gilliéron deduce de hechos lingüísticos coexistentes el orden cronológico de los hechos lingüísticos. Por medio de la extensión del actual *moudre* reconstruye una capa de éste, anterior al actual *tirer* y *traire* extendida por todo el dominio francés; la geografía de la lengua pasa a ser geología de la lengua. Por este procedimiento Gilliéron llega a reconstruir tres o cuatro capas sobrepuestas de la lengua, y establece cronologías por épocas y regiones, de las cuales nos faltan toda clase de documentos. La manera como la geografía lingüística puede aclarar problemas los más oscuros de historia de las palabras, lo demuestra de una manera sorprendente con el estudio « Le merle dans le Nord de la France », por el cual sabemos que el nombre picardo *noir* del mirlo no deriva de *nigru* que es su color, sino de *merulu*.

2.º El método de Gilliéron es eminentemente individualista. Si los estudios de Geografía lingüística tienen un carácter de detalle estudiando la lengua en su fuente viva, estos trabajos añaden un nuevo grado de individualización, la extensión geográfica que varía en cada palabra.

3.º El método de Gilliéron es biológico. El problema de la extensión geográfica o de la estratificación de las palabras va acompañado necesariamente de la explicación de las razones que condicionan la existencia o la desaparición de una palabra. Y estas razones no se explican fácilmente. Hay que estudiar las relaciones de una palabra con otra : el *soleil* no se explica sin el concurso del *sol* «suelo» y de *sol* «era»; el *moudre* de *mulgere* sería inexplicable sin el auxilio de *molere*. El magnífico estudio de *scier* «serrar», sería imposible sin la comparación de «cerrar, segar, segador». Este procedimiento biológico llega a veces a tener ciertos puntos de contacto con las ideas de Darmesteter, expuestas en *La vie des mots*, diferenciándose en que éste trabaja sobre la lengua escrita y muerta y Gilliéron sobre la lengua viviente y el dialecto. La superioridad de este método es evidente. Allí donde no hay vida, ésta no puede ser estudiada.

¿Cuáles son las nuevas enseñanzas que podemos sacar de los trabajos de Gilliéron? En primer lugar, la inestabilidad, el movimiento de todas las manifestaciones de la lengua. El escribe en *Scier* (25) : « Siendo la vida toda la actividad económica y

moral del hombre no hay palabra que no pueda ser considerada entre las palabras sabias, que no sea o que no haya sido en acto o en potencia una palabra errante ». Del conocimiento del hecho que todas las palabras, todas las manifestaciones de la lengua están en movimiento, viajan, saca la consecuencia de que no podemos asegurar que en parte alguna del dominio románico se haya conservado tal o cual palabra latina hasta nuestros días. Esta consecuencia echa por tierra todo el edificio de las leyes fonéticas y de la gramática histórica, toda vez que demuestra la inseguridad del fundamento sobre el cual se basaron las investigaciones durante más de cincuenta años. El mismo nos dice : « Nulle part nous n'avons la certitude de saisir une tradition phonétique fidèle : nous entrevoyons une série de traditions phonétiques brisées, remplacées par d'autres qui se brisent à leur tour, quelque fois contradictoires, quelque fois concordantes, et ce mouvement du latin initial s'échelonne sur un espace de 1500 ans » (*Scier*, 26). « La réflexion et les faits s'accordent pour détruire cette fausse unité linguistique dénommée patois, cette conception d'une commune ou même d'un groupe qui serait resté le dépositaire fidèle d'un patrimoine latin » (*Ib.*, 27).

Otra de las consecuencias de la metodología de Gilliéron es que la fonética que encontramos en el vocabulario de los dialectos románicos no se basa en una evolución autóctona. El estudio *Mirages phonétiques* es una prueba concluyente de este aserto. Como lo es también la analogía de los nombres de los tres primeros días de la semana en el catalán provenzal y castellano.

La vitalidad de las palabras es otro de los resultados de los procedimientos biológicos de Gilliéron, y ésta está afectada, o por su aspecto fonético, por su contenido semasiológico, o por la utilización de los materiales dialectales. La homonimia destruye muchas veces una palabra que entra en concurrencia con otra, el catalán antiguo *veu* «vez» ha sucumbido en la lucha con *veu* «voz». La vitalidad de una palabra disminuye por la reducción fonética. Las formas *is*, *it* del verbo *ire*, desaparecen muy temprano por falta de corporeidad. La palabra *dies* es substituída por *diurnu*, *jour*. Cuanto más reducido es el aspecto fonético de una palabra, tanto más fácilmente entra en conflicto con homónimos. El contenido semasiológico influye en la desaparición o transformación de una palabra. La idea de negación está contenida en muchos verbos que empiezan con *de*, *deshacer*, *desatar*, *desviar*, *desentenderse*, etc.; estos verbos han arrastrado a otros que sin tener el *de*, tenían un significado negativo : « olvidar » ha pasado a *desolvidar*, *desacordarse*, en los dialectos

provenzales y en el catalán. El catalán *plumar* por influencia del provenzal *pelar* «quitar la piel», tiene el significado de *desplumar*, y el significado positivo lo expresamos por *canonar*.

La colisión de dos palabras da origen a la creación de una palabra nueva. *Clave* y *clavu* vinieron a *clau* en el dominio gascón; esta homonimia insoportable creó la forma *clavell* «clavo» el catalán *clavell* «flor» y el castellano *clavel*: estas tres palabras no proceden de un *clavellu* latín, sino que todas ellas son de procedencia románica. En *Pathologie et thérapeutique verbales* (1, II, 1915), Gilliéron estudia la colisión entre *caru* y *carne* y la del artículo masculino con el femenino allá donde coinciden fonéticamente. La inestabilidad del terreno sobre el que está construida la etimología, la confirma en sus *Mirages etymologiques*. Pero su obra definitiva es la *Généalogie des mots qui désignent l'abeille d'après l'Atlas linguistique de la France* (1918). Partiendo de la colisión de *apis* «abeja» y *avis* «ave», no sólo estudia la sucesión cronológica de las palabras nacidas a causa de esta colisión (*mouche*, *mouche* a miel, *essette*, etc.), sino que va mucho más lejos; busca explicar las razones íntimas que han condicionado su elección. Este estudio es un cuerpo de doctrina de Geografía lingüística y de biología de la lengua. En él encontramos confirmadas las ideas fundamentales del maestro sobre la homonimia; la historia particular que tiene toda palabra; la parte consciente o semiconsciente con que el pueblo participa en la elaboración de la lengua. Se ha abandonado la concepción mística de que la lengua se crea por sí misma y que refleja el alma de un pueblo. El pueblo no está cruzado de brazos ante la pasta de una lengua; él la mueve, él la sacude, la amasa de la misma manera que el hombre no se sirve inconscientemente de los utensilios de su trabajo cotidiano.

Cuando Gilliéron se pregunta cuáles son los dialectos que ejercen más influencia, siguiendo su concepción de que cada palabra es un *Culturwort*, nos dice que son aquellos que representan una civilización considerada como superior. Poca es la influencia de los centros regionales; para Francia, París es el abastecedor de palabras de todos los dialectos apurados. Gilliéron llega a afirmar, por procedimientos muy ingeniosos, que sin el auxilio de la lengua literaria los dialectos abandonados a sus recursos no habrían podido solventar los conflictos creados por la transformación fonética, creyendo que ésta es una de las razones porque van a desaparecer.

La aplicación del método de Gilliéron es infinitamente más complicada que los ejemplos que hemos citado más arriba; no

basta comparar la extensión geográfica de dos fenómenos haciendo resaltar su aproximada coincidencia: es necesario filiar las formas, examinar las evoluciones secundarias, estudiar los cruzamientos de palabras: hay que conocer su origen, pesar muy bien las probabilidades y establecer la filiación.

El conocimiento que Gilliéron tiene de los dialectos, su experiencia de cuarenta años, hace que divise problemas y explicaciones geniales allá donde sus mapas nada nos dicen. Su diálctica formidable llega algunas veces a ser excesiva. Con razón escribe en *Abeille*: «On nous permettra d'exprimer notre étonnement que les romanistes paraissent trouver naturelles des choses qui nous paraissent si extraordinaires».

Entre los romanistas afiliados al nuevo método de Gilliéron descuella Jud, profesor de lenguas románicas de Zürich y K. Jaberg, de la Universidad de Berna. El primero, no sólo ha relacionado la Geografía lingüística con otros métodos, traspasándola a los demás dominios románicos, sino que por medio de una serie de artículos publicados en el *Arch. f. s. n. Sprach* ha perfeccionado el método. Las ventajas que tiene el completar los estudios geográficolingüísticos con la documentación y la historia de la cosa las ha demostrado en su estudio francés *Son* salvado, derivándolo del viejo francés *saonner*; el estudio sobre *barba* tío y especialmente en *Dalla storia delle parole lombardo latine* (*B D R*, III, 2-18, 64-86), donde se estudia la extensión geográfica de una serie de palabras típicas de los Alpes, buscando su origen en las lenguas pre-romanas. Jaberg, el otro discípulo predilecto de Gilliéron, es un exégeta. Su estudio *Sprachgeografie* (1908) es una contribución interesantísima para la inteligencia del *Atlas linguistique*, y su magnífica recensión de la *Généalogie des mots qui désignent l'abeille* es un compendio claro de la metodología que Gilliéron ha expuesto de una manera confusa y abigarrada en sus trabajos de Geografía lingüística. La importancia que puede tener la Geografía lingüística aplicada a la morfología la demuestra en su estudio *s'assoier* (*Arch.*, CXXVI, 371). También es interesante el artículo contra Herzog *Soif und die sprachliche Expansion im Nordfrankreich*. (*Zs. f. fr. Sprach*). Es interesante también bajo este aspecto el estudio de Bartoli, no exento de exageraciones, *Alle fonti del neolatino*. Bertoni publicó *Le denominazioni dell'imbuto nell'Italia del Norte*, primer trabajo etimológico fuera del dominio gallo-románico, acompañado de mapas. Y el primer y único trabajo de Geografía lingüística que comprende todo el dominio romano es el estudio de Wartburg *Zur Benennung des Schafes in den romanischen Sprachen* (1918), donde

se exponen los representantes de *ovis*, *pecora*, *feta*, *ovicula*, *verbex* en lenguas románicas, dando la extensión en cada una de ellas.

En la preparación de la metodología geográficolingüística, Jud ha trabajado en tres direcciones: 1.^a Ha utilizado textos latinos y medievales, para saber la extensión de la palabra en aquella época comp. su estudio *Son* y el *Quelques denominations du cordonnier en français* de Thorn (*Arch.*, CXXIX). 2.^a Ha utilizado los nombres de lugar para reconstruir antiguas capas léxicográficas (comp. su estudio *Aune « Erle »*) (*Arch.*, CXXI). 3.^a Ha señalado la coincidencia de ciertos grupos de palabras culturales para determinar el sedimento de antiguas lenguas (*B D R*, III). Además hay que citar los estudios de Charles Pernoux, *Die Formen des Indicatif von ETRE in Galloromanischen Sprachgebiet* (1909); los estudios de Spitzer, *Kul turpflanzen in Französischen* (W S.), donde el estudio de las cosas está relacionado con la Geografía lingüística y los trabajos poco acertados de Dederich sobre el francoprovenzal y Fleicher sobre el gascón.

Una derivación y una extensión del *Atlas linguistique de la France* es el *Atlas llingüístic de Catalunya*. El procedimiento seguido para recoger los materiales de esta obra ha sido el mismo que adoptó Gilliéron para el *Atlas linguistique de la France*. Después de recorrer todo el territorio de la lengua para conocer las características de los diferentes dialectos se procedió a la redacción definitiva del cuestionario, tomando por modelo el mismo de Gilliéron. Se eliminaron todas las preguntas que no ofrecían interés para el catalán y se añadieron otras que tienen un gran interés para el estudio de la fonética y léxico de esta lengua. Nuestro cuestionario comprende 2,886 preguntas, con cuyas respuestas se pueden preparar 3,200 mapas.

Para facilitar las encuestas y la ordenación de los materiales recogidos, se imprimió el cuestionario con numeración marginal. Al lado de la pregunta queda un espacio para transcribir la respuesta, y al extremo de la página una columna para notar las observaciones convenientes.

En la elección de localidades se ha tenido una singular preferencia por los centros comarcales y las localidades que pueden ofrecernos un dialecto más arcaico.

El número de localidades escogidas es de 100; con ser éstas tan pocas, comparadas con las del *Atlas linguistique*, que son 639, dada la pequeña extensión geográfica del catalán, la densidad de nuestro Atlas cuadruplica la del *Atlas linguistique*.

El obstáculo mayor que hemos encontrado en las encuestas es el de poder disponer de sujetos aptos para transcribir con ellos el cues-

tionario. A menudo las personas más a propósito para ello temen el ridículo o se espantan a la vista de tan extenso interrogatorio. Nuestra preocupación mayor hasido siempre la de poder encontrar en la localidad, cuyo estudio dialectal queremos hacer, una persona bondadosa e inteligente, que haya residido siempre en ella, y que esté en disposición durante tres o cuatro días de dialogar con nosotros sobre todas las cosas que interesan a la vida del hombre.

Cada vez que en el decurso de la encuesta notamos alguna vacilación en el sujeto, dejamos aparte las respuestas dudosas y las revisamos al fin del interrogatorio. Si la duda es sobre nombres de plantas, herramientas, etc., se consultan las personas competentes, obteniéndose casi siempre una aclaración satisfactoria.

El sistema de transcripción que seguimos es el mismo del *Atlas linguistique* con pequeñas adiciones. Este sistema es el que se impone a todos los atlas lingüísticos de los países latinos. Nuestro Atlas está destinado a proporcionar muchos materiales para la solución de problemas suscitados por los mapas de Gilliéron y para escribir la historia de nuestra cultura. Los elementos ibéricos y pre-romanos los encontramos en los nombres de plantas, árboles y animales salvajes; el elemento latino que con múltiples recreaciones ha informado y dado carácter a nuestra lengua, podemos estudiarlo en plena vitalidad; el vocabulario agrícola y de los utensilios domésticos de Baleares y Valencia, nos dirá hasta qué punto influyó en estas regiones la cultura árabe. La abundancia de palabras castellanas incorporadas al catalán nos dirá hasta qué punto hemos sufrido la influencia castellana.

La reintegración de la lengua literaria ha suscitado un problema de difícil resolver, mientras no se disponga de elementos suficientes. Al escritor y al poeta a menudo les falta la palabra para exponer una idea o matiz de significado. Para solventar esta dificultad a veces se apela a la creación laboriosa de una palabra nueva, otras veces se resucita un arcaísmo con el desconocimiento completo de su valor semántico. Las soluciones que proporcionan los dos procedimientos, son generalmente defectuosos. El Atlas puede contribuir eficazmente a solventar esas dificultades. No hay palabra arcaica que no viva aún hoy en los dialectos con una significación especificada; no hay concepto ni matiz que no sea traducido por su palabra propia en alguno de los dialectos de la lengua.

Al terminar esta exposición sobre las últimas orientaciones señaladas a la lingüística por los estudios de la escuela de Gilliéron, me cabe repetir unas palabras de Schuchardt: «el progreso de la ciencia no radica en la multiplicación y extensión de los conocimientos, sino en el perfeccionamiento del método».

Los nombres propios y los nombres de lugar

Los nombres propios, nombres personales y nombres de lugar han sido demasiado preteridos por los lingüistas. Formados con las mismas vocales y consonantes, sometidos a las mismas reglas del uso cotidiano, participan del cambio constante e insensible de la lengua.

Muchos nombres de lugar y de persona no son otra cosa que nombres comunes de la lengua, unos en uso y otros caídos en desuso. De aquí que uno de los factores más importantes para conocer el significado de la onomástica es el conocimiento del antiguo léxico de una lengua y de sus dialectos. Para la cronología de la historia de la lengua los nombres propios tienen una importancia capital. Al lado de las pocas frases en vulgar que sacamos de los documentos latinos de los siglos IX, X y XI, los nombres de lugar y los nombres personales constituyen los documentos auténticos más antiguos de la lengua. Ellos sirven de base para explicar la etapa intermedia de la evolución seguida por el latín hasta llegar al estado actual de las lenguas románicas. Los nombres comunes de una lengua, los más familiares, se piden a prestado, se cambian, están sujetos a toda clase de modificaciones e influencias externas. Los nombres de lugar pegados al suelo se nos presentan como el elemento más estable y más resistente; contienen la quinta esencia del dialecto local, descubriéndonos muchas veces evoluciones por otra parte desconocidas. En cambio, los nombres personales son tan poco fijos al suelo como las mismas personas. Apenas hay nombre personal que merezca llamarse autóctono. Aun en los mismos pueblos pequeños, las familias que pasan por ser linajudas revelan un origen reciente. Con todo, los nombres personales no dejan de tener su interés, y su estudio es inseparable del de los nombres de lugar. Muchos de estos nombres son de origen personal y muchos nombres personales eran originariamente nombres de lugar, porque muchas familias llevan el nombre de su residencia o propiedad.

Dentro de la disciplina lingüística nada hay que tenga un interés tan primordial para el público como el conocer el origen de estos nombres que, con el decurso del tiempo, han pasado a ser ininteligibles. No hay monografía histórica de una localidad o de un santuario que no contenga una disquisición, fantástica las más de las veces, para explicar su origen. Un artículo de periódico que pretenda explicar el origen de un nombre de lugar siempre es leído. Cuando en nuestras encuestas dialectales visitamos los pueblos, siempre se nos pregunta la explicación de su origen o etimología. Tan atractivo es conocer el origen de un nombre de lugar como difícil acertar con él. El problema del origen de los nombres personales y de los nombres de lugar está relacionado con los pueblos que han fijado su residencia por más o menos tiempo en aquella región dando nombres a las personas, a los ríos, valles y montañas. Por otra parte está íntimamente ligado con la geografía, etnografía e historia.

LOS NOMBRES PERSONALES. — Meyer-Lübke, en *Einführung in das Studium der rom. Sprachwissenschaft* y en *Romanische Namenstudien* (I, 159 y II, 184), dedicados especialmente al estudio de los nombres españoles, ha sistematizado admirablemente el estudio de los nombres personales. Suyas son algunas de las ideas que sobre el particular vamos a exponer. Los romanos tenían el sistema de dar tres nombres a los individuos: *Marcus Tullius Cicero*; pero este sistema pereció con la destrucción del sistema jurídicosocial romano, ya que el pueblo romano tenía un solo nombre o apodo, y los griegos, los celtas, los germanos y aun los mismos itálicos, tenían también el sistema de un solo nombre. Ya en el tiempo del imperio puede observarse el retroceso del sistema de tres nombres. ¿Pero los apelativos del pueblo se han conservado? En todo el dominio románico la imposición de nombre es un hecho específicamente cristiano. Sólo han quedado aquellos nombres a los que el Cristianismo infundió nueva vida, especialmente los nombres de los primeros mártires, que son los titulares de las primitivas parroquias y los patronos de los regenerados por las aguas del bautismo. Sólo la Italia meridional, Dalmacia y Cerdeña, en la Edad Media, presentan aún nombres griegos y romanos.

Si en la Gallia y en España han quedado nombres de origen céltico o ibero, es gracias a su cristianización. He aquí una serie de nombres personales considerados de origen ibérico o vasco por M. Lübke en su *Romanische Namenstudien*, últimamente publicados: *Blasco* con las variantes *Vasco* y *Velasco*, traducción

del latín *Benignus*; *Belleco* y *Velez*; *Enego* con las variantes *Innigo* e *Iñigo*, *Ignacio*; *García* que lo relaciona con el vasco *Hartz* «oso», *Ochoa*, *Gutierre*, *Ildras* e *Ildróns*, *Inderquina* y *Enderquina*, *Kera*, *Nausti*, *Ordonius* con *Ordóñez*, *Osorius*, *Benegas*.

Pero el sistema de nombres románicos es eminentemente cristiano, lo mismo el de procedencia latina que el de procedencia griega o hebrea. Según su significado hay nombres completamente oscuros: *Johanes*, *Jacobus*, *Eulalia*, otros representando la ética cristiana: *Desideratus*, *Laudatus*, *Acceptus*, *Benedictus*, *Bonafide*, *Deusdatus*, otros señalando festividades: *Natalis*, *Pascualis*. En la Italia meridional encontramos traducciones de nombres griegos: *Bona*, *Agatha*; *Dominicus*, *Ciriacus*; *Vivus*, *Zozimos*; *Gaudia*, *Hedona*.

Hay que añadir al elemento cristiano el elemento germánico que da diferente color según su procedencia longobarda en Italia, franca en la Gallia y visigótica en España. Baste decir que los nombres de los soberanos de las diferentes nacionalidades ibéricas, de la reconquista hasta el nombre del soberano actual, son de procedencia visigótica. En una época posterior se nota una fuerte influencia cristiana por la propagación de los nombres de pila de mártires o confesores de procedencia germánica o románica con nombres germánicos. Para la elección del nombre de pila y apellido (mote), además del principio religioso, hay que tener en cuenta el parentesco, las clases altas y personajes de nombradía. El nombre *Gaston* en Francia se propagó por la figura simpática y legendaria de Gaston Phoebus, conde de Bearn (1363-1390): la leyenda de don Juan propagó por España el nombre de *Elvira*. Raina (*Rom.* XVII, 161-185, 353-365) ha demostrado la popularidad de la epopeya francesa de la Edad Media en Italia a base de los nombres personales.

Un aspecto mucho más complicado presentan los apellidos, que pueden dividirse en tres clases: nombres del padre, nombres de origen y profesión; mote burlescos. El nombre del padre, que comparece en las lenguas anglosajonas con la desinencia *sohn*, sólo se conserva en el castellano, en el portugués, y esporádicamente en el catalán: comp. *Rodríguez*, *Fernández*, *Muñoz*, *Sánchez*, *Velázquez*, *Domínguez*, etc.; catalán *Peris*, *Sanchis*, *Ferrandis*. Sobre el origen de este genitivo se han emitido las más diversas opiniones. Larramendi (1729), Terreros (1758), Baist y Meyer-Lübke, los suponen de origen ibérico. Díez y Grimberger han visto en esta desinencia un genitivo gótico en *-iz*, *-is*. Aun M. Lübke, últimamente, ha dedicado una larga dis-

quisición para la explicación de estos patronímicos (*Rom. Namenstudien*, II, 5-20). El lugar de origen ha proporcionado muchos patronímicos: *Navarro*, *Aragonés*, *del Valle*, *de la Torre*, *del Castillo*; lo mismo el oficio: comp. *Tejedor*, *Herrero*, *Fuster*, *Moliner*, *Calderer*, *Draper*, etc. El apodo ha dado origen a muchos nombres personales también: comp. *Royo*, rubio; *Negre*, *Crispín*, cabello erizado; *Izart*, *Raboso*, etc. Explicar el origen de los nombres de familia es una cuestión que no pertenece a la historia de la lengua, sino a la historia del derecho. Su base está en las tres clases de nombres que acabamos de señalar.

Que los nombres de familia son relativamente modernos lo prueba el hecho que aun hoy, exceptuando las ciudades populosas, en toda Europa la gente del pueblo se conoce por el nombre de pila y un apodo, guardando el apellido para los actos oficiales y direcciones.

Más interesantes que los nombres personales son los nombres de lugar. Ellos constituyen, las más de las veces, el único documento auténtico que poseemos de una civilización completamente desaparecida que ha estado arraigada en nuestro suelo. Dos aspectos principales podemos considerar en los nombres de lugar: su etimología y su significación. La etimología de los nombres de lugar no es tan sencilla como parece al primer momento.

En primer lugar hay que tener en cuenta que muchos de estos nombres derivan de una forma adjetivada muy frecuente en latín del imperio y de la Edad Media. Esto se observa especialmente en las localidades que formaban un *ager* o una *civitas*.

Los nombres de lugar comparecen en el caso locativo que desapareció al principio de nuestra tradición, pero que se conserva en los nombres de ciudad y de lugar. Consensus, gramático del siglo IV, escribe: *Interdum efferuntur novo modo et quasi monoptota ut Curibus, Trallibus, Turribus, Sulcis*. Este caso comparece en inscripciones de Cerdeña del siglo III, en los itinerarios del siglo IV y en las monedas merovingias (D'Arbois). Así tenemos el nombre de la localidad Aix de Aquis, Caldes de Aquis *calidis*, Auvers de *are vernis*, cerca los alisos, etc. Arties de *are tegias* cerca las chozas. En estos dos últimos casos la preposición celta *are* se aglutina al nombre de lugar.

A veces sucede al revés: parte del nombre es considerada como preposición comp. el catalán; *Trames aigües* «interambas aguas».

Interesante es la relación del artículo con los nombres de lugar. En los Pirineos aragoneses el lago es conocido con el nombre de *llibó* (Benasque) comp. *Ibars*, localidad donde hay un

lago, cercana de Lérida; en *llibó* tenemos una aglutinación del artículo con *ibó* «lago», nombre de origen vasco. En la *Chanson de Roland*, v. 2,462, leemos que los francos persiguiendo los infieles «*Vers Sarraçuze les enchalcent... franc / A colps pleners les en vunt ociant. / Tolent lur veies et les chemins plus granz. / L'ewe de Sebre el lur est de devant / Mult est parfunde, merveille e curant*». Aquí tenemos la forma *Sebre* del río Ebro con el artículo IPSU característico del catalán preliterario. El que adoptó esta forma desconocida que *s* fuera el artículo.

En la investigación de la etimología de los nombres de lugar tiene una capital importancia el tener en cuenta que en su evolución ha representado un papel muy importante la pronunciación local: es ella la llave para explicar antiguas grafías y la piedra de toque de la etimología.

En Cataluña tenemos una serie de localidades con los nombres de *Castellvell* y *Bellver*. Como en una parte del dominio catalán las labiales y las labiodentales se confunden, no sabemos si *Castellvell* es un *castillo hermoso* o un *castillo viejo*, pero la *è* de *Castellvell* en el catalán oriental y la *e* de *Castellvell* en el catalán occidental nos demuestran que se trata de un *castillo viejo* comprobado por la forma *Castellví*.

La ortografía puede influir en la evolución de los nombres de lugar y aun sobre la pronunciación de los indígenas. Un ejemplo para muestra: La mayor de las islas Baleares es conocida por Mallorca. En los textos de la latinidad clásica y vulgar comparece siempre con la forma *Majorica*. ¿Cómo, pues, la *j* ha evolucionado a *ll*? En el catalán de Barcelona se ha operado una regresión de la *y* procedente de *-cl-y-li-* hacia la *ll*: así tenemos *palla*, catalán oriental, *páya*, *fulla*, catalán oriental, *fúya*, etc. El medieval *Mayorca*, comprobado por transcripciones griegas y por la palabra *mayólica* que ha tomado carácter internacional, fué inficionado de esta regresión, viniendo a Mallorca: los naturales de la isla a pesar de tener *vey* «viejo», *fúya* «hoja», tienen *Mallorca* por influencia del catalán continental. (*R D R*, I, 267.)

Uno de los elementos más importantes para juzgar de la exactitud de una etimología es el comparar el nombre con la cosa por él significada. Loignon (*Rev. Celt.*, VIII, 375) explica el origen de Milán de *Mio lanum*, derivado del celta *lanum*, latín *planum* «llanura». Efectivamente, la ciudad de Milán está edificada al medio de una llanura. En la parte extrema del dominio del catalán oriental la encina es conocida por *aulina* y el bosque de encinas por *aulet*. Por otra parte la *e* cerrada tónica vacila a menudo entre *e* y *o*, *cudeny* y *codony*, *conreu* y *conrou*, etc.

Bien podemos admitir que el nombre de la ciudad de Olot, situada en una región abundante en encinas y limítrofe al dominio de esta *e* y *o* es una variante de *aulet*.

Los nombres de lugar considerados por su significación pueden dividirse en agrupaciones distintas: 1.^a, nombres de lugar derivados de nombres personales (nombres de familia, nombres de santo, apodos); 2.^a, nombres de lugar derivados de animales y de plantas; 3.^a, nombres topográficos (disposición del suelo, curso de las aguas, etc.); 4.^a, nombres originarios de culturas o actividades del hombre (habitación e industrias); 5.^a, nombres de origen eclesiástico.

Un ejemplo solo de nombre personal: Un emperador romano da nombre a la ciudad de Zaragoza. Valles y montañas llevan el nombre de los animales que allí viven, comp. *Guilleries* (bosques donde viven muchas zorras), *Vallllobera*, *Colomers* «palomares». La fantasía popular ve en las grandes montañas la figura de animales: Cabrera, Vacamorta, Boumort, Punta de l'Ase. Yo no sé si este hecho se observa también en los Pirineos cantábricos, pero sí que se produce en los Alpes. Los árboles y las plantas han proporcionado una nomenclatura abundante. El OLIVETUM y el OLEASTER han dado al suelo un sinnúmero de nombres de lugar. *Pinoso*, lugar de pinos; *Cassà*, lugar de encinas; *Verneda*, lugar de alisos; *Falgàs*, lugar de helechos, son todos nombres propios de poblados, procedentes de árboles y de plantas. La toponimia puede ser un auxiliar importantísimo para la geografía de las palabras de la cultura. La disposición del suelo da origen a muchos nombres de lugar. Los lugares abundantes en bosques son conocidos por *Selva*, latín SILVA, comp. *Selva del Camp*, *Cassà de la Selva*, *Seva* (Vich) al lado de *Brull* celta BROGILOS «bosque»; el latín *saltus* «bosque» nos da el catalán *Salt*, castellano *Soto*. En los Pirineos orientales abundan nombres formados con la raíz *calm* compuesto *Puigsacalm*, *Pla de la Calma*, *La Calma*, de CALMIS, palabra pre-romana, es una llanura o prado en la montaña. Y este nombre reaparece en los Alpes abundantemente en la forma *Chaux* en los Alpes de la Suiza francesa y en la de *Kulm* en los de la Suiza alemana. En Cataluña hay dos ríos cuyas aguas son generalmente de color rojo: el Llobregat y el Fluvià; el nombre de uno y otro deriva de este color. RUBRICATU es la etimología de Llobregat, FLAVIANUS de FLAVU rojo, con influencia de *flumen* explica el origen del Fluvià. Parece que el desagüe de dos ríos fué un lugar predilecto para la colonización primitiva por ser un lugar apto para la defensa, para la pesca, etc. Más de veinte

localidades, en Francia, llevan el nombre de CONDATE « condé », confluencia de dos ríos. El mismo origen tiene *Coblenza*, ciudad situada en la confluencia del Rhin y el Mosa, el *Conflent* en el Rosellón, el *Trames Aigües* en los Pirineos catalanes y *Entre ambos* ríos abundante en la toponimia castellana que comparecen al lado de *illa*, isla formada por la confluencia de los dos ríos. Schuchardt, que ha estudiado intensamente esta cuestión, explica los nombres formados por las raíces vascas *Urbi-*; *Biscarr*, significando confluencia de dos ríos (Zs. XXXII, 77-83).

La habitación del hombre ha contribuido a dar nombres de lugar.

Nuestra villa de Rosas nos habla de una colonización griega y de una metrópoli de oriente, de la misma manera que muchas ciudades americanas nos recuerdan nombres de ciudades europeas. La villa, catalán *vila* con un sinnúmero de nombres de poblaciones formados con ella, nos recuerdan la intensidad de la colonización y civilización romana en nuestro suelo; de la misma manera que las *alquerías* nos hacen memoria de una intensa dominación árabe en el Sur, Centro y Este de la península, así como la *borda* nos revela el nombre pre-romano de un edificio primitivo de nuestros Pirineos.

Por los nombres de lugar podemos comprobar la presencia de ciertas culturas desaparecidas. En las regiones cercanas al Pirineo abundan las *vinyes* y *vinyoles* como nombres de casas de campo y de poblaciones donde hoy nadie recuerda el cultivo de la viña. En cambio, por contratos de compra y venta de los siglos XV y XVI sabemos que la viña era cultivada en estos sitios.

Los nombres de lugar de procedencia eclesiástica son numerosos: casi en cada parroquia hay una casa de campo llamada *Iglesias*. También es muy generalizado el nombre de *Badía* y *Abadía*; y la vida cenobítica tan intensa en toda la Europa occidental ha dejado un número infinito de derivados de *MONASTERIUM* y *MONASTERIOLUM*.

Interesante es también el estudio de los nombres de lugar para conocer las condiciones lingüísticas de un país de donde nos faltan documentos. Hace unos años (1905-1906) que los romanistas Schädel y Hadwiger discutieron si el dialecto de Ibiza y Formentera era catalán o castellano. Meyer-Lübke solventó la cuestión dictando a favor de la catalanidad de estas dos islas, apoyado en los nombres de lugar que comparecen en los mapas. A base de los nombres de lugar puede demostrarse que toda la Suiza alemana, el norte del Tirol, el Voralberg y sur de Baviera, regiones hoy completamente germanizadas, fueron ro-

manas en otro tiempo. Naturalmente, para llegar a estas conclusiones se necesita un conocimiento perfecto de la historia de las lenguas. ¿No sería posible señalar un día la extensión de la raza vasca partiendo del estudio de los nombres de lugar? Basándonos en los nombres de lugar podemos señalar hasta cierto punto las condiciones etnográficas pre-romanas de una región. Pero aunque se proceda con el mayor rigor siempre hay que tener en cuenta el gran número de nombres de lugar desaparecidos. Ellos, sin embargo, nos dan una idea más segura que las mismas investigaciones prehistóricas.

Pocos son los estudios emprendidos sistemáticamente en este aspecto. Flechia ha estudiado los elementos ligures y celtas del norte de Italia (*De alcune forme de nomi locali dell'Italia superiore*, 1871) y Arbois de Jubainville, Hölscher, Skok y Williams han perseguido el elemento étnico gálico de Francia.

En el estudio de los nombres de lugar conviene hacer una distinción entre los nombres de localidad y los nombres del suelo. Los primeros presentan un carácter más moderno, los segundos lo tienen más arcaico. Se ha podido observar que en la Suiza alemana occidental los nombres de lugar son todos alemanes, pero los nombres del suelo (ríos, campos, etc.) son de origen románico.

Los nombres de lugar nos muestran también el proceso en la colonización. La colonización de la antigua Gallia la explican los sufijos *-acum* en esta parte de los Alpes y *-ascum* en el dominio ligúrico. A éste corresponde en Italia el sufijo *-anum* que señala un límite entre los pueblos latinos y celtas (comp. Skok). Por semejante procedimiento puede señalarse la influencia árabe en España.

Más interesante que el proceso es la historia de la colonización fundada en los nombres de lugar. Bajo este aspecto los nombres de lugar se dividen: 1.º, en nombres pre-romanos (gállicos, ligures, ibéricos); 2.º, nombres de procedencia latina (nombres formados con *vicus*, *ager*, *civitas*, *colonia*, *castrum*, y nombres personales); 3.º, nombres de procedencia germánica que penetraron durante el imperio; 4.º, nombres procedentes de las invasiones germánicas (francos, longobardos, visigóticos, normánicos); 5.º, nombres de procedencia románica: en éstos merecen especial interés los nombres de lugar procedentes del culto a un santo; 6.º, nombres de lugar de procedencia árabe.

El estudio de los nombres de lugar ha de fundarse en la utilización de los antiguos documentos y del nombre actual, de la manera que lo pronuncian los naturales del país, pues ésta puede proporcionarnos agradables sorpresas. Para recoger los mate-

riales escritos no son de poco interés las colecciones de antiguos documentos, los itinerarios, los geógrafos, los registros del catastro. Para recogerlos en su estado actual, el más interesante, hay que buscarlos en las mismas localidades. Estos estudios son sumamente atractivos. Cuando se visita una localidad se pregunta a los ancianos, a los hombres que han intervenido en los asuntos del municipio. Para obtener los nombres de familia no es necesario mucho tiempo, pero para transcribir los nombres de lugar, que se cuentan por centenares, son necesarias muchas horas. No se trata solamente de transcribir la pronunciación local, llave de su explicación; es necesario obtener todas aquellas noticias que puedan explicarnos su origen, muy diferente, las más de las veces, del que les atribuyen los geógrafos. La vista de los sitios importa menos que las aclaraciones que nos dan aquellos que los frecuentan. Recorriendo el país e interrogando a los guardas rurales, los pastores y los cazadores, se recogen miles de nombres de lugar perpetuados por la tradición oral que jamás se habían escrito. Ojalá pudiéramos tener pronto recogidos todos los nombres de lugar, estos documentos preciosos de nuestra civilización para conocer los orígenes de nuestra raza.

Palabras y cosas

Usener (1893) decía que el léxico de una lengua es un gran libro donde encontramos escrita toda la historia cultural de un pueblo. « Lo que no sabemos ni conocemos, no podemos saberlo con solas palabras. Hemos de partir de las cosas y no de las palabras para seguir sus manifestaciones históricas. »

Stöcklein (1898), nos dice que para comprender el significado de las palabras es necesario conocer la evolución de los objetos. Pues muchas veces cambia el objeto y el nombre queda. La historia de tal producto de la cultura nos proporciona la historia del significado de la palabra, y Wundt (*Völkerpsychologie*, 1-2, 438) nos dice que, por una parte, la historia de los significados es un pedazo de la historia del espíritu, y por otra « La historia de las palabras tiene que explicarse por la historia de los objetos, conceptos e ideas que en ellos están expresadas ». Todas estas ideas están englobadas en aquel magnífico principio de los escolásticos: *Voces significant res mediantibus conceptibus*.

Schrader, en el prólogo del *Reallexikon der indogermanischen Altertumskunde* (XX), hace resaltar el principio de que el estudio de la lengua ha de ir acompañado del estudio de las cosas. Pero esta obra se sirve más de la lengua para explicar el origen de las cosas que de éstas para explicar el origen de las palabras. En cambio R. Meringer (*IF*, XVI, 10) cree que la etimología actual necesita del conocimiento de las cosas. Esta idea la concretaba dos años después cuando escribía en la misma revista (XIX, 457) que sin el estudio de las cosas los estudios lingüísticos no pueden subsistir. Toda cosa ha tenido o tiene su nombre específico en la lengua; por consiguiente, toda contribución al estudio de las cosas es, a la vez, una contribución a la historia de la lengua, aunque muchas veces el autor no pueda establecer el lazo de unión entre las dos. Las palabras cambian de significado con el cambio de cultura; la explicación de estos cambios, por lo tanto, no debe ser puramente especulativa, sino fundada en los hechos y en las cosas mismas. Si se estudiasen los diferentes dominios lingüísticos de Europa, siguiendo esta orientación, se

reunirían materiales suficientes para escribir una extensa historia de la cultura de los pueblos indoeuropeos. Es que cada palabra, como dice Schuchardt (*Wochenschrift für Klass. Phil.*, 1910), contiene un problema de la ciencia de la antigüedad, un problema cultural.

Las ideas expuestas por Meringer sobre el estudio de las palabras y de las cosas en el campo de la germanística las encontramos dilucidadas simultáneamente en el dominio románico por Schuchardt con aquella visión penetrante que caracteriza los estudios del gran maestro. Aprovechando la ocasión de dar cuenta de un estudio de Nigra sobre los nombres de los cencerros y de los collares de los ganados, escribe un artículo sobre el método de investigar en el estudio de la historia de las palabras (*Zs.*, XXVII, 609), e insiste con Gröber sobre la utilidad que las figuras y dibujos prestan al estudio del origen del nombre de un objeto. La máxima horaciana sobre la eficacia de la representación figurada al lado de la exposición escrita se puede aplicar especialmente a los estudios etimológicos.

Frecuentemente encontramos en las cosas semejanzas y particularidades de forma que el lexicógrafo no puede representar con la sencilla escritura, pero observadas en la realidad hieren la imaginación popular, la gran creadora de nombres (compárase los nombres de los utensilios de la cocina). No es cosa fácil al estudioso tener a la vista los objetos reales para poder explicar el origen de su nombre. La representación figurada remedia esta dificultad y proporciona un rápido conocimiento de las características aparentes de los objetos, disminuyendo las divergencias de juicio entre los que estudian la historia de sus nombres. Esto no obstante las divergencias se producen hasta cierto punto, pues no todos los ojos ven los objetos de la misma manera y los puntos de vista son diferentes según las circunstancias. En toda cuestión verosímil, decía Gastón Paris (*Rom.*, XXXI, 628), hay un elemento subjetivo muy importante. De esto tenemos un buen ejemplo en una cuestión que ha suscitado, hace poco tiempo, el profesor Sepulchri, de Milán, en un artículo « In torno al nome de un singolare tipo di costruzione pugliese » (1919). En la Puglia hay una gran extensión diseminada de poblados primitivos semejantes a las torres y *talaiots* de las Baleares. Estos edificios pre-romanos son conocidos con el nombre de *truddu* del latín *TRULLU*, por pasar a *d* la *l* en el dialecto de Puglia. En latín vulgar i medieval *TRULLUS* significaba « cosa ovalada », « vaso », « copa ». Ducange, en el artículo *τοῦλλος*, escribe: « Ita porro appellant vulgo scriptores Byzantini hemisphaeria in medio aedium sa-

crarum, ut est etiam nunc *trulla* s. *trullus* aedis Constantinopoli et S. Petri Romae ». Este texto nos aclara que el famoso Concilio *trullano* o in *trullo*, celebrado en 691 en Constantinopla, fué celebrado bajo la cúpula de Santa Sofía. La forma de cúpula que tienen las construcciones primitivas de la Puglia explica perfectamente el nombre de *truddu*. En cambio Schuchardt (*Zs.*, XXII, 262), y con él Meyer-Lübke (*R E W*, 8,810), ven en el *truddu* un derivado de *TORULU*, protuberancia, concavidad.

Es natural, es la cosa más natural del mundo, que la imagen de las cosas y éstas mismas influyan sobre las palabras, cambiándolas. Pero estos cambios se verifican de tal manera que una palabra no reduce totalmente la otra, sino que se sobrepone a ella, cruzándose las dos en diversas condiciones y produciéndose el fenómeno llamado contaminación. Esta clase de palabras no se las deja del todo aparte, pero sí que uno se sirve de ellas a disgusto, porque son destructoras de las leyes fonéticas. Esto se explica por la naturaleza de nuestra manera de conocer las cosas y no de las cosas mismas. Muchas veces nos encontramos con series de palabras reunidas que coinciden fonéticamente, pero con significado inasociable. El cambio de significado es un cambio de cosas y un cambio de cosas es un cambio de cultura. Por esto aunque consideremos una y más veces estas series de palabras, nos encontramos con la imposibilidad de aclarar el cambio semántico, de la misma manera que nos embaraza la explicación del caso individual que se aparta de las leyes fonéticas.

Después de un período en que los estudios de la lengua se han limitado a la aclaración de las leyes fonéticas, parece que ha llegado el tiempo de dar su valor al significado de las palabras, a las cosas. Bajo el nombre de cosas se entiende, no sólo los objetos, sino también las ideas, las representaciones o instituciones que tienen su concreción en alguna palabra.

Así como para encontrar la etimología de una palabra obscura la examinamos fonéticamente bajo todos sus aspectos, el mismo procedimiento hay que seguir con el concepto por ellas expresado; y cuando se trata de objetos, con ellos también hay que establecer comparaciones y buscar semejanzas que puedan condicionar el origen del nombre que tiene la cosa. La etimología, tan discutida, de la palabra *cuchara* la explica Schuchardt ingeniosamente por la comparación de la forma de la primitiva *cuchara* con una *concha*. En las excavaciones de los *talaiots* de Mallorca se encuentran pequeños utensilios de barro muy semejantes a las *conchas*, que, según los arqueólogos, servían de cucharas.

Cada disciplina filológica puede presentarnos etimologías convincentes que proceden del conocimiento de las cosas.

La razón porque no se ha fijado antes la atención en el estudio de las cosas es debido a que toda la actividad filológica de los últimos decenios se ha dirigido a descubrir nuevos mundos de leyes fonéticas.

Esta limitación no responde a la realidad. Son muchos ya los filólogos convencidos de que la ciencia del lenguaje es una parte de la historia de la cultura, que la historia de la lengua necesita de la historia de las cosas, especialmente para aquellos períodos de los cuales nada puede decirnos el documento. La historia de la cultura está basada en la unión de la historia de la lengua con la historia de las cosas. Pero esta unión es por ahora un ideal no fácil de conseguir, porque la historia de las cosas aun no se ha articulado en sus diferentes direcciones. Muchos dominios, casi todos los dominios, están por explorar y muchos materiales son difíciles de obtener y entre los investigadores hay diferentes maneras de pensar, especialmente cuando las circunstancias de lo que ha dado nombre a la cosa se escapan a nuestro conocimiento.

Las diferentes teorías para explicar el origen de los hierros del fuego tienen una magnífica aclaración comparando la palabra con la cosa. Meringer explica la etimología del francés *landier*, inglés *andiron* « hierros del fuego » por su forma. El celta *andero* significaba *cabra* y los hierros del fuego tenían la forma de dos cabezas de cabra con sus cuernos.

En las lenguas indogermánicas se presentan los problemas y las soluciones de una manera más amplia y extensa que en las lenguas románicas. Si muchas de las etimologías de Meringer, escribe Schuchardt, son discutibles, también lo son muchas de los romanistas, pero la exactitud del punto de vista en que se ha colocado no es discutible. El lingüista, proceda del campo que quiera, no puede pasar de largo por delante de las cosas. El lingüista que prepara un mapa de las características fonéticas de un país tiene que estudiar la formación de las palabras y las diversas palabras que significan una misma cosa. Y preguntando por las causas de la diversidad de estas palabras llegará a encontrarlas en las mismas cosas. La geografía lingüística y el estudio de las palabras y cosas entran aquí en íntimo contacto. Gilliéron y Mongin al publicar su estudio *Scier*, el primero de geografía lingüística, deshicieron de la manera más aguda y penetrante un nudo difícil de deshacer, utilizando los recursos que proporciona la historia de la lengua, la geografía lingüística y la etnografía. El concurso de ésta fué decisivo; Gilliéron escribe: « la

solution du problème, du complexus des problèmes que nous avons abordé est dans l'existence et vicissitudes de la faucille dentelée ».

Schuchardt, en el estudio dedicado a Musafia (1905), sentaba la tesis de que el estudio de las cosas no se ha utilizado suficientemente ni para la lexicografía histórica ni para la lexicografía puramente descriptiva. El estudio de los nombres de la rueca y demás utensilios de hilar y ovillar hilo usados por las campesinas de los Alpes y los de las redes de pescar de los pescadores del norte de Italia, ilustrado con hermosos dibujos, sirvió de ejemplo para demostrar el atraso en que estaban (y están aún) esta clase de estudios, y procurar, al mismo tiempo, su florecimiento. Dicho en pocas palabras, Schuchardt trataba de articular y hacer marchar juntas la filología románica y la etnografía románica.

Cuando d'Ovidio escribía que muchas de las hipótesis del conde de Nigra han dado y darían lugar a las más profundas discusiones científicas, podía referirse especialmente al estudio sobre los nombres de los cencerros y de los collares de los animales de ganado, publicado con una lámina ilustrativa (Zs., XXVII, 129 ss.). Schuchardt, no sólo se entusiasmó con el estudio de Nigra discutiendo algunas de las etimologías, sino que viniendo varias veces sobre el asunto para hacer resaltar la importancia del estudio de las cosas y para hermanar la etnografía con la lingüística propuso a Nigra, el famoso diplomático de la unidad italiana, la creación en Italia de un museo etnográfico recogiendo los objetos reunidos en Nápoles por Pitré, el gran conocedor de las tradiciones populares. La idea de Schuchardt prosperó; en 1910 se montó una sección etnográfica italiana de la exposición nacional dirigida por Loria. Esta sección ha pasado a ser un museo de etnografía italiana.

El museo arletano, fundado por Mistral, contiene muchos objetos de gran interés para la etnografía de Provenza. Leite Vasconcellos, ya en 1893, fundó un museo etnográfico en Lisboa. Y en España, el único hombre de ciencia que se ha interesado por las palabras y las cosas, publicando estudios tan interesantes como la *Etnografía del yugo*, *Palabras y cosas*, *Los nombres de las partes del buey*, es vuestro Aranzadi, el apóstol de los museos de etnografía, el único entre los nuestros que ha acertado a articular el estudio de las palabras y cosas con la etnografía y la prehistoria.

En cambio entre los indogermanistas la tendencia al estudio de las palabras y cosas en conjunto ha tomado singular incre-

mento. R. Meringer, que en 1898 publicó su *Etymologien zum geflochtenen Hause*, dos años más tarde que las *Etymologien* de Schuchardt y en *IF* (XVII, ss.) había publicado una serie de estudios sobre la *deutsche Haus*, fundó, en 1909, la revista *Wörter und Sachen* (VI vol. y III supl.), órgano de los defensores de esta nueva tendencia. Citaré entre los estudios más notables que ha publicado Meringer: *Die Werkzeuge der pinsere Reihe*, donde se aclara el origen de los diversos procedimientos de preparar la harina; Meyer-Lübke, *Rom. bast.*; L. Wegner, *Sprachforschung und Rechtswissenschaft*; M. Musko, *Das Grab als Tisch* (la tumba como mesa), etc., etc.

Meringer escribe en *Wörter und Sachen* (III, 24): «Allá por el año 1890, visitaba a menudo las colecciones prehistóricas del museo de la corte de Viena. Buscaba allí los predecesores de nuestros utensilios domésticos. Era mi idea buscar no solamente para qué habían servido aquellos objetos, sino también saber de qué pueblo eran originarios, qué nombres habían tenido. Creo que hoy hay muchos investigadores que son del parecer que la prehistoria no sólo es la historia de los utensilios (herramientas, ollas, etc.), sino que se han de buscar en ella los hombres por sus obras». Aunque nadie duda de la necesidad que tiene el etimologista de conocer la historia de las cosas o la utilidad que tiene para los arqueólogos el conocer la historia de los nombres que designan las cosas, hasta los estudios de Schuchardt y de Meringer la arqueología y la filología han tenido poco contacto.

El lingüista, como investigador de la lengua, no puede resolver muchos problemas relacionados con la prehistoria o historia de la cultura. El que estudia la lengua tiene que estudiar a la vez las mismas cosas. Palabras y cosas se completan mutuamente. Bajo este aspecto, el que estudia la lengua tiene que relacionarse con la arqueología prehistórica, la cual nos pone directamente en relación con los tiempos prehistóricos.

Comparando las lenguas con la historia primitiva, Schrader (*Sprachvergleichung und Urgeschichte*, 1883) ha demostrado que la cultura de la edad de piedra de los más antiguos palafitos de Suiza coincide en líneas generales con la cultura indogermánica más antigua que podemos encontrar en Europa por medio de los estudios lingüísticos históricos. Los elementos más importantes de la cultura más antigua de los palafitos: animales domésticos, plantas de cultivo, las artes ejercidas en aquella época (tejer, coser, hilar) pueden comprobarse por medio de palabras emparentadas en todas las lenguas indogermánicas, mientras que los nombres de ciertos animales domésticos, de ciertas plantas y

de ciertos objetos, que no se encuentran en los primeros periodos de esta cultura, tampoco pueden comprobarse en el primer periodo de la lengua indogermánica. Y lo que acabamos de afirmar de la cultura de los palafitos puede demostrarse para las demás culturas europeas. Aquí tienen los lingüistas y arqueólogos el punto común de partida para explicar la evolución cultural histórica de Europa (1).

Es cosa sumamente fácil explicar la cultura de la edad del hierro en los países del norte. Lingüistas y arqueólogos demuestran claramente que se trata de una cultura pre-romana; la palabra alemana *Eisen*, gótico *eisern*, es prestada del celta (ir, *iarn*) en una época en que se conservaba la -s- entre vocales. Parece que los germanos obtuvieron de los celtas por el mismo procedimiento la lanza: antiguo alto alemán *gêr* del celta *gaiso*; los germanos en sus correrías la introdujeron entre los romanos (*gaesum*) y los griegos γαῖσος (*gaisos*). De conformidad con la filología, la prehistoria ha demostrado que los sitios más antiguos de Europa donde se han hecho hallazgos de utensilios de hierro (Bornholm, Hallstatt) son de un periodo pre-romano y en regiones donde sabemos ciertamente que los celtas vivieron (La Tène).

Si el tratar juntamente la lengua y la prehistoria es un factor muy importante para conocer la historia primitiva de los pueblos, hay que tener en cuenta que este procedimiento es limitado, pues son muchas las materias sobre las que la prehistoria nada puede decirnos. ¿Qué sabemos de las herramientas de trabajar la tierra y de las plantas de cultivo? De la familia, del estado, del derecho, de las ideas religiosas, de todo el patrimonio espiritual de los pueblos prehistóricos, ¿qué sabemos?

Para reconstruir la cultura primitiva con sola la prehistoria, tendríamos unos elementos muy fragmentarios si no pudiésemos disponer de otros medios más adecuados, como son los que nos proporciona la comparación de las lenguas con las fuentes históricas más primitivas de las instituciones de estos pueblos.

Cuando comprobamos que todos los pueblos indogermánicos al entrar en la historia se dedicaban a la ganadería o que consideraban en sus leyes el robo como un grave delito, podemos admitir la suposición de que la ganadería era conocida en los tiempos prehistóricos y que el robo en estos mismos tiempos era considerado como un grave crimen. Estas probables suposiciones pasan a ser verdades cuando encontramos el antiguo alemán *ou*, latín *ovis*, griego οἷς, antiguo indico *avi* para señalar la oveja,

(1) Comp. A. Camplón: «De las lenguas y singularmente de la lengua baska, como instrumento de investigación histórica». — *Cultura Vasca*, 1919.

o bien el gótico *tlijan*, latín *cleptare*, griego κλέπτω. Estas palabras demuestran que la *oveja* y el *robar* eran conocidos en Europa en el período neolítico.

Parece que entre los pueblos indogermánicos más antiguos la relación entre esposo y esposa era tal que ésta al morir el esposo tenía que sacrificar su vida con él, o quedaba privada de desposarse otra vez bajo leyes severísimas; mientras que el esposo, muerta la esposa, quedaba libre para tomar o comprar otra mujer. Este estado de cosas podemos admitirlo para una época prehistórica si tenemos en cuenta que el latín *vidua*, gótico *widuwō*, antiguo índico *vidhāvā* nos hacen remontar esta palabra al indogermánico, mientras que el nombre del *viudo* no comparece hasta una época reciente. En una sociedad en la que la mujer representaba un papel tan insignificante, ni la ley, ni el sentimiento, ni la costumbre exigían un nombre para el esposo que había perdido la esposa. (Schrader, *Die Indogermanen*, 20 ss., 1911.)

Aquí tenemos resumidas brevemente las ideas capitales sobre el estudio de las cosas en relación con las palabras.

Eusko - Ikaskuntza Sociedad de Estudios Vascos

OFICINAS:

Palacio de la Diputación de Guipúzcoa. — San Sebastián

Disposiciones relativas a los Socios

Del Reglamento social. — ARTÍCULO 13. Los socios, cuyos derechos se especifican en los artículos siguientes, serán de dos clases:

a) Protectores. Podrán serlo los Ayuntamientos, Juntas, Sociedades, Colonias y demás entidades que se inscriban con tal carácter y contribuyan con una cuota anual.

b) De número. Los individuos que deseando serlo y admitidos por la Junta Permanente, satisfagan doce pesetas anuales como cuota mínima...

ART. 14. Los derechos de los socios de número serán los generales en las Sociedades análogas.

Además disfrutarán de los descuentos y otros beneficios que la Sociedad acuerde con motivo de la publicación de libros y folletos, de la celebración de Congresos, utilización de bibliotecas, laboratorios, etc.

ART. 15. Los socios protectores tendrán los mismos derechos que los de número, y para ejercitar los que exijan una acción personal, nombrarán un representante debidamente autorizado.

* * *

En reunión de la Junta Permanente de 22 de diciembre de 1918, se acordó crear dentro de la categoría de socios de número, una especial de socios que se denominarán «perpetuos», teniendo esta consideración los que de presente satisfagan una cantidad mínima de doscientas cincuenta pesetas, quedando relevados de contribuir con cuota anual si así lo desean.

PUBLICACIONES QUE SIRVE LA SOCIEDAD

PRIMER CONGRESO DE ESTUDIOS VASCOS. — RECOPILACIÓN DE LOS TRABAJOS DE DICHA ASAMBLEA, CELEBRADA EN LA UNIVERSIDAD DE OÑATE DEL 1 AL 8 DE SEPTIEMBRE DE 1918, BAJO EL PATROCINIO DE LAS DIPUTACIONES VASCAS. — (Crónica general del Congreso. Conferencias, cursillos, proposiciones y conclusiones de cada sección. Reglamento de la «Sociedad de Estudios Vascos». Exposiciones. Lista de señores congresistas...) — Bilbao. Bilbaina de Artes Gráficas, 1919-1920. — Este libro se repartió gratis a las entidades y personas inscritas como congresistas de Oñate. Precio del ejemplar para los demás señores socios de «Eusko-Ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos», en la oficina de la misma, 10 pesetas. Precio de venta en las librerías, 20 pesetas. — 1,006 págs. 4.º, con planos y fotografías.

EUSKO-IKASKUNTZA, SOCIEDAD DE ESTUDIOS VASCOS. — ASAMBLEA DE ADMINISTRACIÓN MUNICIPAL VASCA. SAN SEBASTIÁN, 1919. RECOPILACIÓN DE TRABAJOS. — (Índice: Convocatoria. Conferencias... Cursillos... Conclusiones de la Asamblea de Administración Municipal Vasca. — Asamblea de Funcionarios Municipales. — Asambleístas inscritos.) — Edición de la Sociedad. — San Sebastián. Imprenta de la Provincia, 1920. — Precio del ejemplar para los señores socios de «Eusko-Ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos», en las oficinas de la misma, 1 peseta. Precio para los demás señores asambleístas, en las oficinas mencionadas, 2 pesetas. Precio de venta en las librerías, 4 pesetas. — XIV más 443 págs. 8.º

SEGUNDO CONGRESO DE ESTUDIOS VASCOS. — GUÍA DEL CONGRESISTA. — (Índice: Prólogo, por Francisco Javier Arvizu. — Pamplona, por Jesús Etayo. — Estella, por el mismo. — Olite, por Francisco Javier Arvizu. — Roncesvalles, por el mismo. — Ultrapuertos, por el mismo. — Sangüesa, Javier Leire, por Jesús Etayo). — M. Mestres, impr. Curia, 21: Pamplona. — 100 más XIV págs. 16.º, con fotograbados y mapa de Navarra. — La Sociedad envía gratuitamente esta Guía histórica y artística de Navarra a cuantos socios lo soliciten de nuestras Oficinas.

EUSKO-IKASKUNTZA, SOCIEDAD DE ESTUDIOS VASCOS. — INFORME ACERCA DE LOS DOCUMENTOS REFERENTES A LA HISTORIA VASCA QUE SE CONTIENEN EN ARCHIVOS PÚBLICOS. — Leído por don Carmelo de Echegaray, Cronista de las Provincias Vascongadas, a la Junta Permanente de la Sociedad en sesión de 6 de septiembre de 1919. — Publicación de la Sociedad. — Se repartió gratis a todos los socios. Precio de venta, 1 peseta. — San Sebastián, «Editorial Vascongada», 1919. — 19 págs. 8.º

EUSKO-IKASKUNTZA, SOCIEDAD DE ESTUDIOS VASCOS. — NACIMIENTO, PATRIA Y PEREGRINACIONES DE JUAN RAMÓN DE ITURRIZA Y MEMORIA DE LOS ARCHIVOS Y PAPELERAS ORDENADOS POR EL MISMO. (Manuscritos inéditos del historiador vizcaíno existentes en la casa de Mugartegui de la Villa de Marquina). Con un informe preliminar por don Carmelo de Echegaray, Cronista de las Provincias Vascongadas. — Publicación de la Sociedad. — Se repartió gratis a todos los socios. Precio de venta, 1 peseta. — Imp. R. Altuna. San Sebastián, 1920. — 20 págs. 8.º

EUSKO-IKASKUNTZA, SOCIEDAD DE ESTUDIOS VASCOS. — EUGENIUSZ FRANKOWSKI. SISTEMATIZACIÓN DE LOS RITOS USADOS EN LAS CEREMONIAS POPULARES. — Conferencia pronunciada en el Salón de la Filarmónica de Bilbao el día 13 de diciembre de 1919, en la inauguración de los Cursos de Metodología y Alta Cultura, organizados por la «Sociedad de Estudios Vascos» y repetida el 17 de marzo de 1920 en el Ateneo de Madrid. — Dis-

— 111 —

curso preliminar por don Angel de Apraiz. — Iniciales de R. Leizaola. — Publicación de la Sociedad. — Se repartió gratis a todos los socios. Precio de venta, 1 peseta. — Imprenta y Librería Vda. de Z. Leizaola. San Sebastián. — V más 22 págs. 8.º

EUSKO-IKASKUNTZA, SOCIEDAD DE ESTUDIOS VASCOS. — EUGENIUSZ FRANKOWSKI. — LOS MÉTODOS DE LA ETNOLOGÍA. — Conferencia pronunciada en Bilbao el día 20 de diciembre de 1919, en el Seminario de Etnografía y Etnología, organizado con los Cursos de Metodología y Alta Cultura, en aquella Escuela de Artes y Oficios y repetida en el Ateneo de Madrid el día 20 de marzo de 1920. — Publicación de la Sociedad. — Al publicarse este folleto se repartió gratis a todos los socios. Precio de venta, 1 peseta. — Imprenta y Librería Vda. de Z. Leizaola. San Sebastián. — 23 págs. 8.º

EUSKO-IKASKUNTZA, SOCIEDAD DE ESTUDIOS VASCOS. — EL ESPÍRITU DEL RÉGIMEN FORAL VASCO. — Conferencia explicada en Bilbao el día 19 de abril de 1920 por don Tomás Elorrieta y Artaza, catedrático de la Facultad de Derecho. — Publicación de la Sociedad. — Precio del ejemplar para los señores socios de «Eusko-Ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos» que o soliciten de las oficinas de la misma, 0'50 pesetas. Precio de venta en las librerías, 1 peseta. — 62 págs. 8.º

EUSKO-IKASKUNTZA, SOCIEDAD DE ESTUDIOS VASCOS. — LA NACIÓN DE VIZCAYA EN LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA DURANTE EL SIGLO XVII. Por Amalio Huarte y Echenique, Archivero-Bibliotecario de la Universidad de Salamanca. — Publicación de la Sociedad. — Salamanca. Imprenta de Calatrava, a cargo de Manuel F. Criado. — 38 págs. 8.º — Precio del ejemplar para los señores socios de «Eusko-Ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos» que lo soliciten de las oficinas de la misma, 0'50 pesetas. Precio de venta en las librerías, 1 peseta.

EUSKO-IKASKUNTZA, SOCIEDAD DE ESTUDIOS VASCOS. — TREVIÑO ILUSTRADO. Obra inédita, del historiador alavés D. Joaquín José de Landázuri y Romarate. (Según manuscrito existente en Madrid, en la Real Academia de la Historia). — Prólogo por D. Juan Allende-Saázar. — Publicación de la Sociedad. — Precio de venta de esta obra en las librerías: 1'50 pesetas. Precio para los señores socios de «Eusko-Ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos», en las oficinas de la misma: 0'50 pesetas. Tip. «Editorial Vascongada». — 52 págs. 8.º

EUSKO-IKASKUNTZA, SOCIEDAD DE ESTUDIOS VASCOS. — AU'RAZKUNTZA-IRAKASTIA: CARTILLA DE PUERICULTURA. — Oñatiko Batzafean artutako erabakiak beteaz, «Eusko-Ikaskuntza»'k egin duan irakasti au, Osalarien laguntza zindoarekin, nai duanak eska beza eta irakaspen auek zabalzearen nai dituan aña iyeki utsean bidalduko zaizkio.

De esta publicación, que realiza la «Sociedad de Estudios Vascos» con la cooperación desinteresada de la clase médica, en cumplimiento de las conclusiones del Congreso de Oñate, se enviará gratuitamente a las personas que lo soliciten el número de ejemplares que desee cada una, para tal propaganda de cultura e higiene. — Tip. «Editorial Vascongada». — 16 págs. 16.º

INFORME DE LOS SEÑORES ACADÉMICOS A. CAMPIÓN Y P. BROUSSAIN, A LA ACADEMIA DE LA LENGUA VASCA, SOBRE UNIFICACIÓN DEL EUSKERA. — Bilbao. Imp. del Ave María, 1920. — 20 págs. 16.º — Como obsequio de la Academia se reparte gratis este Informe a los socios que lo pidan.

INVESTIGACIONES HISTÓRICAS. EL SEÑORÍO DE VIZCAYA Y LOS LUGARES DE LIMPIAS Y COLINDRES. Con seis fotograbados. Por Florencio Amador Carrandi, doctor en Ciencias Históricas. — La Junta de Cultura Vasca ha informado favorablemente esta obra, cuya edición ha sido costeada por la Diputación de Vizcaya. — Bilbao. Se terminó de imprimir en la imprenta de la Diputación de Vizcaya el día 28 de abril, festividad de San Prudencio, Patrón de Alava. MCMXX. — 56 págs. 16.º — Precio de venta en las librerías, 1'50 pesetas. Para los socios que lo soliciten de nuestras oficinas, 1 peseta.

GRAMAIRE BASQUE. DIALECTE LABOURDIN. PAR L'ABBÉ ITURRY, Curé de Sare. — (1re partie : Suffixes casuels. — 2e partie : Verbe. — 3e partie : Syntaxe). — Imprimerie A. Lamoignon. Bayonne, Rue Jacques Laffitte, 9; Rue du Chateau, 1, Biarritz, 1895. — VIII et 453 pags. 8º — Achevé de imprimer le 20 février 1920, sur les presses de la Maison Foltzer, Imprimeur, 9, Rue Jacques Laffitte, 9, a Bayonne. — Prix, 20 francs. — La « Sociedad de Estudios Vascos », en su deseo de proteger esta documentada gramática histórica, en cuya publicación, tantos años esperada, hubieron de sustituir al autor el abate Iriart-Urruty, y últimamente el Chanoine J. B. Daranatz, ha adquirido cierto número de ejemplares, que puede ceder a los señores socios que primeramente lo soliciten, al ventajoso precio de 7 pesetas, más el importe de correo y certificado, cuando el envío haya de hacerse por ese medio.

CATÁLOGO DE OBRAS EUSKARAS O CATÁLOGO GENERAL CRONOLÓGICO DE LAS OBRAS IMPRESAS REFERENTES A LAS PROVINCIAS DE ALAVA, GUIPÚZCOA Y NAVARRA, A SUS HIJOS Y A SU LENGUA EUSKARA O ESCRITOS EN ELLA, FORMADO EN VISTA DE LOS TRABAJOS DE LOS SEÑORES DON ANTONIO GALLARDO, BRUNET, MUÑOZ Y ROMERO, ALLENDE-SALAZAR, J. VINSON Y OTROS, CON UN ÍNDICE DE AUTORES POR ORDEN ALFABÉTICO Y NOTAS CORRESPONDIENTES, ARREGLADO PARA USO EXCLUSIVO DE SU AUTOR G. DE SORARRAIN. — Barcelona, 1891. — 492 págs. 4.º — La « Sociedad de Estudios Vascos » ha adquirido restos de esta edición, que ofrece a sus socios al precio de 15 pesetas ejemplar, más los gastos de envío.

A los socios a quienes no sea cómodo remitir el importe de sus pedidos juntamente con éstos, le será cobrado con su cuota inmediata posterior.

Además de las obras mencionadas, se servirán insignias de socio al precio de 3 pesetas una; colecciones del « Boletín » trimestral de la Sociedad, publicado desde principios de 1919, al precio de 1 peseta cada número; el folleto de Memoria, Estado de Caja, Títulos y Cargos y Lista de Socios de 1918-1920, por igual precio, y gratuitamente los « Cuestionarios de Costumbres Populares », números de « Eusko-Folklore », carpetas de « Patronimia y Toponimia Euskéricas » y tarjetas para el « Repertorio de Artistas Vascos » y el « Catálogo de Obras de Arte Vascas », al que lo solicite de las

OFICINAS DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS VASCOS
PALACIO DE LA DIPUTACIÓN DE GUIPÚZCOA
SAN SEBASTIÁN